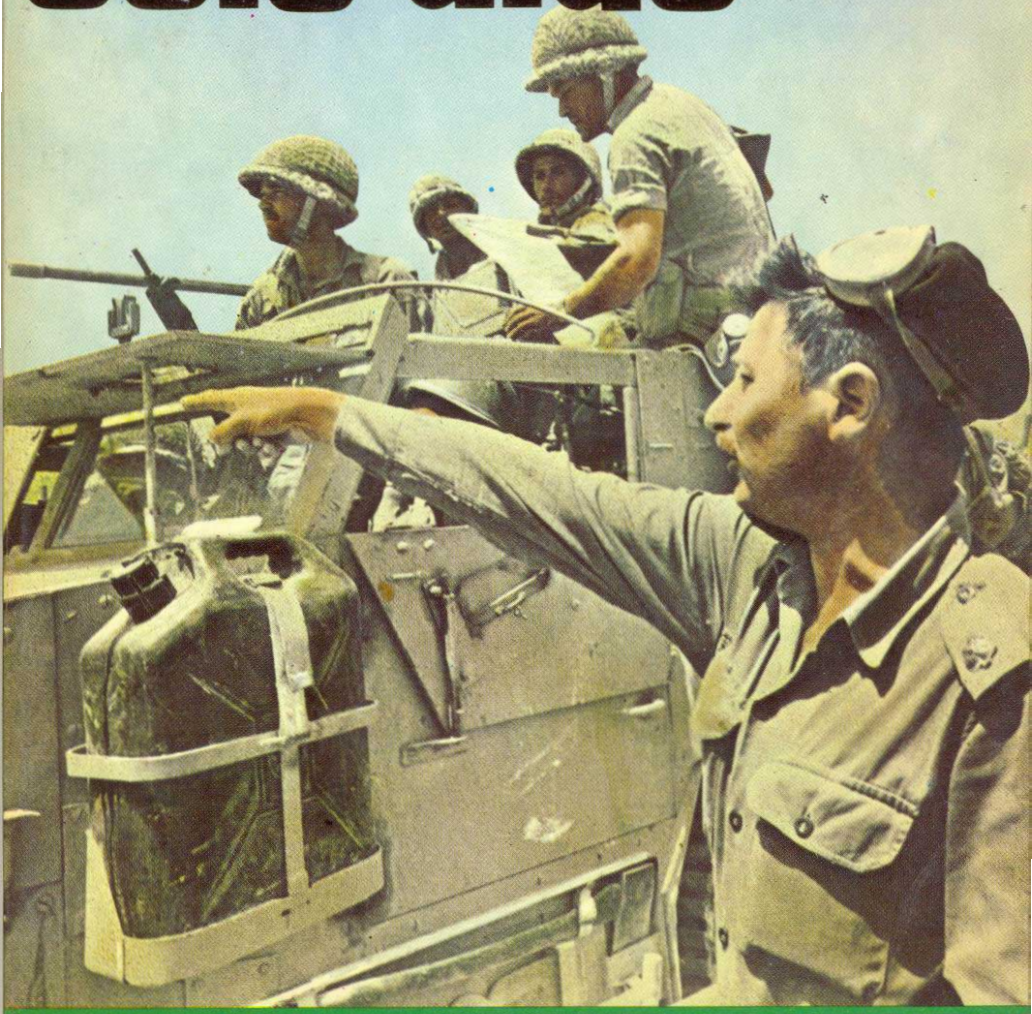
La guerra de los seis días

A.J. Barker



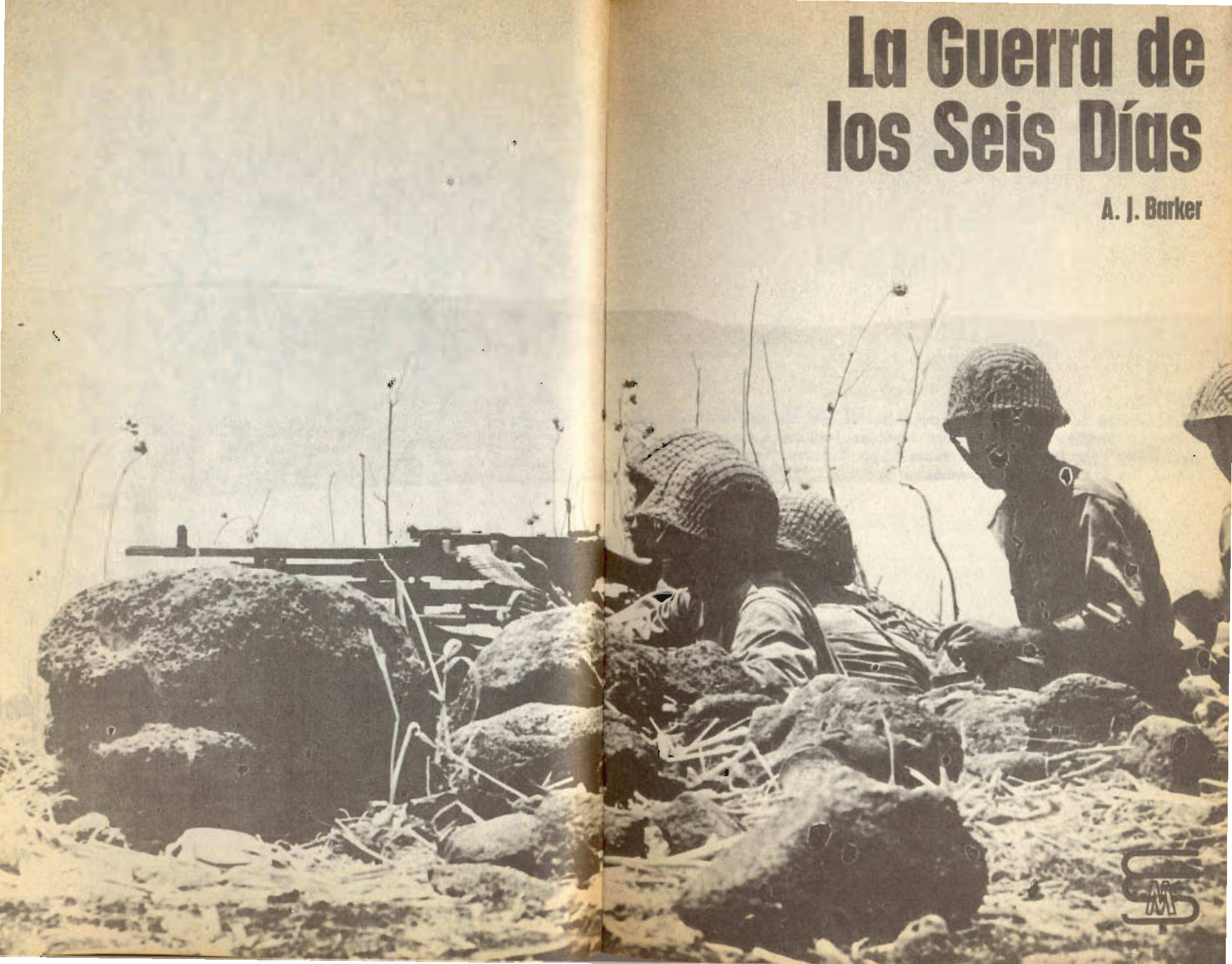
San Martin Historia del Siglo de la violencia

SM

campañas libro n.º 6

La Guerra de los Seis Días

A. J. Barker



Director Editorial: Barrie Pitt
Editor: David Mason
Director Artístico: Sarah Kingham
Editor Gráfico: Robert Hunt
Dibujante: David Allen
Cartografía: Richard Natkiel

Las fotografías de este libro fueron especialmente seleccionadas de los archivos siguientes: Associated Press, Londres; Keystone, Londres; Camera Press, Londres; United Press International, Londres; Topix, Londres; Popperfoto, Londres; J. Arad, Israel; Central Press, Londres.

Traductor: Lázaro Minué

Primera Edición Publicada en Estados Unidos por Ballantine
Copyright © 1974 Random House, Inc.
Copyright © en Lengua Española
LIBRERIA EDITORIAL SAN MARTIN
Puerta del Sol, 6
MADRID-14

Printed in Spain - Impreso en España
por Altamira Rotopress, S. A.
Depósito legal: M. 2.054/75
ISBN: 84-7140-093-6

Indice

Rambla 28-4-75

6 Introducción
8 Al borde
28 Estrategia y fuerzas relativas
60 "Ataque preventivo" de Israel
74 La guerra en el Sinaí
106 El frente Central
130 El frente Norte
140 Guerra en el mar
148 Consecuencias
160 Bibliografía

Conflicto Mediterráneo

Introducción por Barrie Pitt

La Guerra de los Seis Días no trajo a Israel la paz que sus fundadores habían esperado. Mientras este libro se imprime, el Oriente Medio ha vuelto a entrar en erupción y, una vez más, árabes e israelíes dirimen un sangriento conflicto en el que participan decenas de miles de soldados e intervienen más carros de combate que en las batallas del Alamein o de Stalingrado, de la Segunda Guerra Mundial.

Comenzó la lucha el Yom Kippur, el día más sagrado y tranquilo del año judío, cuando la totalidad de Israel permanecía recogida y muchos combatientes habían vuelto a casa en uso de licencia. Bajo la protección de un intenso fuego de artillería y de bombardeos aéreos, las tropas egipcias se precipitaron a través del canal de Suez, y los sirios atacaron simultáneamente las posiciones israelíes en las alturas del Golan. Egipto y Siria han proclamado que las fuerzas de Israel provocaron su invasión al hostilizar posiciones en los dos países árabes. Pero los informes de observadores de la ONU no han confirmado provocación alguna, y todas las pruebas indican claramente que esta cuarta guerra árabe-israelí en veinticinco años fue precipitada por los árabes.

La pugna no ha sido una copia al carbón de la Guerra de los Seis Días. Parece que, en esta ocasión, los israelíes han sido sorprendidos con la guardia baja, y en los primeros días del conflicto han pagado un alto precio por su fallo al no lanzar un ataque preventivo contra las concentraciones de fuerzas árabes. Mientras Israel movilizaba, sus tropas que mantenían las alturas del Golan y las defensas de Bar-Lev, en la orilla Este del canal de Suez, se vieron obligadas a ceder y sufrieron graves pérdidas, algo que los egipcios se hallan en mejores condiciones de aceptar que los israelíes. Si bien los servicios de información de Israel sabían que los árabes estaban concentrando tropas para un ataque, parece ser que el gobierno estaba dispuesto a aceptar correr un riesgo militar y permitir que sus fuerzas fueran atacadas primero antes que ser acusado de haber comenzado otra guerra.

Por espacio de dos semanas, los ejércitos árabes forzaron a Israel a reñir grandes batallas de desgaste que consumieron centenares de carros de combate y millares de soldados; pronto se hizo evidente que egipcios y sirios se habían aprovechado de seis años de adiestramiento con gran cantidad de armas modernas rusas. En esas dos semanas, el papel de la Fuerza Aérea israelí quedó reprimido de manera drástica por la efectividad de los proyectiles SAM desplegados en nuevos sistemas de defensa inmediatamente detrás del canal de Suez y debajo de las alturas del Golan. Sólo cuando estos proyectiles fueron inutilizados por las fuerzas terrestres pudo la Fuerza Aérea de Israel alcanzar algo que se aproximaba a la superioridad aérea de que disfrutó durante la Guerra de los Seis Días. Se dice también que proyectiles anticarros de fabricación soviética se anotaron una gran parte de los blindados israelíes destruidos. (Se calcula que 840 carros de combate de Israel fueron inutilizados antes de que entrara en vigor el alto el fuego, y se afirma que muchos de ellos sucumbieron por la acción de las granadas RPG-7, lazandas por cohetes, o de los proyectiles anticarros Sagger y Snapper.)

Las prematuras esperanzas en que el conflicto no alcanzara las proporciones de una guerra total y la confianza en otro desastre rápido para los egipcios se debilitaron. También resultó prematura la creencia de que los respectivos fiadores de Israel y de los árabes —los Estados Unidos y la Unión Soviética— no se verían expuestos a una tensión peligrosa. En su tercera semana, la guerra llegó a un punto crítico, y los israelíes se hallan a la vista de una neta y resonante victoria cuando ambos bandos se vieron sometidos a presión por sus fiadores para que aceptaran un alto el fuego. En el curso de las apresuradas negociaciones para arreglar éste, parece que las dos superpotencias estuvieron al borde de la guerra nuclear.

Es comprensible la renuncia de Israel a suspender la lucha cuando había reconquistado la iniciativa. El país ha tenido suficiente experiencia de las Naciones Unidas y de otras garantías y seguridades como para saber lo que Checoslovaquia debió haber sentido en 1939. En cierto modo, fue la ONU quien provocó la Guerra de los Seis Días; en el curso de los años, las Naciones Unidas han tenido tendencia a cerrar los ojos ante los ataques árabes y a vigilar estrechamente las represalias israelíes. Más aún, la prioridad de Washington parece ser ahora la "distensión Este-Oeste", y la amenaza de suprevisión de envíos de petróleo árabe a Norteamérica, Europa y el Japón continuará siendo un arma poderosa en la permanente batalla diplomática y política. Así, aunque los israelíes no son tan inocentes y razonables como a veces tratan de parecer, sus temores fundamentales resultan totalmente comprensibles. En pocas palabras, la soberanía de Israel está limitada por la geografía, la historia, el tamaño y la población; por ello, en tanto rusos y árabes estén coaligados, no puede haber fronteras seguras y viables para Israel sin garantías externas otorgadas y respaldadas por los Estados Unidos.

La enorme cantidad de armas modernas utilizadas y destruidas por ambos bandos en este último conflicto demuestra de qué absoluta manera dependen para su supervivencia, tanto árabes como israelíes, de la ayuda militar proporcionada por sus fiadores. Los árabes han demostrado ahora que, con la asistencia soviética, han dado un gran paso para cerrar el abismo tecnológico que separaba a su maquinaria militar de la de Israel. Han llegado también a la conclusión de que jamás pueden confiar en batir a dicho país sin el equipo que Rusia les suministra. Y como no hay otra fuente de este tipo, la posición de los soviets en el Oriente Medio tiene que robustecerse forzosamente. Mientras tanto, los israelíes deben temer ahora la incesante aproximación al día del desagravio. A menos que esta guerra sea seguida por un acuerdo de paz negociado, parece probable que haya otra explosión en los próximos años. Y la próxima vez puede resultar aún más problemática una victoria israelí.

Con todo lo irónico que parezca, el fracaso de Israel en ganar esta nueva guerra al modo convincente de 1967 puede hacer más fácil alcanzar la meta que no consiguió lograr después de la Guerra de los Seis Días. La tremenda pérdida de prestigio árabe hizo entonces virtualmente imposible las negociaciones con Israel; tras su derrota, los árabes estaban convencidos de que las conversaciones sólo podían terminar con la imposición de condiciones a los vencidos por parte del vencedor. Pero la actuación de las tropas egipcias y sirias en octubre de 1973 ha impulsado grandemente el orgullo árabe, y si las superpotencias pueden llevar a árabes e israelíes a sentarse juntos en la mesa de conferencias, el último conflicto puede dar a Israel una clase de paz que la Guerra de los Seis Días nunca le trajo. Pero si no hay acuerdo próximo, y los israelíes han de afrontar otra crisis como la de junio de 1967 o la de octubre de 1973, su país puede convertirse en el lugar, no de un Nuevo Jerusalén, sino de un holocausto final.

Al borde

En el corto y cálido verano de 1967, el conflicto árabe-israelí, que se había venido incubando durante una generación, estalló con una abrupta y asombrosa violencia que se extinguió casi antes de que se escuchase el ruido de las ondas expansivas. Sólo llevó seis días volver a trazar el mapa de Oriente Medio, al cuadruplicar las fuerzas de Israel la extensión de su país en una campaña que probablemente fue la más sensacionalmente rápida y completa jamás registrada en los anales de la guerra.

Sin embargo, ésta es una guerra que, si no inevitable, difícilmente puede estimarse que resultara inesperada. El "problema del Oriente Medio" ha existido desde tiempo inmemorial y probablemente seguirá existiendo, toda vez que implica la más amarga y enrevesada de las pasiones, arraigada en la raza, la religión y las riquezas. Por espacio de diecinueve años, dos millones de duros y resueltos judíos del nuevo Estado de Israel había vivido en una atmósfera de tensión e incertidumbre, rodeados, a lo largo de tres años, por cincuenta millones de árabes. Habían escapado de los *shtetls* de Polonia y Rusia, superando el holocausto de la Alemania nacional socialista y convertido los desiertos de Palestina en un jardín. Pero estaban acorralados por enemigos implacables. Desde Beirut a las montañas del Atlas se extiende un enorme lago de odio que ya se ha desbordado dos veces con anterioridad: en 1948 y en 1956. Los árabes habían sido derrotados en las dos ocasiones, pero esos fracasos sólo habían contribuido a exacerbar su odio del "absceso occidental" en su medio vital. Divididos en la mayoría de las cuestiones, los coroneles "socialistas" y los jeques "progresistas" que gobiernan el mundo árabe siempre podían hallarse de acuerdo en un punto: su deseo de aniquilar a Israel... de borrarle del mapa... de arrojar a los judíos al mar... de poner fin por la fuerza a la existencia sionista. Y, para alcanzar este objetivo, se concentraron en los preparativos de la guerra, a expensas mayormente de sus propios intereses nacionales. Las campañas de propaganda constituyeron una característica esencial de tales preparativos, y la de "odiar a Israel", iniciada después de 1956, creció incesantemente en intensidad y virulencia. Se emplearon panfletos, películas, emisiones de radio y televisión e incluso libros de texto para fomentar la campaña "ideológica" contra Israel.

Mas la hostilidad árabe no quedaba confinada a una campaña de palabras. Iba acompañada por una guerra irregular de estilo familiar. Desde las alturas sirias sobre Galilea caía sobre una colonia israelí la ocasional bomba de mortero o la granada de artillería; los saboteadores colocaban minas en carreteras del interior de Israel, cortaban las líneas telefónicas y las conducciones de agua; mientras tanto, "comandos" terroristas preparaban emboscadas nocturnas y daban muerte a un agricultor solitario allí y a otro allá. Había pocas bajas, pero la situación resultaba inestable; más aún, empeoroba por momentos. Los terroristas de la siniestra organización Fatah (la palabra árabe para "conquista" se forma de las letras FTH, de ahí *Fatah*, letras que, a la inversa, equivalen al vocablo "muerte"), que operaban desde Siria trataban de infiltrarse en las localidades árabes del interior de Israel para establecer en ellas bases de guerrillas. Y todo esto en una época de depresión económica israelí y de descenso de la emigración a dicho país. Había sido cortada la ayuda norteamericana, y los organismos sionistas encargados de la recaudación hallaban cada vez más difícil conseguir dinero en el exterior. Habían terminado también las reparaciones de guerra alemanas, y el diez por ciento de los

El jefe del gobierno israelí, Levi Eshkol, habla con algunos de sus generales.

Abba Eban, ministro israelí de Asuntos Exteriores.

trabajadores israelíes se hallaban sin empleo.

A principios de 1967, todo el Norte de Israel se resentía de los ataques de las guerrillas y la opinión pública pedía represalias militares, sobre todo contra Siria. Pero el jefe del gobierno israelí, Levi Eshkol, y su nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Abba Eban, preferían la acción diplomática a la militar. Eshkol tenía multitud de trastornos domésticos, especialmente con la inflación y el desempleo, y no quería aumentarlos provocando una guerra con los árabes. Tampoco deseaba ofender a la Unión Soviética, que se hallaba en un estado de ánimo contrario a Israel. Otra razón importante para andar con pies de plomo residía en la fuerza militar de Egipto, recientemente aumentada por gran cantidad de armas modernas rusas. Por todo ello, las incursiones terroristas dirigidas por Siria continuaron hasta que, en abril, llegaron a una fase en que Eshkol fue persuadido para que autorizara una acción semejante. A partir de entonces se desataron las pasiones, creció incesantemente la tensión entre Israel y el mundo árabe, y el presidente egipcio, Gamal Abdul Nasser, empezó a jugar con una situación fatal que quedó fuera de control.

"No fuimos nosotros quienes iniciamos la crisis", protestó Nasser después de la guerra. "Todos sabemos que la crisis comenzó con el intento de Israel de invadir Siria..., en esa tentativa Israel no trabajaba por sí sola, sino también por las fuerzas que se habían venido impacientando con el movimiento revolucionario árabe..." Esto fue probablemente lo que el líder de la República Arabe Unida, formada originalmente "con el objeto de liberar a la madre patria árabe del peligro sionista", creía con la mayor sinceridad al comienzo de la crisis: que Israel planeaba un golpe militar contra Siria que derribaría al gobierno "baathista" de Damasco y, así, quizá pusiera fin a las operaciones del Fatah. Nasser pensaba que no podía permitirse permanecer inactivo y dejar que esto sucediera; de ahí la afirmación de que sus primeros movimientos fueran meramente un intento de disuadir a los israelíes de atacar a Siria.

El 7 de abril de 1967 puede consi-

El presidente egipcio, Gamal Abdul Nasser.

derarse como el punto inicial de la crisis. En esa fecha, los cañones sirios abrieron fuego sobre agricultores israelíes que trabajaban en los establecimientos fronterizos de Haon, Ein Gev y Gadot. Tales establecimientos se hallaban en una disputada región limítrofe, pero los sirios no se habían interferido anteriormente en sus cultivos. Las ametralladoras israelíes devolvieron el fuego, y pronto se trabó un combate con la intervención de elementos blindados, morteros pesados y artillería. Aviones de la Fuerza Aérea de Israel entraron en acción para silenciar las baterías sirias, y también hicieron acto de presencia reactores de caza de esta última nación. En el combate aéreo que siguió fueron derribados seis Migs sirios. Algunos de los Mirages israelíes recorrieron los ochenta kilómetros que les separaban de Damasco para demostrar su superioridad en el espacio aéreo de Siria. Debido en gran parte a tal humillación, Nasser envió al comandante en jefe de la Fuerza Aérea de la RAU a Damasco, a fin de discutir la cooperación egipcia con Siria en cualquier incidente futuro. Como consecuencia de esta visita se anunciaron mutuas

El presidente Nasser aparece como «hombre fuerte» en un poster exhibido en un quiosco de periódicos cairota.

promesas de acción conjunta contra la agresión israelí.

El paso siguiente de la crisis se produjo a mediados de mayo. Durante la primera semana del mes, el Fatah llevó a cabo dos ataques en el interior de Israel que demostraron un mayor grado de instrucción y empleo del equipo en relación con acciones anteriores. Ello fue observado con preocupación no sólo por los israelíes, sino también por el secretario general de las Naciones Unidas, U Thant. En el curso de los días siguientes se combinaron dos acontecimientos para precipitar la segunda fase de la crisis. El primero emanó bien directamente de Moscú o se "coció" en la embajada soviética en Tel Aviv. Según los rusos, tropas israelíes se estaban concentrando en la frontera siria, y esta información se pasó a El Cairo. El segundo acontecimiento surgió de declaraciones hechas por el jefe del gobierno, Levi Eshkol, y el general Yizhak Rabin, jefe del Estado Mayor del Ejército de Israel, los días 12 y 13

Un miembro de un kibbutz aparece ante su alojamiento, atacado por el fuego de los morteros sirios en abril de 1967.

de mayo. Interpretadas por Nasser como confirmación de los informes rusos, el líder de la RAU llegó a la conclusión de que era inminente un ataque israelí contra Siria.

En la cuestión no sólo brillaba la verdad por su ausencia, sino que también existían ciertas dudas de que Eshkol o Rabin dijeran lo que se informó a Nasser que habían dicho. Tanto los israelíes como los observadores de la ONU en la frontera siria negaron que hubiese concentraciones de tropas de Israel, y el jefe del gobierno invitó incluso al embajador soviético a recorrer con él el Norte del país y ver la verdad por sí mismo. El embajador declinó la invitación, pero el daño ya estaba hecho, y a pesar de una declaración de U Thant, el 19 de mayo, en el sentido de que no había indicios de supuestas concentraciones de fuerzas israelíes en la frontera siria, Nasser parece convencido de que se encontraban allí de "once a trece" brigadas de Israel. En un mensaje a una reunión de estudiantes árabes en Gran Bretaña para celebrar el "Día de Palestina", el 14 de mayo, se refirió a que la "revolución árabe" se enfrentaba con una conspiración coordinada en la que el "imperialismo" norteamericano y británico actuaban conjuntamente con Israel y la "reacción árabe". (La "reacción árabe" se identificaba con el rey Hussein de Jordania, el cual se hallaba disgustado con Siria sobre las actividades de los terroristas del Fatah y rehusaba permitir el despliegue de tropas egipcias en su país).

Contra este melodramático y casi paranoide cuadro de una poderosa amenaza imperialista al mundo árabe, la reacción de Nasser a los informes de concentraciones de tropas israelíes fue pronta y decisiva. El teniente general Mohamed Fawzi, jefe del Estado Mayor egipcio, que había sido nombrado para el mando de las fuerzas conjuntas de Egipto y Siria en el caso de producirse hostilidades con Israel, fue enviado apresuradamente a Damasco para conferenciar con ministros y altos jefes sirios. Y entre gran publicidad, el 15 de mayo, grandes efectivos del Ejército egipcio comenzaron a cruzar el canal de Suez para ocupar posiciones en el desierto del Sinaí. Antes de dicha fecha había menos de dos divisiones de infantería de

El teniente general Mohamed Fawzi, jefe del Estado Mayor del Ejército egipcio.

la RAU y sólo un pequeño número de carros de combate en el Sinaí; en el término de una semana se señaló la presencia de cuatro divisiones. Luego, el 16 de mayo, se entregó un mensaje de Nasser al general de división Rikhye, jefe indio de la Fuerza de Urgencia de la ONU en el Sinaí y en la franja de Gaza. "He dado instrucciones a las fuerzas armadas de la República Arabe Unida a fin de que estén dispuestas para la acción contra Israel en el momento en que este país lleve a cabo un acto de agresión contra cualquier estado árabe. A tenor con tales órdenes, nuestras fuerzas se han concentrado en el Sinaí, sobre nuestra frontera oriental. Para garantizar la completa seguridad de todos los contingentes de las Naciones Unidas en puestos de observación a lo largo de nuestras fronteras, pedimos que dichos contingentes sean retirados inmediatamente." El personal de la ONU en Gaza y el Sinaí debería reunirse en el interior de la franja de Gaza; nada se decía en ese momento acerca de los puestos de las Naciones Unidas en Sabha y sobre Sharm-el-Sheikh, cuyos cañones podían dominar el estrecho, que es la única puerta trasera de Israel y el acceso a Africa y Asia.

Rikhye puso objecciones a la petición por considerarla irregular, pero la envió a la sede de las Naciones Unidas. Mientras era estudiada en Nueva York el 17 de mayo, soldados egipcios trataban de expulsar de sus posiciones a los contingentes de la ONU; aquella misma tarde, éstos tuvieron que abandonar su puesto de observación en Sabha. Al día siguiente fueron obligados a salir de otras posiciones cerca de Kuntilla y de varios puntos en el Sinaí, y se ordenó bruscamente al jefe de la Fuerza de Urgencia de las Naciones Unidas en Sharm-el-Sheikh que retirara a sus hombres. Simultáneamente con estas medidas, el ministro egipcio de Asuntos Exteriores, Mahmud Riad, cablegrafió a U Thant exigiendo oficialmente la urgente retirada de la Fuerza de Urgencia de los Naciones Unidas. Anticipándose a esta petición, el secretario general de la ONU ya había consultado con los representantes de los países que proporcionaban contingentes para dicha Fuerza, y el Canadá, la

El jefe del Estado Mayor del Ejército de Israel, general Yizhak Rabin.

India y Yugoslavia habían inferido de ello que tendrían que retirar sus soldados tan pronto como se les pidiera oficialmente que así lo hicieran. También se había pedido a Israel que permitiera a los contingentes de las Naciones Unidas operar en el lado israelí de la frontera, pero rechazó la solicitud. Así, tras haberse referido a "graves malentendidos", U Thant ordenó al general Rikhye que retirara las tropas de la ONU y las concentrara en Gaza. La mayor parte de ellas cumplieron las instrucciones antes de la tarde del 18 de mayo; solamente permanecía en su posición el destacamento de Sharm-el-Sheikh, y también éste recogió sus pertrechos y partió el día 23.

Esta súbita y dramática salida de la Fuerza de Urgencia de las Naciones Unidas supuso una sacudida para el mundo en general y para Israel en particular. Desde el desastre de Suez, en 1956, la presencia de dicha Fuerza había dado buen resultado en cuanto a impedir las hostilidades entre Egipto e Israel. También habían asegurado el libre paso de buques israelíes y de otras nacionalidades por el estrecho de Tiran y el golfo de Akaba a Eilat, el puesto meridional que resultaba imprescindible para la economía da Israel. El noventa por ciento de los suministros de petróleo israelíes venían del Irán en buques cisterna, los cuales descargaban en Eilat, de ahí que no hubiera sobreestimación alguna en la importancia del paso libre por el golfo de Akaba. El que Nasser estuviera en su derecho al exigir la retirada de las fuerzas de la ONU, y si U Thant actuó juiciosamente al acceder a ello con tan escasa discusión, son cuestiones que todavía se debaten. El propio presidente de la RAU, que esperaba tener que negociar y hacer presión en cuanto a su petición, se quedó sorprendido cuando el secretario general de las Naciones Unidas accedió tan fácilmente.

Visto desde ahora, parece que la legalidad estaba del lado de Nasser, y desde un punto de vista práctico es absolutamente cierto que la Fuerza de Urgencia no podía haber operado sin el consentimiento de los egipcios. Sin embargo, cuando dicha Fuerza se retiró de Sharm-el-Sheikh, y Eilat quedó amenazado de estrangulación, la guerra entre Israel y la RAU se convirtió en realidad.

Parece que nada ocurrió durante unos pocos días; para el resto del mundo, el Oriente Medio se agitaba pero aún no hervía, y con el moderado y negociador Levi Eshkol al frente de los asuntos de Israel había aparentemente una buena oportunidad para evitar la crisis. Pero la tensión aumentaba por ambas partes. El lunes 22 de mayo, Eshkol anunció en el Knesset (Parlamento) que había autorizado un llamamiento parcial de los reservistas israelíes para hacer frente a "graves acontecimientos" en la frontera meridional de Israel. Ante el número de hombres que habían abandonado sus puestos de trabajo, el público israelí ya se había dado cuenta de que su Ejército estaba en plena movilización. En El Cairo, a medida que los refuerzos egipcios continuaban llegando al Sinaí, el gobierno anunció que la RAU movilizaba también, y Ahmed Shukiary declaró en una conferencia de prensa que su Ejército de Liberación de Palestina —prohibido en Jordania— ponía sus "ocho mil hombres" bajo los mandos nacionales de Egipto, Siria y el Irak. Deseosa de que no la dejaran a un lado, Jordania también se ofreció a colocar sus fuerzas armadas bajo el mando conjunto egipcio-sirio, pero Nasser, con toda intención, hizo caso omiso del ofrecimiento.

Mientras tanto, U Thant había salido de Nueva York para intentar persuadir a Nasser de que convenía "enfriar" la situación. Cuando el secretario general se hallaba aún en viaje a El Cairo, los líderes de la RAU tomaron la medida que llevó la crisis a la fase siguiente e hizo inevitable la guerra. El estrecho de Tiran sería cerrado a los barcos de pabellón israelí, según anunció Nasser. "... Bajo ninguna circunstancia se permitirá que la bandera de Israel atraviese el golfo de Akaba. Los judíos amenazaban con la guerra. Nosotros les decimos: estamos preparados para ella. Nuestras fuerzas armadas y todo nuestro pueblo se halla dispuesto para la guerra, pero en ningún modo renunciaremos a nuestros derechos. Estas aguas son nuestras..." Legalmente, esto no era cierto. En 1957 los Estados Unidos y otras potencias occidentales habían apoyado la posición de Israel en el sentido de que el estrecho de Tiran constituía una vía marítima internacional, y este punto de vista quedó reforzado en la Convención de Alta Mar, de 1958. Sin embargo, Egipto nunca lo había aceptado, ni participó en la referida convención. En cualquier caso,

El geenral de división Rikhye, jefe indio de la Fuerza de Urgencia de las Naciones Unidas, retira a sus oficiales del puesto frontreizo King's Gate.

Arriba: **Los reservistas israelíes se concentran.** Abajo: **Los soldados femeninos israelíes se preparan a participar en el inminente conflicto.** Derecha: **Ahmed Shukairy, jefe del Ejército de Liberación de Palestina.**

Nasser no se sentía especialmente preocupado por la opinión internacional respecto a la legalidad de los derechos de paso. El cierre del estrecho tenía por objeto enviar su mensaje por todo el mundo árabe, y los egipcios, al manifestarse en El Cairo y Alejandría, vocearon su aprobación. Los que consideraban que su presidente estaba jugando con fuego confiaban en su juicio, y esperaban que lograra un buen golpe político sin necesidad de lucha. Túnez y la Arabia Saudita, los menos exaltados del llamado mundo árabe, expresaron su apoyo y aprobación; Argelia proclamó el estado de excepción y se pidió a los ex combatientes del FLN que se ofrecieran como voluntarios para participar en la lucha contra el sionismo. Sólo Jordania, cuya disputa con Siria se había intensificado cuando una bomba de un terrorista hizo explosión en un autocar, en un puesto fronterizo jordano, se abstuvo de tomar parte en la agitación encaminada a demostrar la unidad árabe y a aprobar la acción de Nasser.

La reacción de los israelíes al anuncio del presidente de la RAU fue de alarma y desencanto. Una mujer de mediana edad pidió a un médico israelí que le facilitara píldoras venenosas para tomarlas si resultaba necesario; la mujer había vivido en los campos de concentración alemanes y en su confusión creía no poder superar otra experiencia semejante. Un padre relató lo que le había dicho su hijo, de diez años de edad, al volver del colegio: que si el gobierno de Israel no luchaba, él no querría seguir siendo israelí. Dijo que en tal caso marcharía a los Estados Unidos para nacionalizarse norteamericano. La prensa de Israel pedía acción, y Eshkol tomó la rara medida de consultar a los jefes de los partidos de la oposición. Crecía la falta de confianza en su gobierno, y aumentaba la ansiedad incluso entre las fuerzas israelíes. La gente pedía cambios en el gabinete: un nuevo ministro de Defensa y un jefe de gobierno, en particular. Mientras tanto, la propaganda emitida desde El Cairo y por otras emisoras de radio árabes preparaban a la opinión pública para la guerra y prometía la muerte y el exterminio de Israel. "Todo Egipto se halla ahora dispuesto a lanzarse a una guerra total que pondrá fin a Israel", declaraba el comentarista de *Saut-al Arab* el 17 de mayo. "Nuestro objetivo básico será la destrucción de Israel. El pueblo árabe quiere luchar", dijo el presidente Nasser el 27 de mayo. Y se dice que Ahmed Shukairy declaró que los judíos que sobrevivieran a la guerra, que era inminente, serían autorizados a permanecer en Palestina, pero no esperaba que muchos pudieran hacerlo.

Ante tal estado de cosas, los líderes militares israelíes, encabezados por el general Rabin, empezaron a urgir a su gobierno a que autorizara una acción bélica inmediata. Pero el Knesset se hallaba dividido respecto a los riesgos de recurrir a las armas en seguida. Influido por un mensaje del presidente de los Estados Unidos, Lyndon B. Johnson, en el que se aconsejaba prudencia y moderación y se pedía a los israelíes que se abstuvieran de cualquier intento de forzar el bloqueo egipcio del estrecho de Tiran por espacio de cuarenta y ocho horas, el gobierno de Israel decidió recurrir a la diplomacia en primer término. Así se decidió que su ministro de Asuntos Exteriores, Abba Eban, fuera a Washington a ver al presidente Johnson, vía París y Londres. Mientras tanto, en la capital norteamericana, el presidente de los Estados Unidos había publicado una vaga declaración en el sentido de que su país consideraba el cierre del golfo de Akaba y el bloqueo de la navegación israelí como "ilegales y potencialmente peligrosos para la paz". La Unión Soviética, que se tomó más tiempo para apreciar los riesgos inherentes al empeoramiento de la situación, atribuía la crisis a los planes israelíes respecto a Siria. Pero los rusos no hacían referencia al golfo de Akaba y, según fuentes francesas, los embajadores sirio y egipcio en Moscú fueron informados de que la URSS no estaba dispuesta a arriesgarse a un enfrentamiento con los Estados Unidos por apoyar militarmente a la RAU si se llegaba a la guerra con Israel. El 26 de mayo, cuando llegaron informes a Moscú en el sentido de que tanto Egipto como Israel

Soldados del Ejército de Liberación de Palestina durante su adiestramiento en Siria.

creían inminente un ataque por parte del otro, la Unión Soviética envió una advertencia urgente a Nasser y Eshkol contra la decisión de emprender una operación militar.

En los tres días transcurridos desde que Nasser anunció el bloqueo del golfo de Akaba, la situación había empeorado indudablemente. El 24 de mayo, un portavoz egipcio declaró que se había cumplido el anuncio del presidente egipcio: el estrecho de Tiran quedó cerrado el día anterior ante la amenaza de las minas y la artillería; buques de la Armada y aviones de la Fuerza Aérea egipcia patrullaban la zona. Se abriría fuego contra los barcos israelíes que se acercaran al estrecho; en cuanto a los de otras banderas, serían detenidos y registrados. Otro anuncio daba cuenta de la llegada a Egipto de la vanguardia de un contingente de Kuwait, algún personal militar sudanés y una misión argelina. U Thant, entonces en El Cairo, fue informado por Nasser de que la RAU no lanzaría el primer golpe, pero que si Israel quería la paz tendría que abandonar ciertos territorios, incluido Eilat, y reconocer que las aguas del golfo de Akaba eran egipcias. Mientras tanto, Jordania, creyendo que su futuro dependía de la cooperación con el resto del mundo árabe en la crisis, aún deseaba participar en la función, y por ello trasladó tropas, carros de combate y artillería a la frontera israelí con el mismo alarde de publicidad que el dado a los movimientos de las fuerzas egipcias. Un portavoz del gobierno en Ammán anunció también que habían llegado a Jordania soldados de la Arabia Saudita, que se esperaban más y que asimismo se había autorizado la entrada en el país de tropas iraquíes. El caso es que no habían hecho acto de presencia los saudíes, y los del Irak no tenían intención de enviar fuerzas a apoyar a Jordania en tanto el rey Hussein continuara en el poder. Ni Nasser se mostraba dispuesto a admitir a Jordania en el regazo de la RAU, ya que se hizo caso omiso de los nuevos gestos jordanos prometiendo la cooperación con Egipto.

Desde el punto de vista israelí, la situación era aterradora. Si ochenta millones de árabes se habían unido realmente para la guerra, y si atacaban simultáneamente en todos los frentes antes de qne Israel hubiera completado la movilización, bien podían alcanzar el objetivo que, según había dicho Nasser el 27 de mayo, suponía nada menos que "... la destrucción de Israel". Indudablemente, ni los Estados Unidos, ni Gran Bretaña ni Francia tenían ninguna intención real de hacer honor a las promesas de mantener abierto el estrecho de Tiran, y, si llegaba el momento, parecía improbable que prestaran cualquier otra ayuda. Norteamérica buscaba colaboración para una fuerza naval internacional, desvergozadamente conocida como "La Regata del Mar Rojo", destinada a escoltar buques por el estrecho de Tiran y el golfo de Akaba, pero existía escaso entusiasmo por la idea. Lo cierto era que ninguna de las grandes potencias deseaba sentirse implicada: Israel actuaba por su cuenta y riesgo. Francia, los Estados Unidos y la Unión Soviética habían advertido a Israel y a Egipto sobre los peligros de ser el primero en atacar, y fue el creciente temor de cada bando a que el otro pudiera dar el primer golpe lo que llevó la crisis a su fase final. Es Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas israelíes presionaba ahora para una acción rápida, argumentando que el retraso de cada día significaría más bajas israelíes en una guerra que se había hecho inevitable. Cuando, el 28 de mayo, se reunió el gabinete israelí tras conocer el informe de Abba Eban sobre su visita a París, Londres y Washington, aplazaron tomar una decisión respecto a ir a la guerra. Pero las críticas israelíes de la iniciativa del gobierno crecían a diario, y la opinión pública clamaba por una política más resuelta y una dirección más enérgica. Todo ello cristalizó por fin en torno a la figura del general Moshe Dayau, el dinámico cíclope, que se había ganado el sobrenombre de "Héroe del Sinaí" en 1956. A pesar de la oposición de Eshkol, Dayan fue nombrado ministro de Defensa, con el general Zvi Zur como adjunto.

El acontecimiento más espectacular de aquel momento quizá fuera la súbita decisión de Hussein de trasladarse en avión a El Cairo y firmar un acuerdo defensivo conjunto con su viejo

U Thant, secretario general de las Naciones Unidas, visita El Cairo en un esfuerzo para conjurar la crisis.

[illegible] de Israel ocupan sus posiciones en los desiertos poco antes de la ruptura de hostilidades.

Arriba: **El general Moshe Dayan, nuevo ministro de Defensa de Israel.** Abajo: **El rey Hussein de Jordania y el presidente de la RAU, Nasser, firman su acuerdo defensivo conjunto.**

Miembros de la Legión Arabe jordana montan guardia en la parte vieja de Jerusalén.

enemigo: Nasser. El viaje se realizó en el mayor de los secretos. "¿Qué sucedería si le detuviéramos", le preguntó el presidente egipcio a su llegada a El Cairo. "Tal eventualidad jamás me ha preocupado", contestó el monarca jordano. Según los términos del acuerdo, las fuerzas armadas de Jordania quedaban bajo el mando de un jefe egipcio, el general de división Abdul Munim Riad, y se permitía la entrada en el país de tropas iraquíes y de otras naciones árabes. El resultado inmediato fue que dos batallones de paracaidistas de la RAU llegaron a Jordania por avión, y Hussein anunció que su país se había unido a Egipto en la "guerra santa". También se comunicó desde el Irak que una división iraquí se dirigía a Jordania para apoyar a la Legión Arabe. Más sorprendente, y quizá más alarmante para los israelíes, resultó el que Ahmed Shukairy acompañara a Hussein en su regreso a Jordania.

El nuevo enlace militar entre Egipto, Jordania y Siria no podía haber supuesto diferencia significativa alguna en el equilibrio militar en un futuro inmediato. Pero la amenaza de cerco, si bien inefectiva a corto plazo, resultaba suficiente para conven-

Los sentimientos populares comienzan a exaltarse en Egipto al presentarse para prestar servicio los voluntarios del Ejército de Liberación de Palestina.

cer a la mayoría de los israelíes de que los árabes se preparaban para atacar. Socavaba también los argumentos de aquellos líderes políticos israelíes que abogaban aún por esperar mientras proseguían los esfuerzos diplomáticos para tratar el asunto del bloqueo del estrecho de Tiran. En ambos bandos, la diplomacia reñía ahora una batalla perdida con las pasiones públicas y los temores militares, y la causa original de la disputa, el cierre del estrecho, quedaba oscurecida por las consideraciones militares. Arabes e israelíes creían que podían perder la ventaja por la demora, o que el otro lado se aprovecharía de atacar primero. Esto era especialmente cierto entre los israelíes, ya que la estrategia de su país se basaba en una ofensiva rápida. Muchos de ellos querían superar la prueba en vez de aguardar un ataque árabe o soportar el lento estrangulamiento de la economía de su patria. En El Cairo, el h mor era en cierto modo fatalista. L egipcios cruzaban los dedos en dema da de buena suerte tanto como el q más, y confiaban en que Nasser h biera logrado un golpe político sin n cesidad de recurrir a la guerra. Pe no ignoraban que Israel podía atac en cualquier momento, y muchos sentían intranquilos en cuanto al r sultado si estallaba el conflicto.

El propio Nasser se hallaba inde so respecto al siguiente paso. Hab prometido a Moscú y a Washingt que no dispararía el primero, y no s bía cómo reaccionaría la Sexta Flo norteamericana si así lo hacía. Ni ta poco cuánto apoyo —si es que ha alguno— recibiría de la Unión Sovié ca en el caso de que se anticipara el ataque. Asimismo, no valoraba disposición y capacidad de los isra líes, especialmente de la generaci Dayan, para caminar solos. Esto, y exceso de optimismo respecto al pod río militar egipcio, fueron los may res errores de cálculo que cometió

Mientras Nasser ponderaba el asu to, los israelíes hacían rápidos prep rativos para la guerra. El sábado 3 junio, Moshe Dayan celebró la primera conferencia de prensa desde que se anunció su nombramiento como ministro de Defensa, e hizo una declaración conciliatoria y nada belicosa. El gobierno estaba intentando conseguir un arreglo diplomático, dijo, y había que dar una oportunidad a tales esfuerzos. Al ser preguntado sobre si Israel había perdido la iniciativa militar, contestó: "Si quiere decir con eso que no nos queda una buena posibilidad, entonces no puedo estar de acuerdo con usted." Por todas partes se hacía deliberadamente publicidad de los soldados israelíes con permiso de fin de semana, que disfrutaban en las playas. Por último, aquella tarde, el gabinete israelí se reunió para decidir si se continuaba esperando con la confianza de que la diplomacia y el buen sentido pudiera aún aportar una solución pacífica —retraso que bien pudiera equivaler al aniquilamiento— o si se dejaba al Ejército decidir el momento, el lugar y el tipo de respuesta a un ataque árabe. Diecisiete hombres se reunieron aquella tarde, y quince de ellos votaron a favor de una guerra inmediata contra Egipto.

Soldados del ELP con su bandera «Muera Israel».

Los preparativos secretos de Israel contrastaban vivamente con el alarde de publicidad concedido a los de los árabes. En El Cairo, el ministro libio de Asuntos Exteriores declaró el 4 de junio que llegarían tropas de su país para luchar junto a los egipcios, y que no permitirían a los norteamericanos utilizar la base aérea de Wheelus si trataban de ayudar a los sionistas. Mientras tanto, el general Riad había asumido el mando del Ejército de Hussein, y a la frontera Norte de aquel país llegó una brigada de la división que, según los iraquíes, marchaba hacia Jordania. Una brigada de la Arabia Saudí había llegado también a territorio jordano, y otras dos, acampadas cerca de Akaba, eran esperadas al día siguiente. Algunas de las potencias occidentales intentaban aún encontrar una solución, pero la batalla diplomática se había perdido: era la víspera de la guerra.

Estrategia y fuerzas relativas

A menudo se ha trazado un paralelo entre la guerra en Israel y la lucha de David contra Goliat: dos millones de judíos frente a ochenta millones de árabes. En 1967, Goliat estaba equipado con las armas más modernas, pero seguía viviendo en la Edad Media, mintras que David —a pesar de su frágil aspecto y su armamento en ocasiones anticuado— había alcanzado ya la era electrónica. En las dos décadas transcurridas desde el nacimiento del Estado de Israel, las Fuerzas de Defensa Israelíes (IDF) habían recorrido un largo camino. El Ejército, evolucionado principalmente desde los tiempos de la Haganah del Mandato, había sido ampliado y organizado sobre bases convencionales; el reclutamiento obligatorio significaba que prácticamente cada ciudadano israelí, incluidas las mujeres, había de servir en sus filas. De una abigarrada colección de anticuados aviones de la Segunda Guerra Mundial, la Fuerza Aérea israelí se estaba convirtiendo en una formidable máquina de combate. Esto no hubiera sido posible sin la cooperación y la amistad de Francia en la década de 1950. Espoleados por la actitud de Egipto hacia los rebeldes argelinos, los franceses suministraron

Aviones Fouga Magister de la Fuerza Aérea israelí.

a Israel aviones y armas, y para 1967 más de la mitad de los aviones de la Fuerza Aérea israelí eran de construcción francesa; muchos de los restantes —Fouga Magisters— habían sido montados en una fábrica establecida en Israel por la compañía francesa Fouga. Debido a que se les había adjudicado casi la mitad del presupuesto de defensa —que ascendía a más de 350 millones de dólares— y a sus esforzados pilotos profesionales —la flor y nata del personal militar del país—, la Fuerza Aérea constituía el componente distinguido de las IDF. Por otra parte, la Armada era el pariente pobre. Con sus bases en Haifa, Ashdod y Eilat, solamente disponía de unos veinticuatro buques, y sus efectivos totales no pasaban de tres mil hombres. De las tres armas, los israelíes cosideraban al Ejército como el principal baluarte contra la agresión árabe; en caso de guerra, el papel de la Fuerza Aérea —y, en menor medida, el de la Armada— consistía en apoyar las operaciones de las fuerzas de tierra. El control, dirección y coordinación de las operaciones y de la política militar correspondía al Alto Estado Mayor israelí, cuyo jefe era di-

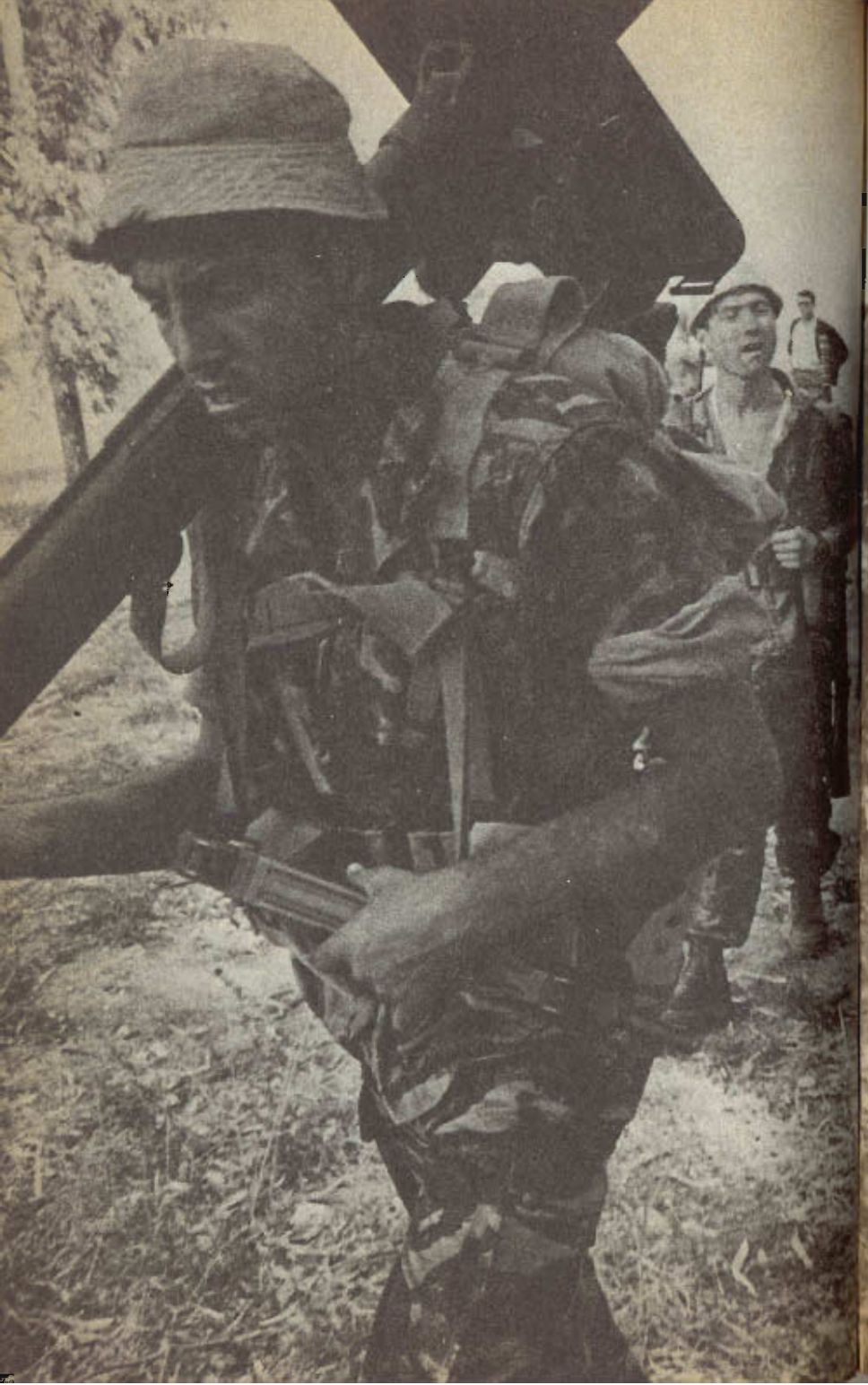
Jóvenes de un kibbutz llenan sacos terreros para proteger un puesto de guardia cerca de la frontera jordana.

rectamente responsable de las tres fuerzas armadas ante el ministro de Defensa. En principio, la autoridad militar estaba subordinada a la civil del gobierno israelí. Sin embargo, desde los primeros días de la fundación del Estado, las IDF habían gozado de una relación especial con sus rectores civiles. Esto daba al jefe del Estado Mayor una libertad de acción no disfrutada por sus equivalentes en ninguna democracia occidental. La vida en una atmósfera de incertidumbre y terrorismo, al estar rodeados por pueblos hostiles que prometían continuamente "la liquidación final de la existencia sionista", la necesidad de hallarse en condiciones de actuar rápida y decisivamente pueden aceptarse como una amplia justificación de este privilegio especial otorgado a los militares.

Al ser un país pequeño sin profundidad alguna, Israel no resultaba apropiado para reñir batallas defensivas, y la estrategia desarrollada por el Alto

Estudiantes del Tel Aviv cavan trincheras en el curso de los preparativos para la guerra.

Estado Mayor dependía enteramente de una acción ofensiva fuera de sus fronteras. En 1967, la amenaza principal se hallaba representada, desde el punto de vista israelí, por Egipto, cuyas fuerzas armadas habían sido reforzadas hasta un grado sin precedentes mediante el envío de enormes cantidades de material bélico de la Unión Soviética. Los regímenes de las vecinas Jordania y Siria tenían escasa estabilidad, y el Líbano no poseía poderío militar digno de tal nombre. La Legión Arabe del rey Hussein había luchado bien en anteriores ocasiones, pero era poco probable que el monarca hachemita les ordenara atacar a Israel, y tampoco parecía probable que los sirios abandonaran la seguridad de sus bien atrincheradas posiciones en la llanura del Golán. Así, si estallaba la guerra, la política de Israel estaba orientada a contener cualquier acción de Jordania y Siria —y, mientras se concentraba en la derrota de Egipto. Entonces, cuando éste hubiera sido domeñado, las IDF podrían volverse contra aquéllas; el objetivo consistía en no combatir en más de un frente al mismo tiempo. Si esta estrategia tenía éxito, el clamor de angustia del mundo árabe y de los que simpatizaban con él daría indudablemente como resultado los esfuerzos y la presión para un alto el fuego, bien colectivamente por parte de las Naciones Unidas, o, individualmente, por alguno de sus miembros más poderosos. Los israelíes no podían, por tanto, entretenerse más que unos pocos días en alcanzar sus objetivos, y los planes del Estado Mayor de las IDF se basaban en una campaña de setenta y dos horas. Después de eso, las sanciones económicas y la escasez de alimentos, combustibles y material para continuar la lucha obligarían a la paralización de las operaciones. Con este supuesto, la instrucción de las tropas israelíes se hallaba orientada a un período de tres días de continua acción, combatiendo noche y día; las brigadas estaban organizadas como unidades autosuficientes provistas de



pertrechos y combustible para setenta y dos horas.

De una población de más de dos millones, Israel podía movilizar unos efectivos totales de 264.000 en tres días. El proceso de movilización era flexible, y su extensión dependía del grado de urgencia. Las dificultades económicas resultantes del cierre de las fábricas y de la escasez de mano de obra en los *kibbutz* se producirían con toda seguridad si la movilización completa iba a durar más de unos pocos días. Así, una vez que el gobierno israelí hubo decidido que la guerra era inevitable, había que descartar cualquier duda respecto a su inevitabilidad. Cuando se ordenaba la recluta forzosa, el conflicto debía seguir, porque Israel no podía permitirse una movilización indefinida; por otra parte, la desmovilización probablemente sería interpretada por los árabes como signo de debilidad.

Cada reservista guardaba su uniforme en casa, y las órdenes de movilización para que se presentase en un centro determinado se emitían por la radio en forma de mensaje cifrado. Se tomaban medidas especiales para reunir a hombres clave, tales como jefes de unidades y oficiales de Estado Mayor; los demás se presentaban en un centro cercano, desde donde eran llevados a un campamento base en el que se organizaba su unidad y recibían armamento y equipo. El ensayo de la movilización se había practicado tantas veces que resultaba casi perfecto. Cuando comenzó la Guerra de los Seis Días se habían movilizado tres cuartas partes de las reservas de Israel, y en la mañana del primer día se leyeron por radio los nombres en clave de las restantes unidades: Amor de Sión, Afeitado a Fondo, Trabajadores, Corriente Alterna, Ventana Abierta, Buenos Campos. Por todo Israel, los jóvenes y los hombres maduros que integraban estas unidades se lanzaban a la calle con sus macutos y sacos para dirigirse al punto de reunión —preestablecido, naturalmente— con los autocares que les llevarían a los campamentos.

En época normal, el ejército permanente de Israel comprendía dos mil

Una unidad de infantería marcha hacia el frente cerca de Jerusalén.

Soldados almorzando en el desierto cerca de la frontera jordana.

profesionales y unos 72.000 reclutas y reservistas sometidos a instrucción. Algunos de estos soldados se hallaban en centros de adiestramiento básico, pero la mayoría estaban organizados en siete brigadas, cada una de las cuales equivalía a grandes rasgos, en tamaño y organización, a un regimiento norteamericano. De estas siete, cuatro eran de infantería "convencional", otra de infantería entrenada como paracaidista y las otras dos tenían carácter de unidades blindadas. Cuando el Ejército alcanzaba la movilización total había 31 brigadas: 22 de infantería, ocho acorazadas y una paracaidista. Cada brigada de infantería contaba con unos 4.500 hombres, y los efectivos de las blindadas ascendían a 3.500; dos de las brigadas de infantería de la reserva habían sido también instruidas como fuerzas aerotransportadas. El porcentaje de tropas de primera línea con respecto a las de segunda se hallaba así en los valores de 50 a 50, lo que se compara muy favorablemente con la relación de 20 a 80 (o más) en los ejércitos de los Estados Unidos y de Gran Bretaña.

Las brigadas eran las unidades básicas del Ejército israelí, y no se agrupaban en divisiones. Sin embargo, para una operación especial, se podían agrupar varias brigadas en una fuerza operativa especial, se podían agrupar varias brigadas en una fuerza operativa conocida como *Ugda*. Ciertos número de *Ugdas* se formaron durante la Guerra de los Seis Días, y el mando de las mismas se confío a jefes cuyos destinos en tiempo de paz se habían desvanecido prácticamente con el comienzo de las hostilidades. Entre éstos figuraban el general de brigada Eiad Peled, director del Colegio Nacional de Defensa; el del mismo empleo Ariel Sharon, director de Instrucción, y los también generales de brigada Uzi Narkiss, jefe del Mando Norte de Israel; Yeshayshu Gavish, jefe del Mando Sur, e Israel Tal

El general de brigada Ariel Sharon.

Una columna de semiorugas lleva fuerzas israelíes al frente.

jefe del Cuerpo Acorazado. El asimismo general de brigada Abraham Yoffe —"Gedeón" en la Guerra de Independencia— abandonó la situación de reserva para mandar una *Ugda* en el Sinaí, donde se había distinguido en el año 1956.

Con especial énfasis en la acción ofensiva y en la movilidad, los batallones de infantería —tres de los cuales eran orgánicos para cada brigada de dicha arma— estaban todos motorizados. Las brigadas blindadas —que comprendían generalmente dos batallones de carros y un batallón de infantería sobre semiorugas— se hallaban equipadas con una variedad de carros de origen británico, norteamericano y francés. En números redondos, la cifra total de carros disponibles ascendía a 250 Centuriones, 200 M-48 Pattons, 150 AMX-13s y 200 Super-Shermans, todos los cuales habían sido adaptados para la guerra en el desierto. El Super-Sherman era fundamentalmente el viejo M-4 Sherman norteamericano, de treinta toneladas, de la época de la Segunda Guerra Mundial, modificado y reconstruido, con un motor más potente, un cañón de 76 milímetros y orugas más anchas. El francés AMX-13, un carro ligero, rápido y maniobrero de catorce toneladas y media, tenía un cañón de 75 ó de 40 milímetros y llevaba proyectiles dirigidos anticarro SS10 ó SS11, de fabricación francesa. Los potentes Patton de 45 toneladas, velocidad máxima de 55 kilómetros por hora y cañones de 90 milímetros con granadas

Carristas israelíes montan en sus Centurion durante la instrucción.

Arriba y abajo: **Carros** Sherman, **modernizados y modificados, de las furerzas acoraz das de Israel.**

Un mortero de 120 mm. montado en un semioruga israelí.

de alta velocidad, eran los mismos carros que hasta hacía comparativamente poco habían sido el carro básico del Ejército de los Estados Unidos. Como tales, representaban uno de los carros de combate más poderosos en el Oriente Medio; sólo los Centurions británicos, de cincuenta toneladas, los superaban en armamento y blindaje, aunque resultaban mucho más lentos. Eran éstos los modelos Mark V y Mark VI, dotados de piezas de 105 milímetros en vez de las originales de veinte libras (83,4 milímetros).

Además de los ochocientos carros de los tipos descritos, Israel contaba también con doscientos cincuenta cañones autopropulsados: obuses de 155 milímetros montados en chasis Sherman y de 105 milímetros sobre AMX-13s. Las armas de infantería eran de tipos convencionales, muchas de ellas de la época de la Segunda Guerra Mundial. Pero había abundancia de morteros de 120 milímetros y de calibres menores, y subfusiles Uzi de manufactura local.

La Fuerza Aérea israelí, cuando alcanzó la movilización plena, disponía de veinte mil hombres. Antes del comienzo de la guerra, Israel poseía unos 450 aviones, 350 de los cuales podían ser clasificados como de primera línea y en estado operativo. Estos formaban trece escuadrillas: cuatro de caza de interceptación, cinco de caza-bombarderos, dos de transporte y dos de helicópteros. Al no contar con bombarderos de largo alcance no existía una fuerza de bombardeo estratégico, y como el alcance de la mayoría de los aviones israelíes se limitaba a unos 650 kilómetros o menos, grandes zonas de Egipto, Irak y la Arabia Saudita quedaban fuera de sus posibilidades de ataque. De los 350 aviones operativos había veinte caza-bombarderos franceses Super Mystère; entre cuarenta y sesenta de los más antiguos Mystère Mark IVA, aviones de ataque al suelo fabricados diez años atrás; 48 caza-bombarderos Ouragan, aviones ya anticuados; 60 Fouga Magister, montados en el país y adaptados para su empleo como aviones de ataque; 25 bombarderos ligeros Vautour, 20 aviones de transporte Noratlas y Stratocruisers —ca-

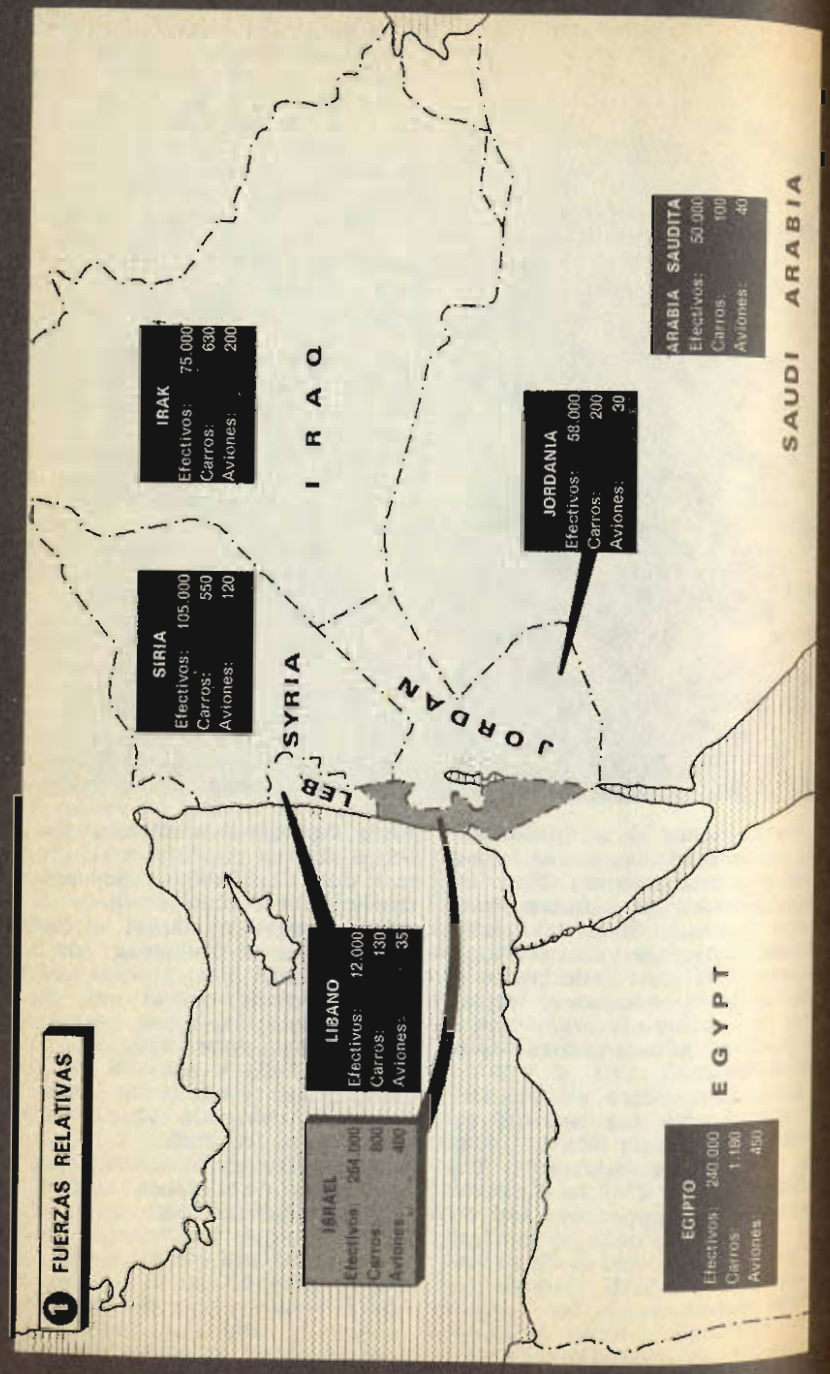
Aviones Mirage III de la Fuerza Aérea de Israel.

paz cada uno de llevar 45 soldados con equipo completo o 18 en camillas— y unos veinticinco helicópteros de diversos tipos. De estos aparatos, sólo los Mirages y los Super Mystères se consideraban en condiciones de hacer frente a los MiG-21s egipcios suministrados por la Unión Soviética. Técnicamente, todos estos aviones tenían características similares. Todos eran supersónicos, estaban dotados con un cañón de treinta milímetros y llevaban proyectiles aire-aire. Sin embargo, bien aleccionados por sus instructores rusos, los pilotos de la RAU creían firmemente que sus MiG-21s resultaban superiores a cualquier cosa que los israelíes pudieran poner en el aire; el tiempo iba a probar que el adiestramiento y la habilidad de los aviadores de Israel compensarían cualesquiera diferencia técnica entre los aviones de fabricación francesa y los diseñados por los soviéticos.

Al "otro lado de la colina", las cuatro naciones árabes bajo el mando militar egipcio habían sido equipadas recientemente con grandes cantidades de algunas de las armas más modernas del mundo. El propio Egipto contaba con un ejército que, en términos de poderío acorazado y capacidad destructiva, rivalizaba con el de la Wehrmacht alemana que aplastó a Francia en mayo de 1940. En apoyo de este ejército había una fuerza aérea grande y ultramoderna, y una marina que poseía la flota más potente de cualquier país mediterráneo, con excepción de Francia. Jordania, Siria y el Irak eran adversarios menos poderosos; el petrolero Kuwait —que envió una brigada a la zona del canal cuando empezó la guerra—, Argelia —que destacó otra brigada y tres escuadrillas MiGs—, la Arabia Saudita —que también contribuyó con una brigada— y el Sudán —que prometió tropas pero que nunca cumplió su palabra— pueden ser consideradas en sí como algo inferior a una amenaza. Pero las fuerzas combinadas de primera línea de Egipto, Jordania, Siria y el Irak comprendían más de cuatrocientos mil hombres, 2.700 carros de combate y más de setecientos aviones, respaldados por una completa organización logística y adiestrados según métodos militares soviéticos.

Tras la estremecedora derrota del Ejército egipcio por los israelíes en la campaña del Sinaí, en 1956, la Unión Soviética comenzó a rearmar a los árabes. Entre 1957 y 1967 se enviaron a Egipto armas y equipo por valor de unos mil millones de dólares; muchos de los tipos más modernos de armamento llegaron a la RAU antes de satisfacer las peticiones de los aliados soviéticos del bloque oriental. Todo este material fue suministrado a los países árabes a una fracción del coste de su equivalente occidental, y en generosos reembolsos a largo plazo en moneda local. Junto con el equipo vinieron centenares de instructores rusos para proporcionar asistencia técnica y enseñar la táctica y la estrategia soviéticas. Hacia 1960, el Ejército egipcio se había convertido, por lo menos sobre el papel, en el más poderoso del Oriente Medio, y seguía creciendo. En 1967, Egipto contaba con unos 1.200 carros de combate, 200 cañones autpropulsados, 1.200 transportes blindados de personal y más de 1.000 piezas de artillería convencionales. La mayor parte de los vehículos blindados eran de procedencia rusa: casi un millar de los carros correspondían a versiones de los famosos T-34, de 32 toneladas, que tanto se distinguieron en la Segunda Guerra Mundial. El T-34 original, de cuyo modelo recibieron los egipcios unas 450 unidades, estaba equipado con un cañón de 85 milímetros de gran cadencia de tiro, pero sin medios adecuados de control de fuego. El T-54, cuyo número ascendía a 300, era una versión artilleramente más fuerte del T-34; y el T-55, con unas 200 máquinas en poder de la RAU, equivalía a un T-54 mejorado y modificado. Como su predecesor, que era el carro básico del Ejército soviético, el T-55 llevaba un cañón de 100 milímetros giroestabilizado, pero disponía de un blindaje más grueso y se le dotó de complejos dispositivos de telemetría y control de fuego.

De los carros restantes, el Iosif Stalin, JS-3, de 46 toneladas, con su pesado blindaje y un potente cañón de 122 milímetros, era el más formidable. Noventa Shermans norteamericanos, 30 Centurions británicos, 20 franceses AMX-13s y unos 30 de distinta edad, origen y cometido completaban el arsenal acorazado egipcio. Para apoyar a estos blindados, los rusos habían proporcionado consecuentemente una gama de cañones autopropulsados, incluidos los "caza-carros" SU-100, JSU-152s —que montaban, como indica su sigla, una pieza de 152 milímetros—, cañones ligeros contra carros ASU-57 —que podían ser aerotransportados—, y vehículos antiaéreos S-57, que disponían de cañones gemelos de 57 milímetros, controlados por radar.



También se proporcionó una amplia variedad de piezas de campaña soviéticas para proveer apoyo adicional de artillería; éstas incluían cañones de 130 milímetros, obuses de 122 y piezas de 12 milímetros. Para aumentar su potencia de fuego, los egipcios recibieron también unos pocos de los vehículos Katyuska, lanzacohetes con montaje de camión, cañones antitanques de 57, 85 y 100 milímetros, más proyectiles dirigidos contra carros, montados sobre camión y conocidos como *Schmel*, para contrarrestar los blindados israelíes. En cuanto a la infantería y las columnas de abastecimiento, había el transporte acorazado de personal BTR-152, de seis ruedas; el BTR-50(P), sobre orugas, y una multitud de los mismos tipos de camiones y vehículos de los utilizados en el Ejército soviético. Armas de infantería tales como morteros, granadas y bazukas anticarro incluidas en la entrega a los árabes eran asimismo como las reglamentarias en las fuerzas armadas rusas.

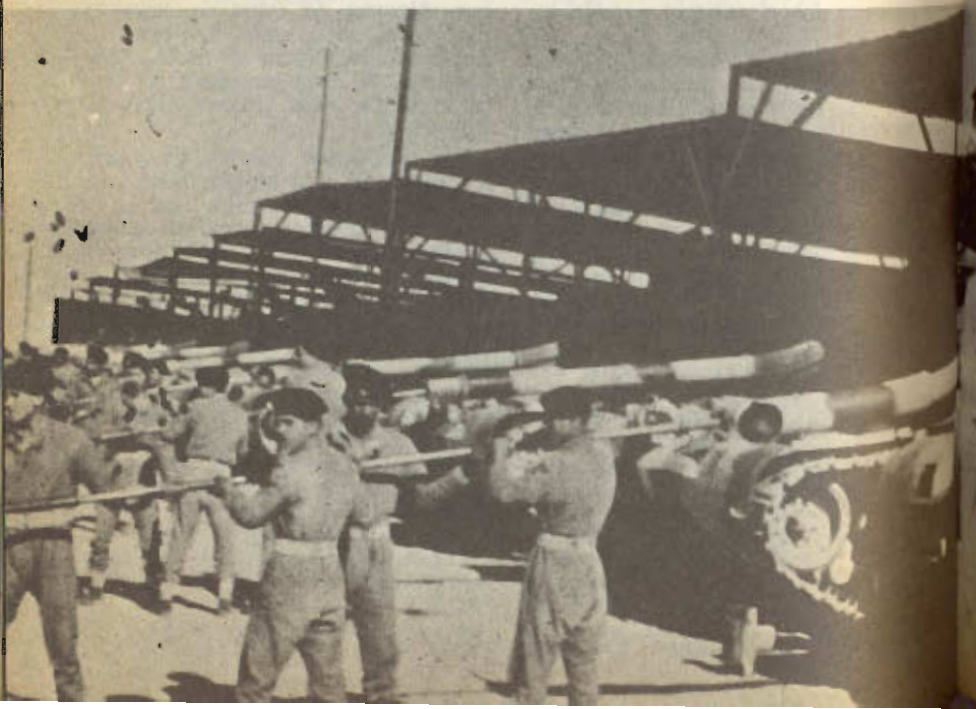
Con una población de treinta millones de habitantes, que aumentaba al ritmo de tres cuartos de millón al año, y un período en filas de tres años, el potencial humano no constituía problema para los decididos a engrosar los servicios militares de Egipto. Pero la calidad de los individuos suponía una desventaja. Las penalidades impuestas por sus orígenes han dado al *fellah* egipcio cierta dureza y resistencia, y con paciencia y buena instrucción se puede hacer de él un buen soldado. Pero carece de educación, imaginación e iniciativa, y estas limitaciones, añadidas a las dificultades de lenguaje, no hacían nada fácil la tarea de los instructores rusos. La escasez de oficiales regimentales competentes constituía otro problema. Las armas y el equipo soviéticos en manos árabes bien podían ser superiores a los de los israelíes, y disponibles en mayor número, pero la exploración de estas ventajas necesitaban un adecuado conocimiento y familiarización con las armas. Esto no era posible en el tiempo de que se disponía. La falta de experiencia soviética en la guerra en el desierto, exacerbada quizá por el adiestramiento del propio instructor en tácticas más adecuadas a operaciones en la Europa oriental, y una actitud inflexible, no ayudaban demasiado.

El elemento de choque del Ejército egipcio comprendía tres divisiones acorazadas y cuatro de infantería, todas organizadas sobre la misma base de unidades análogas soviéticas. Cada división contaba con el apoyo de dos regimientos de artillería. Había además una brigada paracaidista independiente y quince batallones de comandos, con un nivel de instrucción relativamente alto. Dos batallones de comandos egipcios fueron destacados por avión a Jordania en vísperas de la gnerra, los cuales trataron de organizar una campaña de terror en la zona israelí de Ramle-Sha'ar Haggai, en la vital carretera que une Jerusalén con Tel Aviv.

La Fuerza Aérea egipcia tenía casi las mismas dimensiones que la israelí, pero sus aviones eran más modernos y, casi todos, de origen soviético. Por tipos, estaba formada por unos 130 de los más modernos cazas MiG-21, 80 MiG-19s, 180 de los más antiguos MiG-17 y MiG-15, 20 caza-bombarderos Su-7, 30 bombarderos Tu16 y 40 Ilyushin-28. Disponía también de unos 90 aviones de transporte —Ilyushin-14 y Antonov-12—, así como 60 helicópteros. Algunos de éstos se hallaban en el Yemen, apoyando las operaciones del Ejército egipcio en dicho país. Sin embargo, a fines de mayo de 1967, la mayoría de ellos habían regresado a Egipto.

La cobinación de los bombarderos Tupolev con una amplia cobertura de cazas MiG representaba una formidable arma ofensiva para un golpe devastador ejecutado anticipadamente. Actuando independientemente, podía lanzar trescientas toneladas de alto explosivo en una sola incursión sobre las ciudades israelíes; y si las fuerzas aéreas de Jordania, Siria y el Irak cooperaban con el contingente anterior, la capacidad total ascendía a quinientas toneladas. La amenaza representada por los aviones de transporte no era menos pavorosa. Bajo dirección soviética, los egipcios habían logrado progresos significativos en las técnicas del desembarco aéreo y el lanzamiento desde el aire. Utilizando todos sus Ilyushins, Antonovs y helicópteros Mi-4 y Mi-6, podían lanzar 3.000 hombres en un vuelo y desem-

Arriba: **Carros egipcios se preparan para la guerra en el desierto del Sinaí.** Abajo: **Adiestramiento técnico del personal de las divisiones acorazadas jordanas.** Derecha: **El rey Hussein inspecciona un carro Patton en su país.**



barcar otros 4.000 con 600 toneladas de suministros y equipo. Protegidos por un amplio sistema de radar de alerta, ya que algunas de sus instalaciones se hallaban bien en el interior del Sinaí y con aeródromos diseminados sobre una amplia zona, los egipcios resultaban también mucho menos vulnerables a los bombardeos que los israelíes. Las ciudades e industrias de Israel se hallaban concentradas en una pequeña área restringida, mientras que las de Egipto —con la excepción de El Cairo— estaban muy dispersas. En cualquier bombardeo y en su correspondiente represalia, por tanto, los israelíes padecerían indudablemente más.

En comparación con la de Israel, la superioridad de la Armada de la RAU resultaba abrumadora. Los israelíes poseían cuatro destructores solamente (todos ex británicos y de la época de la Segunda Guerra Mundial, incluido uno, el *Haifa*, capturado a los egipcios en 1956), dos submarinos antiguos, un cúter guardacostas ex alemán, tres viejas lanchas de desembarco norteamericanas y doce torpederos. Por otra parte, Egipto tenía una flota de más de 100 buques, incluidos ocho destructores —seis de los cuales pertenecían a la clase soviética *Skory*—, 18 lanchas rápidas coheteras de la misma procedencia y equipadas con proyectiles superficie-superficie Styx, y 12 submarinos de los tipos rusos V y R. Tres cuartas partes de esta flota tenía sus bases en Port Said y Alejandría y, tan pronto como comenzaron las hostilidades, Nasser advirtió a toda la navegación internacional que se mantuviera apartada de la costa israelí.

Al igual que Egipto, las fuerzas de los otros estados árabes se habían incrementado en la década anterior a 1967. El Ejército jordano, más pequeño que el egipcio, pero el más profesional y el mejor instruido de todos los árabes, se hallaba bien equipado con armas modernas británicas y norteamericanas. Sus efectivos totales ascendían a unos 55.000 hombres organizados, según el patrón inglés, en siete brigadas de infantería y dos acorazadas. Cada una de estas últimas tenía dos regimientos blindados dotados de 40 carros Patton (M-47s y M-48s) o Centurions; el elemento de infantería de estas brigadas disponía de transportes acorazados de personal M-113, norteamericanos, de los cuales los Estados Unidos habían suministrado más de 250 como parte de la ayuda militar a Jordania, cuya partida ascendía a cinco millones de dólares. Además de los carros de los regimientos blindados existían por lo menos 50 de reserva, y los israelíes manifestaron que Jordania desplegó 270 carros de combate y 150 cañones de campaña en el curso de la Guerra de los Seis Días. (Algunos de estos carros eran probablemente otros tipos de vehículos acorazados: coches blindados y de reconocimiento, de origen británico quizá.) La artillería consistía principalmente en piezas de campaña de 25 libras y cañones anticarros de 17, también de procedencia británica, así como algunos Long Toms de 155 milímetros.

La Fuerza Aérea jordana era pequeña; tenía también escasez de pilotos y, según el rey Hussein, sólo se disponía de 17 de éstos para sus dos escuadrillas de cazas Hawker Hunter. Seis meses antes de que estallara la guerra, Norteamérica había suministrado a Jordania 36 cazas F-104 Starfighter, de los cuales sólo se habían entregado en realidad seis. En consecuencia, y dado que no se contaba con pilotos jordanos para tripularlos, Hussein pidió a los instructores norteamericanos que habían llevado los Starfighters a Amman, que los sacaran del país. Así, el esfuerzo aéreo de guerra jordano se reducía a 22 Hunters, tres Doves, tres viejos Dakotas y tres helicópteros.

El Ejército sirio consistía, en 1967, de dos brigadas acorazadas, dos mecanizadas y cinco de infantería, con unos efectivos totales de unos 65.000 hombres. Al igual que el de Egipto, estaba organizado según directrices casi soviéticas, y pródigamente equipado con armas rusas. Siria había recibido más de 500 carros de combate soviéticos, la mayoría T-34s y T-54s; su artillería se hallaba abundantemente provista de una gran variedad de piezas de campaña, obuses, cañones anticarros y morteros, todo ello fabricado en la URSS. Había también un gran número de cañones antiaéreos. La Fuerza Aérea siria, con unos efectivos humanos de aproximadamente 9.000 hombres, poseía unos 120 aviones soviéticos, organizados en dos escuadrillas de cazas MiG-21 y MiG-19s, y otras dos de MiG-17s. Al igual que Jordania, el Irak, y en menor grado, Egipto, Siria padecía escasez de pilotos adiestrados, y, aunque los instructores soviéticos habían realizado buenos progresos, el personal de aviación sirio distaba mucho de alcanzar el nivel de eficacia de los israelíes.

Las fuerzas de tierra iraquíes, que habían contribuido con unos efectivos

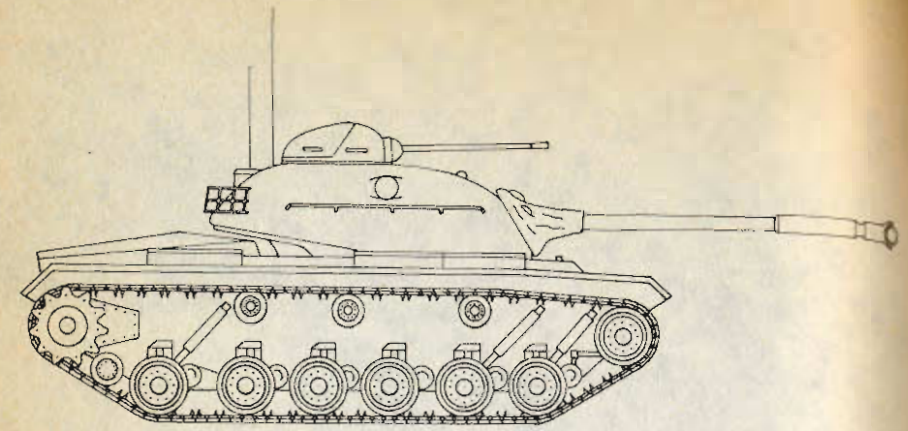
Transportes de carros marchan hacia la frontera por un suburbio jordano.

Uno de los «Long Tom» jordanos de 155 milímetros.

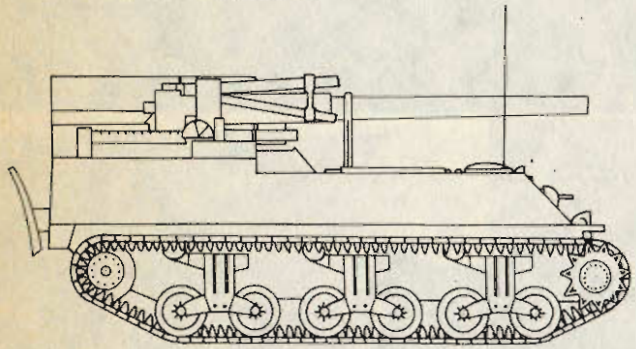
divisionarios en ayuda de Jordania, sumaban unos 75.000 hombres organizados, con arreglo al patrón soviético, en cuatro divisiones de infantería y una acorazada. Como en otros ejércitos árabes, su equipo era moderno y procedía de la URSS. La Fuerza Aérea del Irak sumaba unos 200 aviones, encuadrados en dos escuadrillas de cazas MiG-21, tres de MiG-17s o MiG-15s, una de bombarderos Tu-16 y otra de Il-18s, más unidades de transporte y helicópteros. También carecían de pilotos suficientes para tripular todos los aviones que poseían.

De esta breve revista pasada a las maquinarias militares israelí y árabes resulta evidente que éstos gozaban de ventaja sobre aquéllos en potencial humano y en equipo. Unido a la posición estratégica de Israel cara a cara a los países islámicos, tal superioridad colocaba a estos últimos en una posición muy fuerte. Más aún, los árabes habían declarado su propósito de buscar una "solución final" al problema palestino, y el poderío militar conjunto de Egipto, Siria, Jordania y el Irak se hallaba en orden de batalla sobre las fronteras israelíes y dispuesto a entrar en acción. Se encontraban en camino refuerzos de Argelia, Kuwait y la Arabia Saudita, y el general Mortaji, jefe de las tropas egipcias en el Sinaí, publicó una orden del día declarando: "Los ojos de todo el mundo están fijos en nosotros a la expectativa de ver los resultados de nuestra guerra santa. Con la fuerza de nuestras armas y la unidad de nuestra hermandad conquistaremos el expoliado suelo de Palestina."

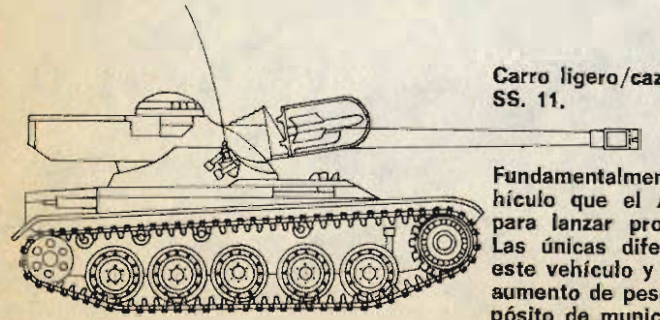
Un T-34 (derecha) de la época de la Segunda Guerra Mundial con un más moderno T-54 (fotos tomadas después de su captura por las fuerzas israelíes).



Carro medio norteamericano M48A2 Patton III. Peso: **46 toneladas.** Dotación: 4 hombres. Armamento: **un cañón M-41 de 90 mm. con 64 proyectiles, y dos ametralladoras Browning, una de 12,50 mm. y otra de 7,62 mm., con 1.365 y 5.950 proyectiles, respectivamente.** Blindaje: **máximo, 178 mm.; mínimo, 25 mm.** Motor: **un diesel Continental AV 1790-7C, en línea, de 810 hp.** Velocidad: **50 km/h.** Autonomía: **465 km.** Longitud: **8,66 m.** Anchura: **3,63 m.** Altura: **3,10 m.**

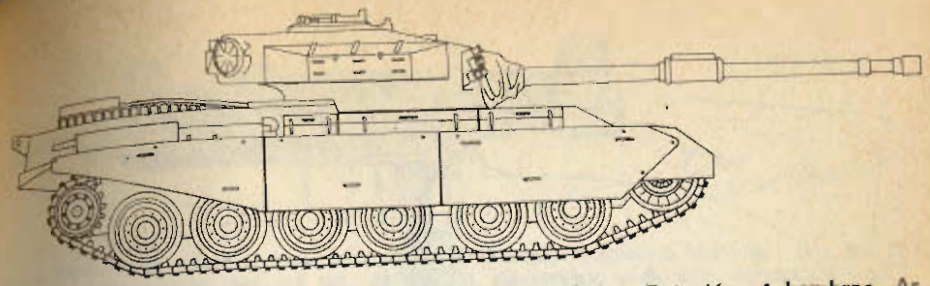


Obús autopropulsado norteamericano/israelí de 155 mm., sobre chasis Sherman. Peso: **27 toneladas.** Dotación: **5-7 hombres.** Armamento: **un obús de 155 mm. y una ametralladora Browning de 7,62 mm.** Blindaje: **frente y costados del vehículo, 13 mm.** Motor: **un Ford GAA, en línea, de 500 hp.** Velocidad: **45 km/h.** Autonomía: **240 km.** Longitud: **6,26 m.** Anchura: **2,65 m.** Altura: **3,63 m.**

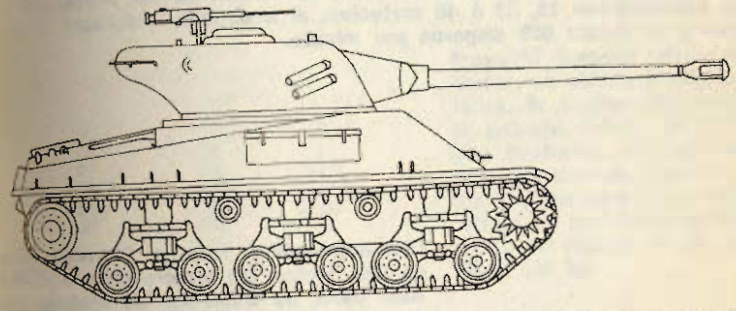


Carro ligero/cazatanques francés AMX-13 SS. 11.

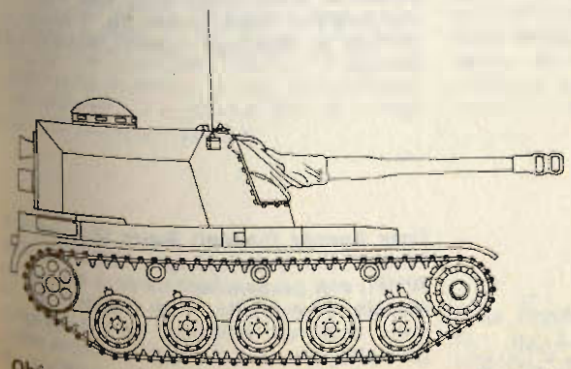
Fundamentalmente se trata del mismo vehículo que el AMX-13, con cuatro guías para lanzar proyectiles anticarro SS. 11. Las únicas diferencias importantes entre este vehículo y el AMX-13 estándar son el aumento de peso (15,3 toneladas) y el depósito de municiones del armamento principal (33 proyectiles).



Carro medio británico Centurion 5/2. Peso: **9,5 toneladas.** Dotación: **4 hombres.** Armamento: **un cañón L7 de 105 mm. con 64 proyectiles, y dos ametralladoras Browning de 7,62 mm., con 4.250.** Blindaje: **máximo, 152 mm.** Motor: **un Rolls-Royce "Meteor" IVB, en línea, de 650 hp.** Velocidad: **35 km/h.** Autonomía: **95 km. (sin depósitos auxiliares de combustible).** Longitud: **10,5 m.** Anchura: **3,64 m.** Altura: **2,97 m.**

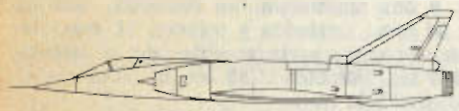


Carro medio norteamericano/israelí M4 "Super Sherman". Peso: **32 toneladas.** Dotación: **5 hombres.** Armamento: **un cañón de 75 mm. y dos ametralladoras Browning, una de 12,5 mm. y otra de 7,62 mm.** Blindaje: **frente, 64 mm.; costados y trasera, 38 mm.; inferior, 25 mm.; frente y costados de la torreta, 64 mm.; parte superior de la torreta, 25 mm.** Motor: **un Ford GAA, en línea, de 450 hp.** Velocidad: **50 km/h.** Autonomía: **160 km.** Longitud: **8,38 m.** Anchura: **2,65 m.** Altura: **3,43 m.**

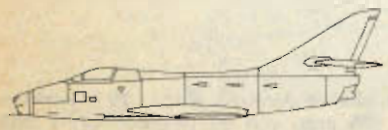


Obús autopropulsado francés de 105 mm., sobre chasis AMX-13. Peso: **16,8 toneladas.** Dotación: **5 hombres.** Armamento: **un obús de 105 mm. con 80 proyectiles, y una o dos ametralladoras AAT de 7,5 ó 7,62 mm., con 3.600 proyectiles.** Blindaje: **costados, 19 mm.; frente y trasera, 15 mm.; frente y lados de la torreta, 13 mm.** Motor: **un SOFAM 8 Gxb, en línea, de 240 hp.** Velocidad: **65 km/h.** Autonomía: **335 km.** Longitud: **5,10 m.** Anchura: **2,50 m.** Altura: **2,70 m.**

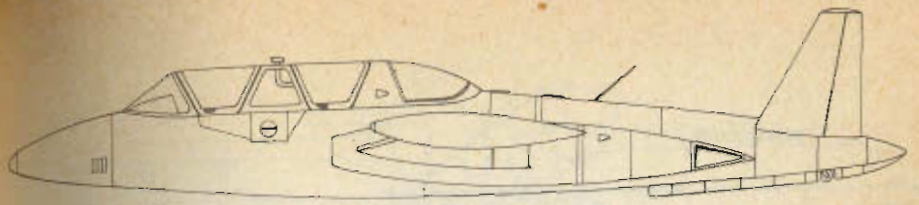
Subfusil israelí Uzi. Calibre: **9 mm. parabellum.** Sistema: **retroceso del cerrojo, fuego selectivo.** Peso: **4,0 kg.** Longitud: **63,55 cm.** Longitud del cañón: **26 cm.** Alimentación: **cargador de caja desprendible: 25, 32 ó 40 cartuchos al tresbolillo.** Velocidad inicial: **400 m/seg.** Cadencia de fuego: **650 disparos por minuto.**



Caza-bombardero francés Dassault Mirage IIIC. Motor: **Un turborreactor SNECMA Atar 09B3, de 6.200 Kg. de empuje, con posquemador.** Armamento: **Dos cañones DEFA de 30 mm., más proyectiles aire-aire Matra R.511 o R.530, misiles de la misma modalidad Sidewinder, cohetes aire-tierra Nord AS.30, 1.800 Kg. de bombas o depósitos de «napalm».** Velocidad: **2.350 km/h. a 12.000 m. (Mach 2,2).** Techo: **20.000 m.** Autonomía: **1.200 km.** Peso vacío/cargado: **5.900/11.800 Kg.** Envergadura: **8,21 m.** Longitud: **14,86 m.** Altura: **4,25 metros.**



Caza francés Dassault Super Mystère B-2. Motor: **Un turborreactor SNECMA Atar 101G1, con postcombustión de 4.400 kg. de empuje.** Armamento: **Dos cañones de 30 mm., más un conjunto de 55 proyectiles aire-aire en el fuselaje y puntos reforzados bajo las alas para dos bombas de 500 kg. o 38 misiles aire-aire.** Velocidad: **1.200 km/h. a 11.500 m.** Techo: **17.000 m.** Autonomía: **1.000 km.** Peso cargado: **10.000 kg.** Envergadura: **10,52 m.** Longitud: **14,05 m.** Altura: **4,54 m.**



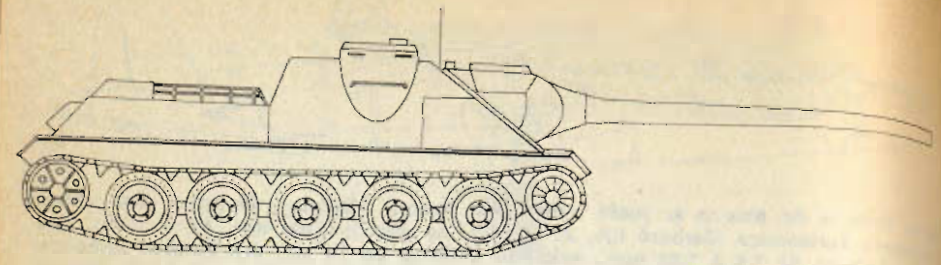
Avión francés de ataque al suelo Potez (Air Fouga) Magister. Motores: **dos turborreactores Turbomeca Marboré IIA, de 400 kg. de empuje cada uno.** Armamento: **dos ametralladoras de 7,5 ó 7,62 mm., más dos bombas de 50 kg., dos misiles anticarro AS.11 ó dos almacenes de cohetes Matra de 37 ó 68 mm.** Velocidad: **715 km/h.** Techo: **10.970 m.** Autonomía: **1.209 km.** Peso cargado: **3.200 kg.** Envergadura: **12,24 m.** Longitud: **10,06 m.** Altura: **2,80 m.**

Proyectil francés aire-aire Matra R.530. Motor: **un cohete Hotchkiss-Brandt de dos fases, de combustible sólido, de 8.500 kg. de empuje.** Cabeza de combate: **27 kg. de alto explosivo, con espoleta de proximidad.** Sistema de dirección: **radar semiactivo o infrarrojos.** Velocidad: **Mach 2,7.** Alcance: **18 km.** Envergadura: **1,09 m.** Diámetro del cuerpo: **26 cm.** Longitud: **3,26 m.** Peso: **195 kg.**

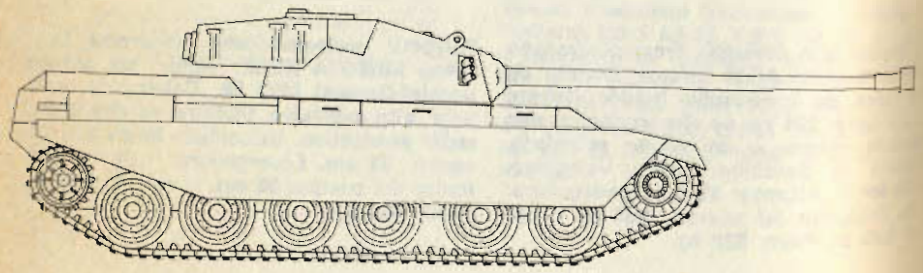
De izquierda a derecha: Proyectil francés aire-tierra Nord AS.30. Motor: **Cohete de dos fases, de combustible líquido.** Cabeza de combate: **231 kg. de alto explosivo, con espoleta normal o de efecto retardado.** Sistema de dirección: **Radio.** Velocidad: **1.800 km/h.** Alcance: **12 km.** Envergadura: **1 m.** Diámetro del cuerpo: **0,35 m.** Longitud: **3,82 m.** Peso: **520 kg.**

Proyectil norteamericano tierra-aire Raytheon MIM-23A Hawk. Motor: **un cohete Aerojet-General M22 E8.** Cabeza de combate: **alto explosivo.** Sistema de dirección: **radar semiactivo.** Velocidad: **Mach 2,5.** Alcance: **35 km.** Envergadura: **1,18 m.** Diámetro del cuerpo: **35 cm.** Longitud: **5,02 m.** Peso: **586 kg.**

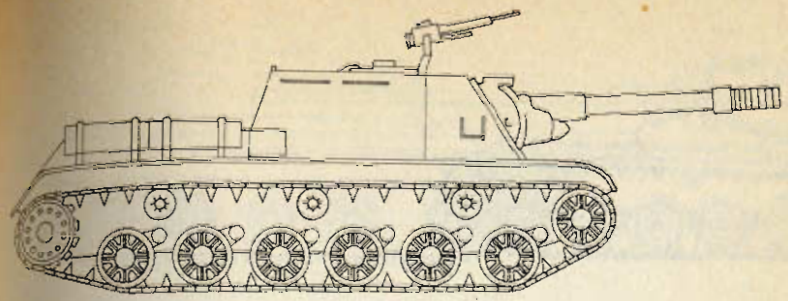
Caza francés Dassault Mystère IVA. Motor: **un turborreactor Hispano Suiza HS250A, de 2.848 kg. de empuje.** Armamento: **cuatro cañones de 20 mm. y 900 kg. de bombas o 16 cohetes.** Velocidad: **1.100 km/h. al nivel del mar.** Techo: **13.700 metros.** Autonomía: **1.300 km.** Peso cargado: **7.250 kg.** Envergadura: **11,12 m.** Longitud: **12,85 m.** Altura: **4,38 m.**



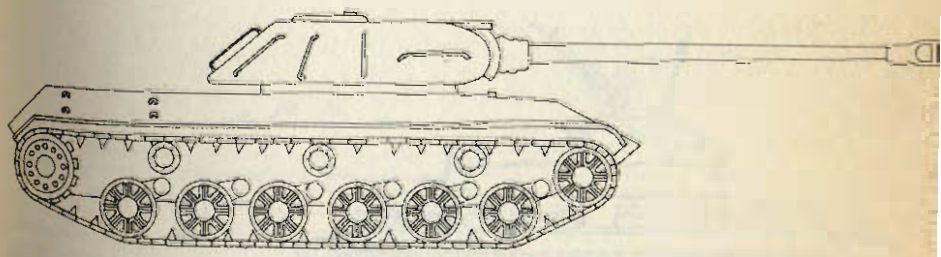
Cazatanques ruso SU-100. Peso: **31,6 toneladas.** Armamento: **un cañón D-10S de 100 mm., modelo 1944, con 35 proyectiles.** Blindaje: **frente, 76 mm.; costados y trasera, 45 mm.** Motor: **diesel V-2-34, en línea, de 500 hp.** Velocidad: **50 km/h. en carretera ó 40 km/h. campo a través.** Autonomía: **290 km. por carretera (355 con depósitos auxiliares de combustible) y 210 (335) a campo a través.** Longitud: **10 m.** Anchura: **3,0 m.** Altura: **2,53 m.** Dotación: **4 hombres.**



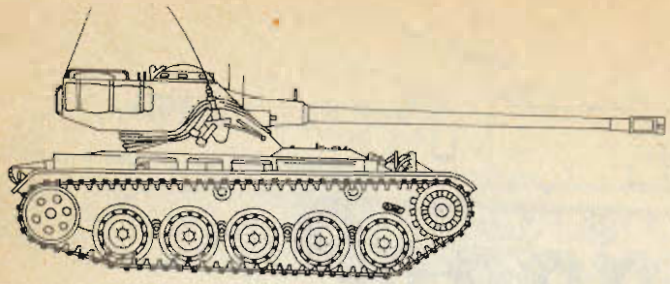
Carro medio británico Centurion 3. Peso: **49,5 toneladas.** Dotación: **4 hombres.** Armamento: **un cañón de 83,4 mm. con 65 proyectiles y dos ametralladoras, una Besa de 7,92 mm. y otra Browning de 7,62 mm., con 4.250 cartuchos.** Blindaje: **máximo, 76 mm.** Motor: **un Rolls-Royce "Meteor" IVB, en línea, de 650 hp.** Velocidad: **34,5 kilómetros/hora.** Autonomía: **95 km. (sin depósitos auxiliares).** Longitud: **9,82 m.** Anchura: **3,62 m.** Altura: **2,92 m.**



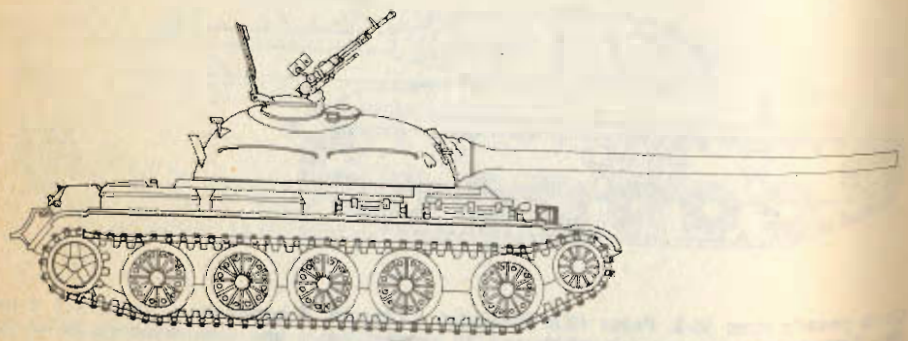
Cañón ruso de asalto JSU-152. Peso: **50 toneladas.** Armamento: **un cañón/obús ML20S de 152 mm., modelo 1943, con 20 proyectiles, y una ametralladora Degtyarev de 12,7 mm.** Blindaje: **saliente superior, 110 mm.; saliente inferior, 127 mm.; plancha frontal, 75 mm.; costados altos, 89 mm.; costados bajos, 75 mm.; trasera, 64 mm.; horizontal, 25 mm.; inferior, 19 mm.** Motor: **un diesel modelo V-2-1S, en línea, de 520 hp.** Velocidad: **37 kilómetros/hora en carretera y 16 a campo través.** Autonomía: **180 km. en carretera (305 con depósitos adicionales) y 83 a campo través.** Longitud: **10,05 m.** Anchura: **3,10 m.** Altura: **2,50 m.**



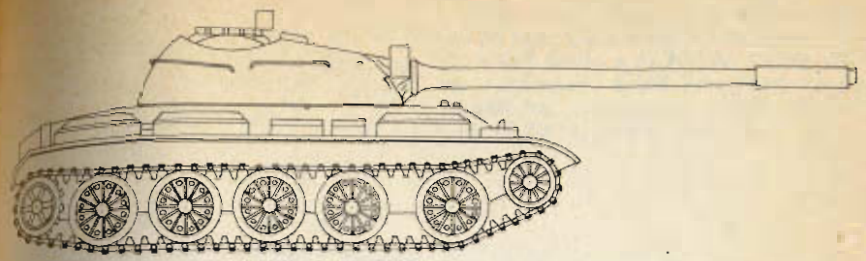
Carro pesado ruso JS-3. Peso: **45,8 toneladas.** Dotación: **4 hombres.** Armamento: **1 cañón D-25 de 122 mm. modelo 1943, con 28 proyectiles, y una ametralladora DShK de 12,7 mm. y dos DT de 7,62 mm., con 945 y 1.000 cartuchos, respectivamente.** Blindaje: **frente, 120 mm.; costados y trasera, de 60 a 90 mm.; horizontal, 45 mm.; inferior, 35 mm.; frente de la torreta, 230 mm.; techo, 25 mm.** Motor: **un diesel V-2-1S, en línea, de 513 hp.** Velocidad: **37 Km/h. en carretera y 19 a campo través.** Autonomía: **210 km. en carretera y 150 a campo través.** Longitud: **9,97 m.** Anchura: **3,20 m.** Altura: **2,70 m.**



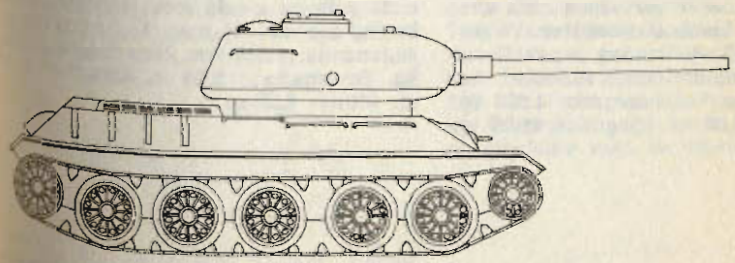
Carro ligero francés AMX-13. Peso: **14,8 toneladas.** Dotación: **3 hombres.** Armamento: **un cañón de 75 mm. en una torreta oscilante F1-10, con 37 proyectiles, y una o dos ametralladoras AAT de 7,5 o 7,62 mm. con 3.600 cartuchos.** Blindaje: **costados, 19 mm.; frente y trasera, 15 mm.; frente y costados de la torreta, 25 mm.** Motor: **un SOFAM 8 Gxb, en línea, de 240 hp.** Velocidad: **65 km/h.** Autonomía: **337 km.** Longitud: **6,31 m.** Anchura: **2,50 m.** Altura: **2,23 m.**



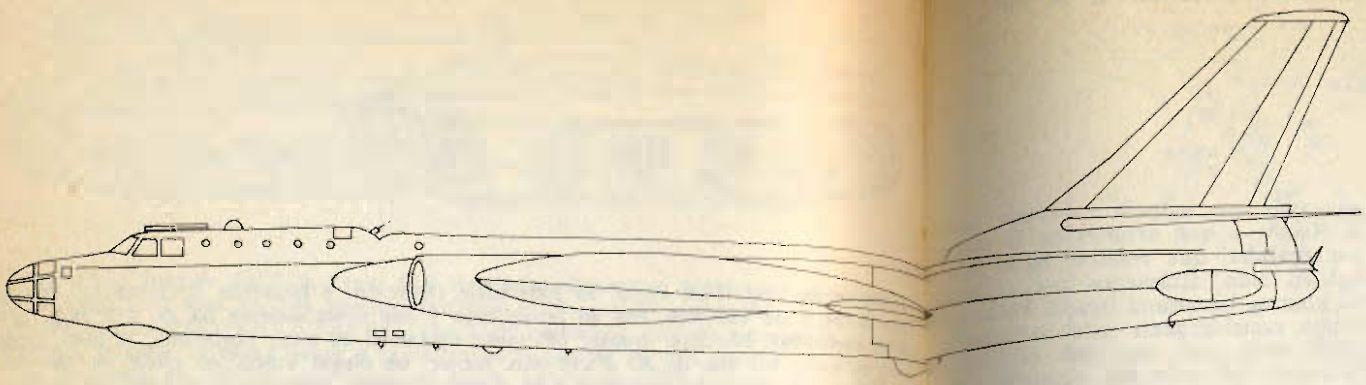
Carro medio ruso T-54. Peso: **36 toneladas.** Armamento: **un cañón D-10T de 100 mm., modelo 1944, con 34 proyectiles, más dos ametralladoras, una DShK de 12,7 mm. y otra de 7,62 mm., con 500 y 3.000 cartuchos, respectivamente.** Blindaje: **frente, 100 mm.; costados, 80 mm.; horizontal, 20 mm.; inferior, 30 mm.; torreta, de 30 a 210 mm.** Motor: **un diesel V-54G, en línea de 520 hp.** Velocidad: **48 km/h. en carretera y 25 a campo través.** Autonomía: **620 km. en carretera y 435 a campo través.** Longitud: **9 m.** Anchura: **3,26 m.** Altura: **2,38 m.**



Carro medio ruso T-55. Peso: **35 toneladas.** Dotación: **4 hombres.** Armamento: **un cañón D-10T2S de 100 mm. con 43 proyectiles y una ametralladora DT de 7,62 mm. con 2.200 cartuchos.** Blindaje: **frente, 100 mm.; costados, 80 mm.; horizontal, 30 mm.; inferior, 20 mm.; torreta, de 30 a 210 mm.** Motor: **un diesel V-2-55, en línea, de 580 hp.** Velocidad: **55 km/h. en carretera y 32 a campo través.** Autonomía: **354 km. en carretera (767 con depósitos adicionales) y 297 (692) a campo través.** Longitud: **8,51 m.** Anchura: **3,26 m.** Altura: **2,38 m.**

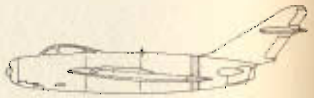


Carro medio ruso T-34/85. Peso: **32 toneladas.** Dotación: **5 hombres.** Armamento: **un cañón ZIS-S-55 de 85 mm., modelo 1944, con 56 proyectiles, y dos ametralladoras Degtyarev de 7,62 mm. con 2.745 cartuchos.** Blindaje: **delantera, saliente, costados y trasera, 47 mm.; horizontal, 30 mm.; inferior, 20 mm.; frente y mantelete de la torreta, 100 mm.; costados, 85 mm.; trasera, 75 mm.; techo, 20 mm.** Motor: **un diesel V-2-34, en línea, de 500 hp.** Velocidad: **50 km/h. Autonomía: 355 km.** Longitud: **7,53 m.** Anchura: **3 m.** Altura: **2,40 m.**



Bombardero ruso Tupolev Tu-16 "Badger" Motores: **dos turborreactores Mikulin AM-3M de 9.500 kg. de empuje cada uno, al nivel del mar.** Armamento: **nueve cañones de 23 mm. y 9.000 kg. de bombas.** Velocidad: **945 km/h. a 10.700 m.** Techo: **13.000 m.** Autonomía: **6.400 km.** Peso cargado: **68.000 kg.** Envergadura: **33,50 m.** Longitud: **36,50 m.** Altura: **10,81 m.**

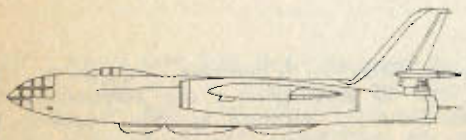
Caza-bombardero ruso Mikoyan-Gurevich MiG-15 «Fagot-B». Motor: **un turborreactor Klimov VK-1A, de 3.170 kg. de empuje a nivel del mar.** Armamento: **un cañón N de 37 mm. con 40 proyectiles y dos cañones NS de 23 mm. con 80 cartuchos cada uno, más 500 kg. de bombas o cohetes.** Velocidad: 1.100 **km/h.** Velocidad ascensional: **3.170 m. por minuto.** Techo: **15.500** m. Autonomía: **900 km.** Peso cargado: **4.990 kg.** Envergadura: **10,08 m.** Longitud: **11,05 m.** Altura: **3,38 m.**



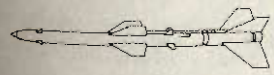
Caza-bombardero ruso Mikoyan-Gurevich MiG-17 «Fresco-C». Motor: **un turborreactor Klimov VK-1A de 3.170 kg. de empuje a nivel del mar.** Armamento: **tres cañones NR-23 de 23 mm. más 500 kg. de bombas o 32 cohetes de 55 mm.** Velocidad: **1.125 km/h. a nivel del mar.** Techo: **17.500 m.** Autonomía: **1.200 km.** Peso cargado: **5.670 kg.** Envergadura: **9,45 m.** Longitud: **11,10 m.** Altura: **3,35 m.**

Caza ruso Mikoyan-Gurevich MiG-19 «Farmer-C». Motores: **dos turborreactores Klimov RD-9B de 3.250 kg. de empuje cada uno, con posquemador.** Armamento: **tres cañones de 30 mm.** Velocidad: **1.450 km/h. a 10.000 m.** Techo: **16.700 m.** Autonomía: **1.367 km.** Peso cargado: **8.700 kg.** Envergadura: **9 m.** Longitud: **13,10 m.**

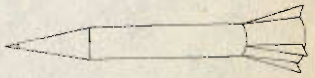
Caza ruso Mikoyan-Gurevich MiG-21 «Fishbed-C» Motor: **un turborreactor Tumansky RD-11 de 5.670 kg. de empuje con posquemador.** Armamento: **un cañón de 30 mm. y dos proyectiles aire-aire «Atoll» o 16 cohetes de 55 mm.** Velocidad: **2.125 km/h. a 11.000 m. (Mach 2).** Velocidad ascensional: **9.144 m. por minuto inicialmente.** Techo: **Más de 20.000 m.** Radio de acción: **565 km.** Peso vacío/cargado: **5.488/7.711 kg.** Envergadura: **7,15 m.** Longitud: **15,76 m. (incluido tubo de morro).**



Bombardero ruso Ilyushin Il-28 «Beagle». Motores: **dos turborreactores Klimov VK-1 de 2.700 kg. de empuje cada uno.** Armamento: **dos cañones NS-23 de 23 mm. y dos de 20 mm., más 2.000 kg. de bombas.** Velocidad: **933 km/h. a 5.000 m.** Techo: **12.500 m.** Radio de acción: **1.367 km.** Peso cargado: **19.500 kg.** Envergadura: **19,50 m.** Longitud: **17,70 m.** Altura: **6,70 m.**



Proyectil ruso tierra-aire V75OVK SAM-2 «Guideline». Motor: **sostenedor de combustible líquido con impulsor de combustible sólido.** Cabeza de combate: **130 kg. de alto explosivo con espoleta de proximidad o detonada por señales.** Sistema de dirección: **radio.** Velocidad: **Mach 3,5.** Alcance: **40 km.** Envergadura: **1,70 m.** Diámetro del cuerpo: **0,65 m. (impulsor) y 0,50 m. (segunda fase).** Longitud: **10,58 m.** Peso: **2.267 kg.**

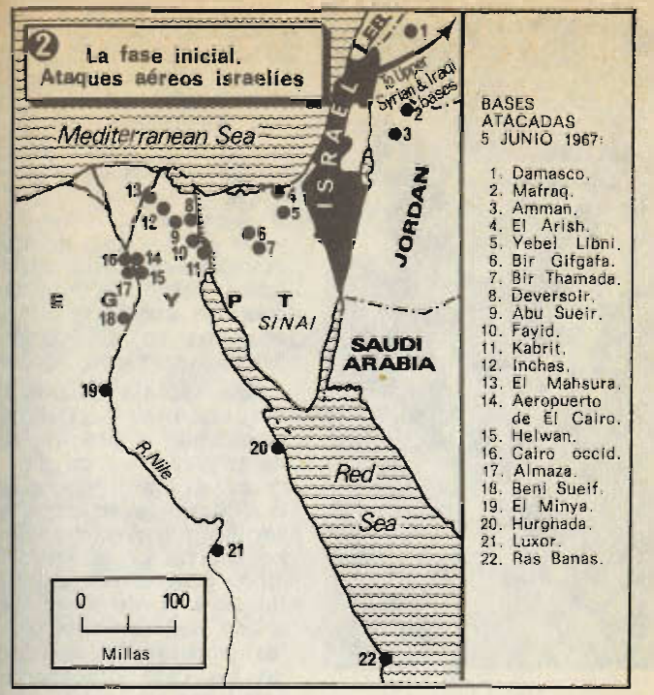


Proyectil egipcio tierra-tierra «Al Kahir». No ha sido posible conseguir detalles de esta arma, pero se sabe que tiene un alcance de 600 km., mide 12 m. de longitud y 1,20 de diámetro. Su cabeza de combate es del orden de los 590 kg.

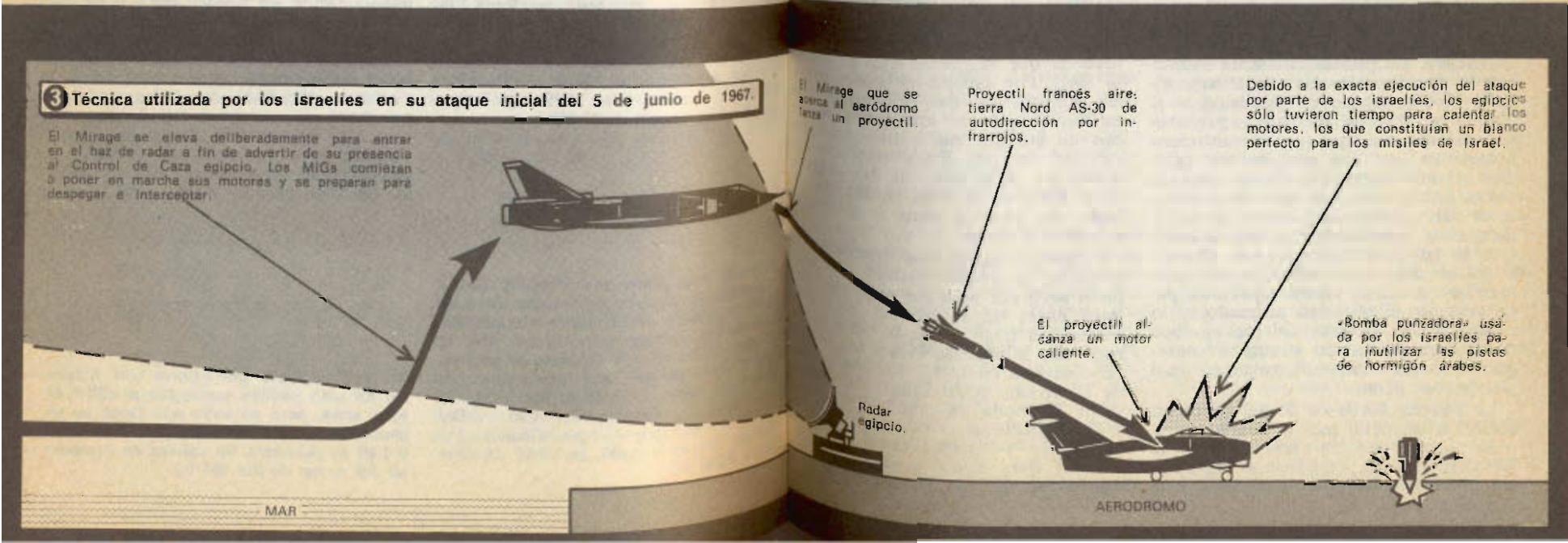
"Ataque preventivo" de Israel

La que iba a pasar a la historia como la Guerra de los Seis Días comenzó a primeras horas de la mañana del lunes 5 de junio. Y estaba virtualmente ganada por Israel antes del mediodía de aquella fecha; pero antes de terminar, seis días después, se desarrolló una lucha muy dura y se perdieron millares de vidas.

Quizá nadie sabrá nunca quién hizo el primer disparo. Nasser, al dar la bienvenida la noche antes al Irak en la alianza de la RAU y Jordania, había proclamado: "Estamos dispuestos para el combate a fin de forzar al enemigo a despertar de sus sueños y hacer frente, cara a cara, a la realidad árabe." Casi al mismo tiempo sonaban las sirenas de alarma aérea en Tel Aviv y, a las ocho menos cuarto de la mañana, la radio israelí anunció que una columna egipcia avanzaba hacia el Negev, y que aviones de la misma nacionalidad que volaban hacia Israel habían sido detectados por el radar de alarma temprana israelí. Pocas personas consideraban esta información como otra cosa que una explicación racional. Un país tan pequeño como Israel no podía quizá reñir una guerra defensiva; solamente una acción preventiva tendría sentido para los responsables de impedir el desastre que amenazaba a su país. La defensa contra un ataque desde el aire resultaba difícil porque la extensión territorial era demasiado pequeña para que la red de alerta temprana diera tiempo suficiente a los cazas israelíes en cuanto a elevarse. El Cairo se encontraba a veinticinco minutos de vuelo de Tel Aviv, pero esta última ciudad



estaba a sólo cuatro minutos y medio de la base aérea avanzada egipcia en El Arish. La artillería antiaérea no tenía gran eficacia contra los bombarderos a chorro, veloces y de alta cota, orientados hacia objetivos en zonas pobladas, y los pocos proyectiles tierra-aire que Israel había logrado conseguir, apenas bastaban para proporcionar una protección limitada a



Mariscal de campo Amer.

Tel Aviv y a las instalaciones nucleares en el Negev. Por esta razón, la Fuerza Aérea israelí se había preparado y entrenado para un papel ofensivo encaminado a destruir la aviación enemiga. En áreas deshabitadas del Negev, los pilotos de Israel habían estado practicando el vuelo a baja altura, el bombardeo de precisión y el ataque a blancos terrestres preparados de manera que guardaran clara semejanza con los aeródromos egipcios. Al mismo tiempo, el personal de tierra había sido instruido en reabastecer de combustible, municionar y despachar nuevamente a los aviones con la máxima rapidez. Así, cuando llegó el día, cada piloto tenía una enorme confianza en su capacidad para destruir el objetivo asignado, y lo mismo podía decirse de los equipos de mantenimiento en cuanto a conseguir que los aviones estuvieran casi siempre en el aire.

La Fuerza Aérea de Israel entró en acción a las ocho menos cuarto de la mañana (nueve menos cuarto, hora de El Cairo). Diez aeródromos egipcios constituían el objetivo, y el plan preveía atacarlos simultáneamente. Se había elegido el tiempo con la mayor astucia buscando el momento en que los soldados de la RAU esperaran menos un ataque. La visibilidad sería buena, y ya había pasado la habitual alerta del amanecer, en la cual los MiGs se hallaban en el aire esperando lanzarse sobre los intrusos. La mayoría de los pilotos egipcios estarían desayunando, y sus jefes aún no habrían llegado a sus despachos. Además, los aviadores israelíes, a quienes esperaba un día de prueba, habrían tenido una buena noche de descanso.

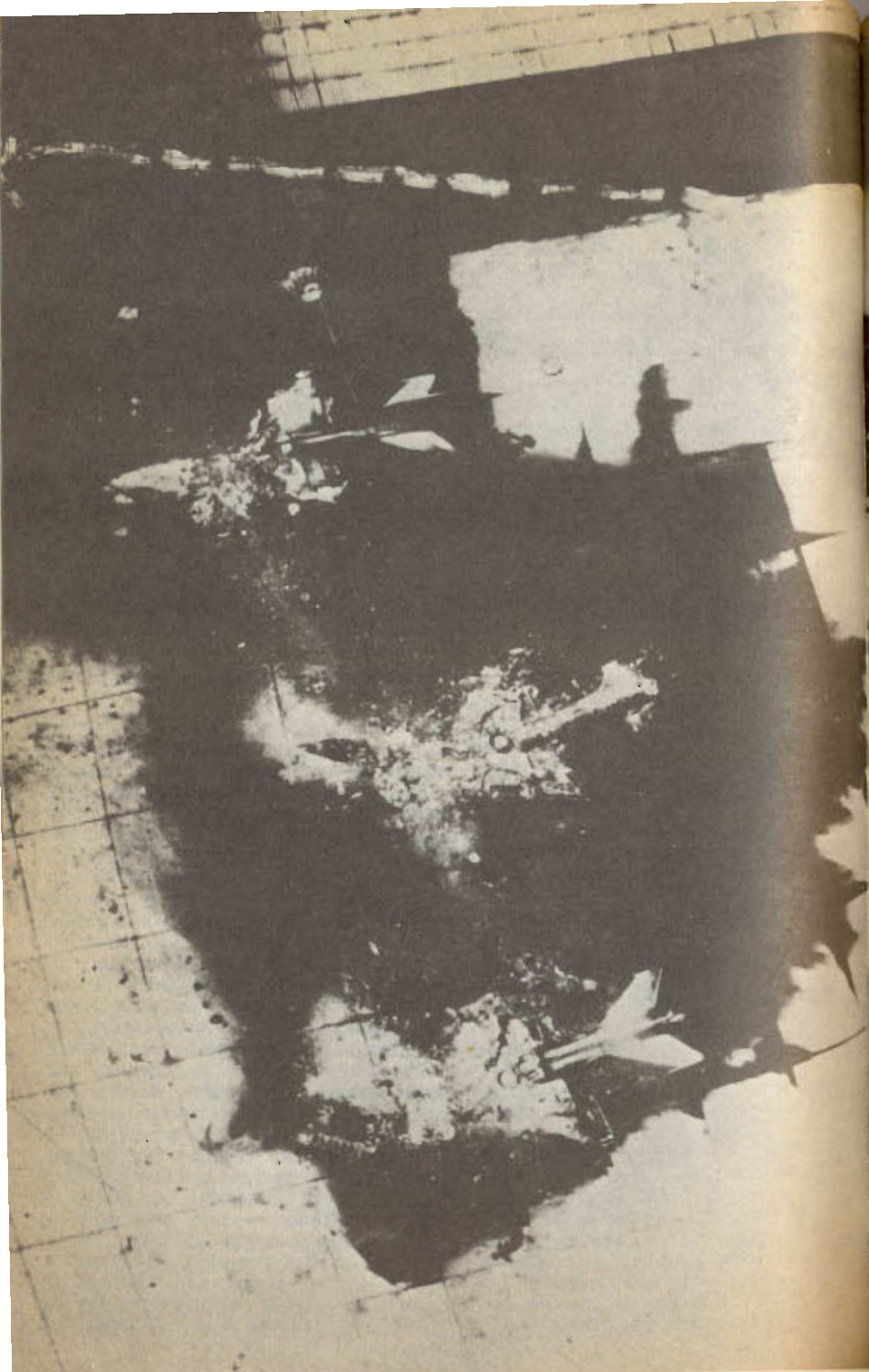
Una ventaja adicional que vino como un bien acogido regalo resultó inesperado y prácticamente imposible de prever. Dos de los principales líderes militares egipcios fueron cogidos literalmente en el aire. El mariscal Ali Amer, comandante en jefe de las fuerzas de la RAU, y el de la aviación, general Mahmud Sidky, se hallaban a bordo de un avión que había salido de El Cairo para inspeccionar las tropas egipcias en el Sinaí, cuando los caza-bombarderos israelíes se arrojaron ululantes contra sus objetivos. Como medida de seguridad, las baterías antiaéreas de la RAU habían recibido órdenes de no disparar a ningún avión sobre el Sinaí en tanto el Ilyushin de Amer estuviera en el aire. Este no pudo aterrizar en dicha península porque todos los aeródromos estaban siendo atacados, y al fin tuvo de que resgresar a la capital de la RAU. Por espacio de noventa vitales minutos los dos principales jefes militares egipcios estuvieron separados de sus fuerzas e imposibilitados de dar órdenes. Para empeorar las cosas, los altos jefes de las unidades de la RAU en el Sinaí habían abandonado sus puestos para ir a Thamed a recibir a Amer.

Como confiaron los planificadores israelíes, el ataque resultó una completa sorpresa para los egipcios: "Una hora antes de lo que se esperaba", como dijo tristemente la emisora cairota. Los pilotos de Israel tenían nueve objetivos en total: los aeródromos de El Arish, Yebel Libni, Bir Gifgafa y Bir Thamada, en el Sinaí; Abu Sueir y Cairo Occidental, en la zona del delta; Fayid y Kabrit, en el canal de Suez, y Beni Sueif, a unos cien kilómetros al Sur de El Cairo. Excepto

Aeródromo egipcio atacado por aviones israelíes.

Fayid, que los aviadores israelíes tardaron en localizar porque estaba envuelto en bruma, todos los aeródromos fueron alcanzados en un plazo de quince minutos desde la hora prevista. Los aviones atacantes volaron a baja altura para evitar la detección, y sólo al aproximarse a sus objetivos se elevaron, haciéndose súbitamente visibles en las pantallas de radar egipcias. El ascenso final fue una treta deliberada para dar al enemigo un tardío aviso e inducir así a sus pilotos a intentar una salida. Cogidos en las pistas o en las cabinas de sus aviones, serían después destruidos con sus aparatos.

Al acercarse a sus objetivos bajo una cobertura de unos 40 cazas Mirage, las primeras oleadas de Mystères israelíes no encontraron virtualmente oposición. Debido a sus órdenes respecto a Amer, los artilleros antiaéreos egipcios no abrieron fuego, y los únicos aviones de la RAU que se hallaban en vuelo en el momento del ataque inicial eran cuatro aviones escuela desarmados que fueron prontamente abatidos. Las siguientes oleadas de atacantes, que llegaron sobre los objetivos al tiempo que los primeros incursores regresaban para cargar combustible y municiones —a fin de volver a la lucha—, encontraron una oposición ligeramente mayor, principalmente de las piezas antiaéreas que entraron en acción cuando sus servidores comprendieron lo que estaba pasando. Solamente ocho MiG lograron despegar durante la acción y, a costa de dos Mirages israelíes, fueron todos derribados. Los aviones invasores no pasaban más de diez minutos sobre sus objetivos; esto les permitía hacer tres o cuatro pasadas antes de agotar la dotación de bombas y municiones, y de verse obligados a regresar por combustible. Durante las salidas iniciales, las pistas y las zonas de estacionamiento de aviones fueron objeto de fuego de cañón, y las bombas de los Mirages se lanzaron sobre aquéllas en el curso del ataque final. Se sucedían las oleadas —cada una integrada por unos cuarenta aviones— a intervalos de diez minutos. Al terminar un asalto, los aviones de la oelada siguiente se lanzaban al objetivo, los de la tercera se hallaban en camino, los



de la cuarta se preparaban para despegar y el peronal de tierra aguardaba el momento de reabastecer y atender a los que volvían de la primera oleada. En un plazo de cincuenta minutos, esta primera retornaba a los mismos objetivos; tal esquema de ataques sucesivos y continuos contra los aeródromos egipcios se mantuvo hasta mediodía, hora a la que la fuerza aérea de Nasser había sido prácticamente eliminada. Luego, tras un corto intervalo, los mismos aviones israelíes despegaron de nuevo para atacar las bases de la RAU más hacia el interior. El Ilysuhin que conducía al mariscal Amer y al general Sidky había tenido que permanecer en el aire durante hora y media hasta que por último consiguió tomar tierra en el aeropuerto internacional de El Cairo. Fueron atacados diecisiete aeródromos principales y, en prácticamente tres horas, casi trescientos aviones de la Fuerza Aérea de la RAU quedaron destruidos. Estos incluían 30 bombarderos pesados Tu-16, 27 bombarderos me-

Restos de tres MiG-21s que fueron atacados por los israelíes en la mañana del 5 de junio.

Un MiG-19 destruido en el suelo.

dios Ilyushin, 70 cazas MiG-19, 12 caza-bombarderos Sujoi-7, 90 cazas MiG-21 y 32 aviones de transporte y helicópteros.

La sorpresa con la que habían contado los israelíes fue absolutamente completa. En casi cada aeródromo de la RAU, los aviones egipcios fueron cazados en sus zonas de estacionamiento —ala con ala—, sin que se hubiera hecho el menor intento de camuflaje o dispersión. Esto, dijeron posteriormente los árabes —y los portavoces soviéticos en Moscú estuvieron airadamente de acuerdo—, constituía un claro indicio de que Israel había lanzado el primer golpe. En El Cairo, el comentario más triste oído durante la guerra fue: "Es típico de esos judíos atacar cuando supieran que todos nuestros pilotos estarían desayunando."

Para los árabes, la devastadora potencia del ataque israelí fue tan pasmosa como la sorpresa que con él se produjo. La mayoría de los aviones egipcios fueron destruidos mediante un fuego de cañón increíblemente certero, y los aeródromos quedaron inu-

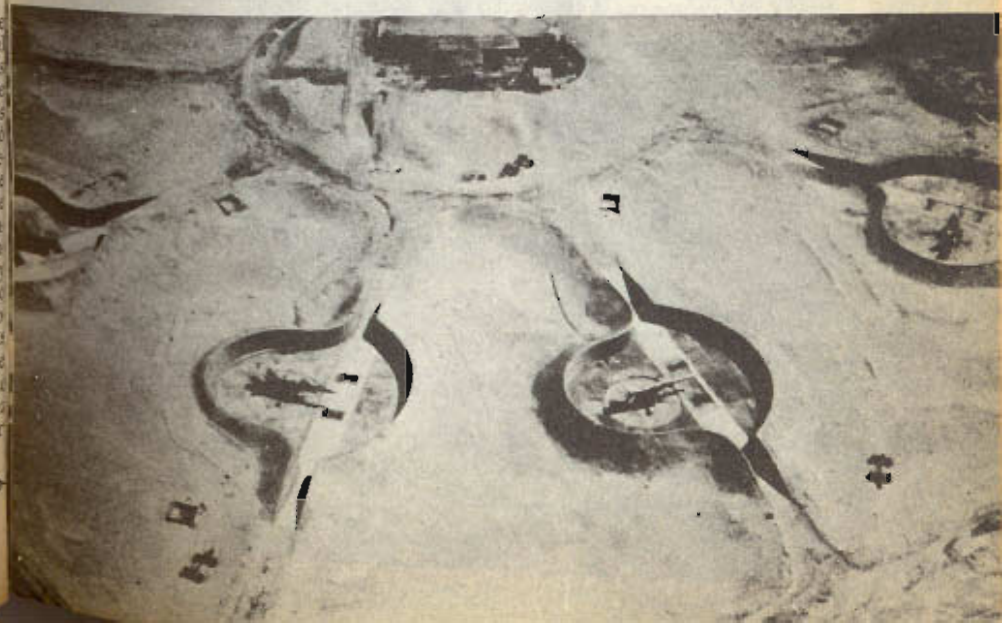
Un proyectil SAM-2 suministrado por la Unión Soviética a las defensas terrestres egipcias. Foto tomada tras ser capturado intacto por las fuerzas israelíes.

tilizados al ser destruidas las pistas por los bombardeos. Muchas de las bombas pertenecían a tipos convencionales de 113, 225 y 45 kilos, pero algunas de las lanzadas sobre las bases al Oeste del canal de Suez habían sido fabricadas para el fin específico de cuartear la dura superficie de las pistas de hormigón. (No se arrojaron artefactos explosivos en los aeródromos del Sinaí, que los israelíes confiaban capturar para ser utilizados por sus propios aviones.) Cuando una de estas bombas alcanzaba el suelo, unos cohetes impulsaban su cabeza de combate, de unos 165 kilos de peso, para que penetrara la dura capa exterior, mientras que las espoletas de acción retardada hacían incierto el momento de la explosión. Conocidas ahora como bombas "punzadoras" de hormigón, resultaban nuevas para los egipcios, y el éxito israelí se atribuyó en parte al empleo de esta arma "secreta". En los primeros minutos de los ataques iniciales, el personal de tierra y los soldados de la RAU trataron valientemente de reparar las dañadas pistas, apagar los incendios y salvar los aviones que no habían sido alcanzados. Pero las continuas explosiones de efecto retardado, provocadas por las "punzonadoras", y el fuego de cañón israelí les obligaron finalmente a abandonar sus esfuerzos. Una vez que se hubieron recobrado de la sor-

Una base de proyectiles SAM-2 en el desierto.

presa original, los artilleros antiaéreos egipcios repelieron duramente el ataque, y ellos se apuntaron el derribo de la mayoría de los aviones perdidos por Israel. Cierto número de los tan cacareados proyectiles soviéticos SAM-2 fueron utilizados contra los israelíes aquel día. Pero los aviones de Israel volaban demasiado bajos y a demasiada velocidad para ellos, y ninguno de los proyectiles tuvo éxito. Lentos en abandonar sus rampas de lanzamiento y en acelerar, el rendimiento de los SAM-2s resultó indudablemente menos eficaz que el de los cañones antiaéreos.

A mediodía de la primera jornada de la guerra circularon rumores entre los israelíes en el sentido de que su Fuerza Aérea había destruido unos doscientos aviones egipcios. Pero no hubo confirmación de medios oficiales, y por orden del general Dayan se acallaron deliberadamente los rumores. "Que los árabes hablen todo lo que quieron", dijo Dayan al portavoz del gobierno israelí. El general había supuesto que los subordinados de Nasser se mostrarían reacios a hablarle a su jefe de las pérdidas egipcias y que, cuando el presidente de la RAU supiera su magnitud, habría una demanda de intervención de la ONU o un alto el fuego para evitar nuevos desastres e impedir la explotación del éxito por parte de los israelíes. Dayan recelaba también de la reacción



soviética cuando Moscú tuviera conocimiento de que muchos de sus aviones y gran parte de otro material suministrado a la RAU habían sido destruidos. Así, hasta que se revelaron los verdaderos hechos en una conferencia de prensa israelí celebrada en la mañana del segundo día (6 de junio), los boletines de noticias árabes, llenos de falsas declaraciones de aviones enemigos derribados, fueron retransmitidos sin comentarios por las emisoras de Israel. En El Cairo, cada nuevo informe era recibido con júbilo por la gente que se reunía en las esquinas de las calles alrededor de alguna radio de transistores, y multitud de estudiantes cantaban: "¡Lucharemos, lucharemos! ¡Nuestro amado Nasser! ¡Estamos contigo hasta Tel Aviv!" Una noticia de Radio El Cairo se refería a un piloto israelí cuyo avión había sido abatido cerca de Zagazig, en el delta del Nilo. Tras lanzarse con paracaídas, había sido capturado por los *fellahin* locales, que le habían hecho pedazos con las herramientas que usaban en el campo.

Mientras tales noticias mantenían a los árabes en una optimista obscuridad, los israelíes —que también podían oír la emisora cairota y que, en muchos casos, entendían el árabe— se hallaban naturalmente inquietos. Hasta cierto punto, sus temores quedaron mitigados por una declaración hecha por el general de brigada Chaim Hertzog, principal comentarista militar, que calificó las afirmaciones egipcias de "prematuras, poco claras y decididamente no autorizadas". Y hay pocas dudas de que la política israelí de negarse a disipar la niebla bélica para beneficio de sus enemigos diera resultado. El propio Nasser no supo todo el alcance del golpe de Israel hasta seis o siete horas después, y, con el Alto Mando egipcio, fue tardo en apreciar su significado en cuanto a la batalla aérea. Cuando conoció la verdad, trató de explicarla acusando a los Estados Unidos y Gran Bretaña de haber intervenido en el ataque.

En Tel Aviv, la poco familiar alarma aérea, difundida por el aullido de las sirenas poco antes de las ocho de la mañana, fue la primera indicación de que había empezado la guerra. Pero ninguna clase de advertencia, por estridente que sea, prepara plenamente a un pueblo para un acontecimiento de esta naturaleza; la gente se mostraba reacia a buscar refugio, y la animación mañanera de Tel Aviv apenas quedó perturbada. La misma actitud prevaleció en Jerusalén y en otros lugares, y no cambió hasta las nueve de la mañana, cuando las emisoras árabes e israelíes anunciaron la ruptura de hostilidades. Muchas personas trataron entonces de guarecerse en los refugios antiaéreos, donde muchas de ellas durmieron las tres o cuatro noches siguientes. En Tel Aviv, las sirenas sonaron doce veces durante el primer día; la alerta más larga se produjo a mediodía, cuando Jordania comenzó a bombardear la ciudad.

A través de la crisis los israelíes habían confiado en que Jordania permanecería al margen de la guerra, y se enviaron frenéticos mensajes al rey Hussein, por medio de las agencias locales de las Naciones Unidas, pidiéndole que no abriera fuego. Si él mantenía su paz, igual harían ellos, dijeron los israelíes. Pero Hussein, el más moderado de los gobernantes árabes, había ido demasiado lejos para volverse atrás ahora; estaba obligado por sus compromisos con el resto del mundo árabe. A las nueve de la mañana se recibió un mensaje del mariscal Amer informando al monarca hachemicha de que había comenzado la guerra con Israel, y pidiendo a Jordania que iniciara inmediatamente las hostilidades de acuerdo con el pacto firmado en El Cairo. En los ataques contra aeródromos de la RAU había sido destruido el 75 por ciento de la Fuerza Aérea israelí, continuaba el mensaje. Esto, naturalmente, era una total invención, así como la afirmación de que los aviones egipcios atacaban ahora Israel. Pero cualquier duda que Hussein pudiera haber tenido entonces se disipó rápidamente por lo que parecía ser la confirmación, por una fuente jordana, de la declaración de Amer, cuando las estaciones de radar de Jordania identificaron gran número de aviones que volaban de Egipto a Israel. (Se trataba, en realidad, de aviones israelíes que regresaban a sus bases después de las

El rey Hussein decide llevar a su país a la guerra. Aquí aparece inspeccionando posiciones militares pocos días antes de la contienda.

primeras salidas.) Hussein decidió, por tanto, actuar, y a las nueve y media de la mañana se frustraron las esperanzas israelíes de que Jordania se mantuviera apartada del conflicto. A través de Radio Amman, el rey hizo un llamamiento a su pneblo para que participara en la *jihad* (guerra santa); Jordania había sido atacada, dijo, el Ejército y la Fuerza Aérea del país habían sido pnestos bajo el mando del general Riad y había llegado "la hora de la venganza". Aquello constituyó una sorpresa para los israelíes, pero muchos no desmayaron porque, si la guerra con Egipto llevaba largo tiempo preparada, la acción contra Jordania constituía una auténtica oportunidad. Luchar por la ciudad santa de Jerusalén era la ocasión de cumplir la profecía jndía.

Tras la alocución del rey Hussein, se esperaba que los jordanos atacaran en conjunción con Siria y el Irak. La confusión atribuida a un mensaje apócrifo —que parecía proceder del mariscal Amer, pero que había sido elaborado por los servicios de Información israelíes— y a otro de los sirios en el sentido de que habían sido cogidos desapercibidos por lo súbito de la ruptura de hostilidades, causaron inevitablemente cierto retraso. Siria decía que sus fuerzas no se hallaban aún preparadas para atacar a Israel. No hay duda de que confiaban en que los aviones de Hussein serían destruidos por los israelíes antes de comprometer los suyos en la lucha. Para los sirios, el monarca hachemita seguía siendo "el tirano", y tenían bien presente solventar sus diferencias con Jordania cuando terminara la guerra con Israel. Los iraquíes se mostraban también remisos al llamamiento a la guerra santa. Pero a las once de la mañana se informó a Hussein que aviones del Irak habían despegado ya para bombardear objetivos israelíes. Posteriormente, los iraquíes afirmaron haber realizado una incursión sobre Tel Aviv y destruido "siete aviones en un aeródromo de Israel". Ni la declaración inicial ni la afirmación siguiente correspondían a la realidad. Durante toda la guerra, la actitud aérea iraquí se limitó a un solo ataque vergonzante llevado a cabo por un solitario Tu-16, que lanzó unas cuantas bombas en Nathanya. En lo tocante a Hussein, sin embargo, no había razón para suponer que los mensajes sirio e iraquí no eran auténticos, y ordenó que su aviación atacara a Israel. Dieciséis de los veintidós Hawker Hnnters jordanos se lanzaron al aire para bombardear los aeródromos de Nathanya, Kfar Sirkin, Kgar Sava y otros objetivos. Hacia las once y media de la mañana, los dieciséis Hunters estaban de regreso en sus bases, y sus pilotos informaron haber destruido cuatro aviones israelíes en el suelo.

La reacción israelí fue a la vez pronta y devastadora. Tras habérselas con la Fuerza Aérea egipcia, dirigieron sus esfuerzos a la eliminación de la de Jordania. Poco después de mediodía, dos secciones, cada una integrada por cuatro Mirages, despegaron para atacar las bases aéreas jordanas en Mafraq y Amman. Allí cogieron a los Hunters reabasteciéndose de combustible y municiones después de su misión de bombardeo sobre Israel. Cuando los Mirages dieron la vuelta para regresar a su punto de partida, quedaron atrás dieciocho Hunters envueltos en llamas, cuya destrucción no pudo ser evitada, y las bombas hicieron pedazos las pistas. Para redondear su misión, los Mirages atacaron y ametrallaron después lo que parecían ser objetivos adecuados encontrados en su vuelo de retorno. Tales objetivos iban de vehículos en marcha al —según los jordanos— palacio del rey Hussein. Durante la incursión, uno de los Mirages fue alcanzado por la artillería antiaérea de Jordania, pero el piloto logró lanzarse utilizando su asiento de eyección, sobre el mar de Galilea, donde fue recogido por un patrullero israelí.

En una corta incursión, los aviadores de Israel habían invalidado la Fuerza Aérea jordana, que entonces quedaba literalmente sin aviones. Muchos de los pilotos escaparon a la muerte, y Hussein los despachó al Irak, donde pasaron el resto de la guerra tripulando Hunters de aquel país. Mas lo peor faltaba por venir, y el monarca hachemita declaró posteriormente que si los sirios hubieran cumplido su parte del pacto árabe y atacado a Israel cuando se les pidió que así lo hicieran, los aviones jordanos habrían podido estar antes en el aire. Luego se hubieran hallado en condiciones de coger a los aviones israelíes que regresaban de sus incursiones contra Egipto —en el aire, pero escasos de municiones y combustible, o reabasteciéndose en tierra—, y, al destruirlos, habrían embotado el arma que dio a Israel la victoria final. Posiblemente ésto pudo haber sido así, ya que el Hawker Hunter tiene fama de ser más maniobrero que el Mystère y el Mirage. Pero la historia está llena de bechos que pudieron haber sido y no fueron, y no parece probable que algo que los jordanos pudieran haber realizado habría afectado el resultado definitivo.

La Fuerza Aérea siria fue atacada y paralizada casi al mismo tiempo que la de Jordania. A las doce y cuarto de la mañana, dieciséis Mystères emprendieron la acción contra los cuatro aeródromos principales al Sur de Damasco. Tras veinte minutos de bombardeo y ametrallamiento, una masa llameante de aviones sirios destrozados y las pistas sembradas de cráteres testificaban la rápida venganza de los israelíes, a quienes Radio Damasco había prometido temerariamente aquella mañana que «serían destruidos en el plazo de cuatro días». Se habían cerrado los colegios en la capital siria, más como celebración que como precaución contra los ataques aéreos, y los escolares se habían tenido que poner a llenar sacos terreros para ser aplicados como protección de edificios públicos. No se habían preparado refugios antiaéreos en Damasco, y, tras esta breve demostración del poder aéreo israelí, los sirios adaptaron apresuradamente para tal fin un par de discotecas. Al Oeste de Damasco, la población de Beirut tomaba también fenétricamente algunas medidas vacilantes en prevención de acciones aéreas. Al igual que otros estados árabes, el Líbano había declarado la guerra a Israel, pero, aparte de las emisiones de radio que contenían la misma mezcla de alborozo e inventivas difundidas por las emisoras de otros países islámicos, el gohierno libanés no había realizado ningún movimiento hostil. El primer ministro, Rashid Karame, se mostraba vehemente en cuanto a participar en la lucha, más el jefe del Estado Mayor del Ejército, general Bustani, sabía que las fuerzas armadas de su patria no podían codearse con las de Israel; así, cuando el martes (segundo día del conflicto), le ordené Rashid Karame que entrara en acción, él se negó. El primer ministro dispuso entonces el arresto de Bustani, pero como nadie lo llevó a cabo, nada sucedió. Afortunadamente para los libaneses, este atolladero duró lo suficiente para que la verdad disipara los informes triunfalistas que habían sido el tono del parte de guerra difundido desde El Cairo el primer día de operaciones. Al comprender su error, Karame suavizó su belicosidad y trató de olvidar que alguna vez hubiera deseado hacer la guerra a Israel. Con excepción de un choque entre aviones israelíes y dos Hunters libaneses sobre el mar de Galilea, el Líbano permaneció al margen de la contienda, e Israel se alegró de poder dejarlo sólo.

El caso es que ni los sirios ni los libaneses fueron molestados por nuevos ataques aéreos el primer día de la guerra. Excepto una incursión contra el principal aeródromo iraquí, una vez cortadas las alas de la Fuerza aérea siria y pulverizada la aviación militar de Hussein, los israelíes dedicaron de nuevo su atención a su enemigo principal: Egipto. Volvieron a ser atacadas las bases alcanzadas en las primeras incursiones, mientras se llevaban a cabo una serie de acciones ofensivas contra las estaciones de radar egipcias. A la caída de la noche, todas las instalaciones en el Sinaí y muchas de las localizadas en las zonas del delta habían sido inutilizadas, y la Fuerza Aérea de Israel se halló en condiciones de considerarse como dueña virtual del aire. Aparte de tres o cuatro ataques aislados de los MiGs de la RAU contra tropas israelíes en el Sinaí, ningún avión árabe se aventuró sobre parte alguna de Israel o trató de intervenir en los combates terrestres a partir de entonces. En contraste, Israel prestó una masiva cobertura aérea a sus fuerzas de tierra; su aviación voló cómo y dónde quiso, realizando frecuentes vuelos sobre El Cairo y la zona del delta, partes del Irak, Siria y Jordania y el Sinaí, antes de ser éste invadido. A veces, los árabes intentaron hacer frente a las incursiones en su espacio aéreo. Pero los proyectiles SAM disparados contra los invasores resultaron tan ineficaces como los lanzados el primer día de la guerra, y los israelíes tomaron prontamente la medida a los artilleros an-

tiaéreos. En cierto número de ocasiones hubo combates cuando los MiGs egipcios y los Hunters iraquíes interceptaron a los aviones de Israel. Después de la guerra, los israelíes afirmaron haber derribado 61 aviones de la RAU y 17 de otros países árabes en combate aéreo. Se cree que el número de aparatos perdidos por Israel oscila alrededor de 40, si bien los israelíis nunca han confirmado o negado esta cifra. Trece pilotos hebreos fueron hechos prisioneros —nueve por los egipcios, dos por los jordanos y dos por los sirios—, y otros cinco aviadores israelíes que se habían lanzado con paracaídas sobre territorio enemigo, resultaron muertos al aterrizar.

El ataque preventivo de la Fuerza Aérea de Israel fue la clave del éxito en las batallas terrestres que seguirían. Quizá hubiera ganado aún la guerra sin este masivo asalto aéreo, pero la victoria habría exigido muchas bajas israelíes y llevado más tiempo. Algunas de las tropas árabes lucharon tercamente, especialmente los jordanos. Pero el absoluto dominio del aire por parte de Israel significó la derrota final para los árabes. Desconocedor del alcance de las pérdidas de Egipto, Hussein no podía creer que la Fuerza Aérea israelí fuese capaz del esfuerzo sostenido desplegado contra sus legiones árabes. Por ello, resulta parcialmente comprensible que, al menos por cierto tiempo, respaldaran la afirmación de Nasser de que aviones norteamericanos y británicos habían participado en el ataque de Israel.

Cómo se originó tal embuste es algo que todavía sigue envuelto en el misterio. Pero parece que cuando ya no se pudo ocultar a Nasser la verdad sobre la destrucción de la Fuerza Aérea de la RAU, el Alto Mando egipcio trató de explicarla culpando a los Estados Unidos y a Gran Bretaña. La acusación se vio alimentada por el aturdimiento y la confusión reinantes, y Nasser se sentía al borde de la desesperación buscando una excusa para el desastre árabe. Al implicar a Norteamérica y a Gran Bretaña, quizá confiaba en persuadir a Moscú para que viniera en su auxilio. De hecho, jamás existió la menor posibilidad de que esta jugada diera resultado. Los buques rusos que registraban el movimiento aéreo en el Mediterráneo sabían por su propio radar que no habían participado aviones norteamericanos ni británicos, y el embajador soviético en El Cairo fue a ver a Nasser y así se lo dijo sin rodeos. Sin embargo, el presidente de la RAU siguió en sus trece y, justo antes de amanecer el segundo día, los israelíes captaron y grabaron una conversación radiofónica en la que Hussein llamaba a Nasser para decirle que cuatrocientos aviones estaban atacando Jordania; tras alguna discusión, los dos líderes árabes acordaron, según el diálogo grabado y luego difundido por Israel, declarar que los Estados Unidos y Gran Bretaña estaban interviniendo en el conflicto. Los puntos principales se debieron al presidente egipcio:

Nasser: ¡Hola! ¿Diremos que los Estados Unidos e Inglaterra o sólo Norteamérica?

Hussein: Los Estados Unidos e Inglaterra.

Nasser: ¿Tiene Inglaterra portaviones?

Hussein: (Respuesta ininteligible).

Nasser: ¡Por Dios! Digo que haré un anuncio, que también lo haréis como monarca jordano y veremos que los sirios lo hagan asimismo en el sentido de que aviones norteamericanos y británicos participan en la lucha contra nosotros partiendo de portaviones. Pondremos de relieve la cuestión y remacharemos el clavo...

Los gobiernos de los Estados Unidos y de Gran Bretaña desmintieron prontamente tal argumento, y ambos países pidieron a la ONU que enviara observadores a los aeródromos y portaviones desde los cuales se decía que se había prestado apoyo aéreo a los israelíes. No se destacó a ningún observador, y Hussein admitió posteriormente que la «vasta sombrilla» sobre Jordania había sido enteramente israelí. Nasser, sin embargo, se atuvo a su historia, insistiendo en que «tres veces el número» de aviones que poseía Israel habían atacado a las fuerzas árabes. Esto, junto con el hecho de que resultaba inconcebible para la opinión pública egipcia que el pequeño Israel pudiera batirles sin ayuda exterior, significaba que los árabes creían, y quizá sigan creyéndolo, que los aviones norteamericanos y británicos fueron decisivos en cuanto a forzar la victoria israelí.

Aviones egipcios atacan a las tropas israelíes que avanzan hacia el canal de Suez.

La verdad, naturalmente, es distinta. No se puede negar que el ataque preventivo a Egipto y la subsiguiente destrucción del poderío aéreo árabe jugó el papel vital en decidir el resultado de la guerra. Pero la acción corresponde por entero a los israelíes por su profesionalismo, su cuidadosa planificación, su duro adiestramiento y sus meticulosos preparativos.

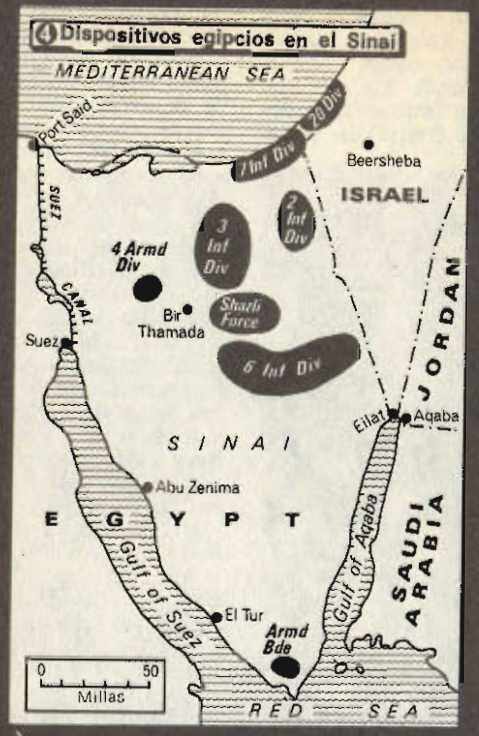
La guerra en el Sinaí

El Sinaí es un desierto desnudo y hostil que separa Africa de Asia, y el Mediterráneo del océano Indico. Este es el yermo que los hijos de Israel recorrieron por espacio de cuarenta años antes de entrar en la Tierra Prometida, y donde las tablas registran los Diez Mandamientos dados a Moisés. Es la puerta de Palestina viniendo de Egipto o, de otro modo, la puerta a Egipto desde Israel. En circunstancias normales, los únicos moradores de esta inhóspita franja de terreno son los beduinos nómadas que merodean entre sus cambiantes dunas en busca de raquíticos arbustos para sus cabras. Pero, durante siglos, los ejércitos han vagabundeado por las arenas del Sinaí, y se trata de un campo de batalla ideal para la guerra moderna, perfecta tierra de carros de combate donde los protagonistas pueden chocar sin mezclar en el asunto a las poblaciones civiles. En 1956, esta llanura desértica fue escenario de los primeros encuentros entre Egipto e Israel; en 1967 volvió a servir de marco a una pugna trascendental para las dos naciones.

A fines de mayo había casi cien mil soldados egipcios y un millar de carros en el Sinaí: siete divisiones, dos de ellas acorazadas. De estas divisiones, sólo la 20ª Palestina, acantonada en la franja de Gaza, y la 7.ª de Infantería, desplegada a lo largo de la frontera israelí, estaban allí desde antes de la crisis. Las otras cinco habían sido destacadas a través del canal de Suez cuando Nasser empezó su sistema de coacción bélico-política, y no se hallaban preparadas al comenzar las hostilidades. La mayoría de los oficiales egipcios no esperaban realmente tener que combatir; otras crisis no habían llegado al choque armado, y confiaban en que la victoria de su presidente sería diplomática, no militar. Como consecuencia, pocos de ellos se preocupaban por una situación de disponibilidad instantánea. No se había organizado adecuadamente las comunicaciones ni los medios administrativos y, aunque había grandes depósitos de raciones alimenticias, combustible y municiones en las bases logísticas del Sinaí, no se habían distribuido. Una de las causas de esta confusión operativa y burocrática residía en el modo en que se llevó a cabo la muy cacareada operación de reforzamiento. Una división seguía a otra hacia las zonas avanzadas, y las unidades iban futilmente de un lado para otro. Así, en la mañana del 5 de junio, se calculaba que una cuarta parte de los vehículos egipcios estaban inmovilizados porque se habían estropeado o carecían de combustible.

El Alto Mando de la RAU desplegó

Soldados israelíes en un sector del frente en el desierto de Negev.



sus siete divisiones tanto para la acción ofensiva como para la defensa. La 20.ª Palestina tenía un papel casi rígidamente defensivo en la franja de Gaza, mientras que la 7.ª ocupaba posiciones muy fortificadas desde Rafah a El Arish que cubrían la carretera costera que llevaba a Kantara a través del Sinaí. En la zona de Abu Agheila, más al Sur, la 2.ª División de Infantería bloqueaba la vía central del Sinaí a Ismailía. Detrás de la 2.ª, la 3.ª se atrincheraba en dicha vía y en la carretera principal a Suez, entre Yebel Libni y Bir Hassana. En el Sur, la 6.ª División de Infantería, con bases en Kuntilla y Najl, cubría la Ruta de los Peregrinos, que va desde Kuntilla y Ras-el-Nagb, cerca de la frontera israelí, a Suez. Las cinco divisiones de infantería tenían tres brigadas, cada una de las cuales contaba con el apoyo de un batallón de carros T-34 o de cañones autopropulsados SU-100 y de otro de proyectiles antitanques Schmel. La 4.ª División, dotada de los mejores y más modernos carros de combate soviéticos, quedaba en reserva en la zona de Bir Gifgafe, mientras que la segunda y más pequeña de las dos divisiones acorazadas cubría los sectores de Najl y Thamad, en las rutas al Sinaí desde Kuntilla y Ras-el-Nagb. (Esta unidad no estaba formada oficialmente como 2.ª División Acorazada, aunque a menudo se la cita con ese nombre. En realidad, era conocida como Fuerza Shazli —por el nombre de su jefe— y la integraban cuatro batallones de carros, una brigada de infantería motorizada, un batallón de comandos y tres regimientos de artillería).

Este despliegue ofrecía una fuerte defensa; también proporcionaba un excelente trampolín para la acción ofensiva. Al embestir hacia el Este a través del Negev meridional, la Fuerza Shazli y la 6.ª División de Infantería podían enlazar con Jordania y aislar Eilat. Israel se vería así privado de su puerto en el golfo de Akaba, la proyectada «Regata del Mar Rojo» —respaldada por británicos y norteamericanos— no tendría futuro y Nasser habría ganado una valiosa baza de negociación si las Naciones Unidas intervenían para imponer un alto el fuego.

En la campaña de 1956, los israelíes habían comenzado su asalto ruta central arriba y a lo largo de las carreteras que conducían al Sinaí desde Eilat y el puesto fronterizo de Kuntilla. Habían logrado realizarlo así y llevar a cabo una incursión costa abajo a Sharm El-Sheikh porqus las fuerzas egipcias en el Norte del Sinaí eran débiles, debido a que la mayor parte del Ejército de Egipto se hallaba desplegado en la orilla occidental del canal de Suez, para resistir la invasión anglo-francesa. Dado que las circunstancias diferían mucho, los israelíes no podían repetir la misma estrategia. Pero sí intentar hacer creer a los egipcios que lo harían. Y justo cuando la Fuerza Aérea de Israel consiguió persuadir a sus enemigos para que trasladaran sus aviones del Norte, que iba a ser el teatro de operaciones, en las cercanías del mar Rojo, también tuvo éxito un plan de engaño del Ejército israelí. De las fotografías aéreas tomadas por un avión de reconocimiento durante la semana anterior al comienzo de la guerra, los egipcios llegaron a la conclusión de que una fuerza enemiga de dos o tres brigadas blindadas se había concentrado entre Mizpe, Ramon y Suiwila, frente a Kuntilla. En realidad, sólo había una brigada; el resto de los carros y vehículos que aparecían en las fotografías eran objetos simulados cuidadosamente camuflados.

En la batalla terrestre, como en la aérea, la táctica israelí estaba basada en la sorpresa y en la rapidez. Se trataba de la misma táctica que había empleado el general Dayan en su campaña de 1956 en el Sinaí. «No se dará tiempo al enemigo para que se reorganice después del asalto, y no habrá pausa en la lucha», escribió en su reconstrucción de la guerra, *Diary of the Sinai Campaign* (Diario de la Campaña del Sinaí). "Prepararemos fuerzas separadas para cada uno de los objetivos principales, y la tarea de cada fuerza consistirá en alcanzarlos en una lucha continua, un largo impulso para combatir y empujar, combatir y empujar, hasta que se conquiste el objetivo."

Los principales objetivos de Israel en el Sinaí eran en gran medida los mismos que los de 1956: romper la espina dorsal del Ejército egipcio en sus fronteras, avanzar luego para apoderarse de la cordillera al Este del canal de Suez y cortar las vías de escape del

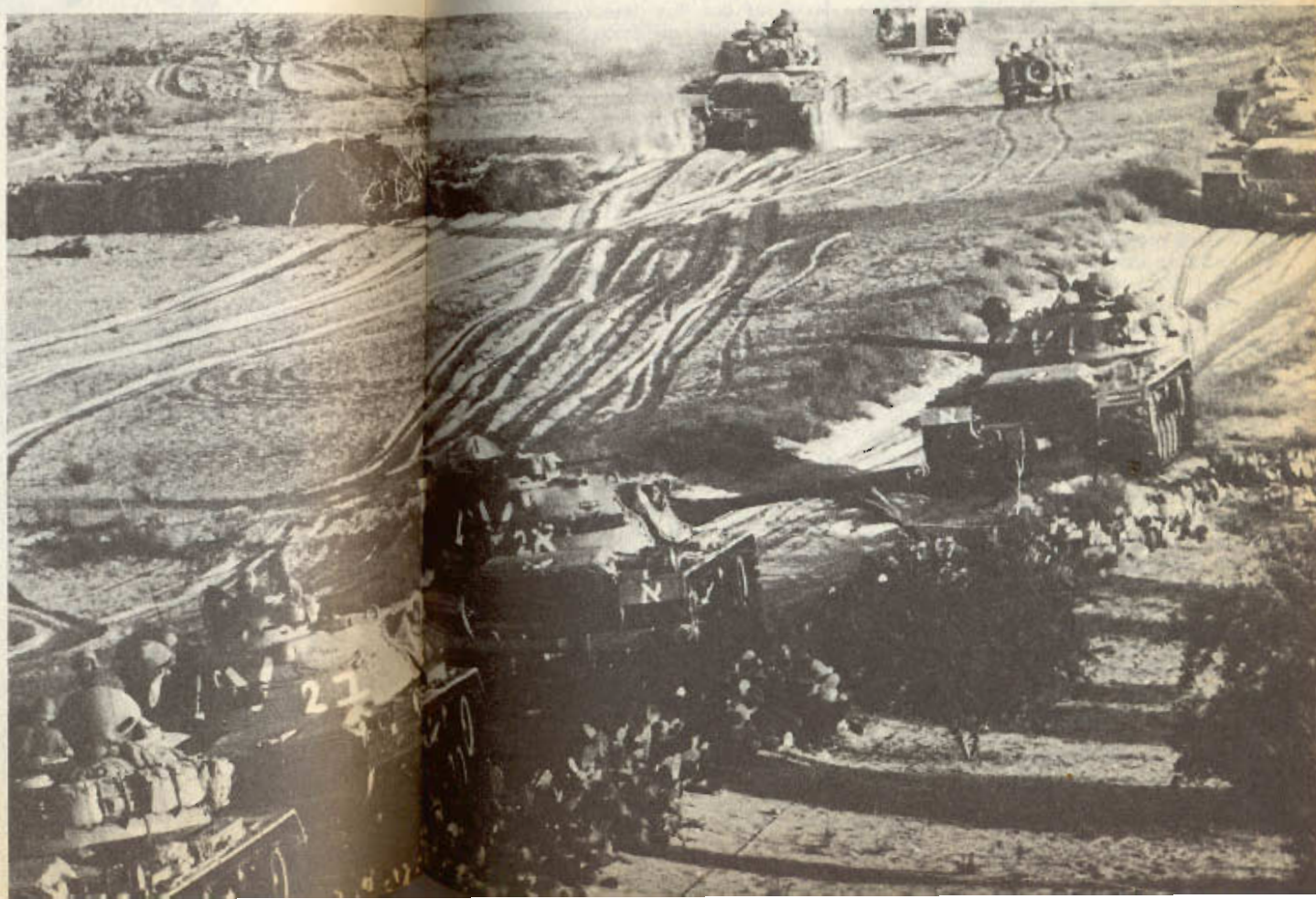
enemigo. Una vez derrotado el Ejército egipcio, la apertura del estrecho de Tiran se produciría automáticamente. Los israelíes confiaban en su capacidad para derrotar a los egipcios; sus dificultades se centraban en el terreno. Las pocas carreteras que hay en el Sinaí son ásperas y están separadas unas de otras por riscos rocosos o por mares de arenas movedizas. No es fácil el desplazamiento del Este al Oeste, y apenas resultaba posible el lateral, de Norte a Sur. Pero la guerra tendría que reñirse y ganarse en el Sinaí, porque los israelíes no podían permitirse que su país se convirtiera en campo de batalla. Tendrían que avanzar para encontrarse con el enemigo, lo que, de hecho, significaba la invasión.

Para esta invasión, las fuerzas de Israel se agrupaban en tres *Ugdas* de gran movilidad, mandadas respectivamente por los generales de brigada Tal, Yoffe y Sharon. El del mismo empleo Gavish, jefe del Mando Sur de Israel, ejercía la dirección suprema de las operaciones en esta zona; como tal, su autoridad equivalía a la de un jefe de cuerpo de ejército. Sin embargo, tal autoridad quedaba, en su función, apliamente limitada a las directrices generales de los distintos jefes de las *Ugdas* más que a la emisión de órdenes precisas. La *Ugda* de Tal —dos brigadas blindadas—, a la que se agregaba la brigada de paracaidistas (menos un batallón que combatía con la *Ugda* de Sharon), contaba con la *élite* de las fuerzas acorazadas israelíes: trescientos carros de combate, cien semiorugas y unos cincuenta cañones, muchos de ellos autopropulsados. La *Ugda* de Sharon consistía en una brigada blindada, otra de infantería, un batallón de paracaidistas y seis regimientos de artillería, con un total de unos doscientos carros, un centenar de semiorugas y alrededor de cien piezas artilleras. Yoffe, cuya *Ugda* estaba totalmente formada por reservistas, disponía de dos brigadas acorazadas y un batallón de infantería mecanizada: doscientos carros y cien semiorugas, pero no cañones. Al igual que las divisiones norteamericanas o británicas, cada *Ugda* era completamente autónoma, con unidades propias de ingenieros, médicas y de comunicaciones; también disponía de vehículos logísticos que llevaban combustible, municiones y alimentos para tres días de guerra. Muchos de estos vehículos tenían también carácter de "reservas": furgonetas de reparto de lavandería, camiones de helados y otros similares que habían sido requisados para la duración del conflicto.

Las tres *Ugdas* de Gavish constituían la fuerza de choque. Otras tres brigadas desplegadas a lo largo del frente del Sinaí se consideraban como reservas que podían ser lanzadas a la lucha posteriormente. Una brigada de infantería se hallaba frente a la franja de Gaza; una brigada acorazada ocupaba posiciones ante Kusseima, y la tercera brigada —también blindada— se encontraba delante de Kuntilla. La defensa de Eilat estaba en manos de un solo batallón de infantería.

Ya se ha hecho mención de las medidas de engaño tomadas con el fin de persuadir a los egipcios de que los israelíes planeaban una incursión carretera de la costa abajo para apoderarse de Sharm El-Shcikh y abrir el estrecho de Tiran. El verdadero plan preveía una embestida triple, dirigida hacia la flanja de Gaza, El Arish y Kusseima. Tal se encargó de la difícil tarea de irrumpir en la flanja de Gaza. Sus tropas tomarían por asalto las defensas de Rafah, el gozne entre la franja y el propio Egipto, y después bajarían hacia El Arish. Mientras tanto, las fuerzas de Yoffe se abrirían paso a través del desierto para impedir al aflujo de refuerzos egipcios a la región de Gaza, y unirse después a los hombres de Tal en un asalto combinado a El Arish. La tarea de Sharon consistía en conquistar Abu Agheila, donde el cruce de carreteras de El Arish, Yebel Libni y Kusseima bloqueaba con plena efectividad la línea principal de avance de las fuerzas israelíes por la región central del Sinaí.

Tal decidió penetrar en la franja de Gaza por Jan Yunis, localidad situada al Este de Rafah. Esto suponía cruzar un formidable campo de minas y entablar combate con parte de la 20.ª División Palestina y efectivos de la 7.ª egipcia, todos los cuales se hallaban bien atrincherados y apoyados por piezas anticarro perfectamente emplazadas. Como los egipcios habían sembrado un continuo cinturón de minas a lo largo de toda la divisoria de la franja, no existía razón alguna que justificara la elección de un determinado punto de cruce con preferencia a



Carros israelíes en acción cerca del nudo de Rafah.

otro. Una vez que los blindados hubieran abierto un paso por el campo de minas, podían desplegarse en forma de abanico y utilizar las carreteras del interior de la franja, ya que no parecía probable que estas últimas estuviesen minadas. La ventaja principal de Jan Yunis como nudo para el asalto israelí se derivaba, sin embargo, del hecho de hallarse casi fuera del alcance de los cañones de los carros T-54 que los egipcios empleaban para cubrir la ciudad de Gaza. (La franja de este nombre, ocupada por más de 750.000 personas —muchas de ellas refugiadas de Palestina— es mal lugar para los blindados, y los egipcios habían cavado pozos para los T-54s). Una vez que los carros de Tal hubieran penetrado las defensas de la RAU, girarían al Oeste para atacar Rafah; con esta localidad en su poder, las fuerzas acorazadas continuarían por la carretera de la costa de El Arish. Tras ellas, la brigada de reserva desplegada frente a la franja limpiaría la zona y rodearía a los egipcios que quedaran.

Esta iba a ser la primera batalla terrestre de la guerra y se consideraba la más importante. Cualquiera que fuese su coste, los israelíes tenían que ganarla. "Si vamos a triunfar en la guerra", dijo Tal a sus hombres, "debemos vencer en la primera batalla. No habrá retiradas y hay que conquistar cada objetivo; no importan las bajas. Debemos vencer o morir..." Esta política "sin importar el precio" se siguió hasta hacerse evidente que la contienda estaba ganada. En términos de sangre, la factura fue elevada: las cifras oficiales israelíes de la lucha en el Sinaí se estiman en 275 muertos y ochocientos heridos, que, expresadas al nivel norteamericano en el Vietnam (teniendo en cuenta la cien veces mayor población de los Estados Unidos), serían alrededor de 27.500 muertos y ochenta mil heridos. Pero los jefes militares de Israel sabían que el fracaso habría sido desastroso y, a la larga, aún más costoso en vidas humanas. La moral de Israel habría padecido, y la egipcia se hubiera visto impulsada hacia las alturas.

Poco después de las ocho de la primera mañana de guerra, se dio luz verde a Tal para la ofensiva del Sinaí en la forma de las palabras cifradas Beni Or (Hijos de la Luz, por el tema de las Manuscritos del Mar Muerto) y Sadin Adom (Sábana Roja). La primera oleada de aviones israelíes se hallaba ya en camino hacia los aeródromos egipcios y, para cuando los carros de Tal cruzaron la frontera del Sinaí, la mitad de la Fuerza Aérea egipcia había quedado reducida a una masa carbonizada de metal retorcido. Pero ni los carristas de Israel ni los soldados de la RAU en Gaza sabían nada de esto.

En el mismo momento en que un batallón de Pattons, seguido de cerca por otro de Centurions, atravesaban el desierto hacia el campo de minas, los aviones Fouga Magisters de Israel se disponían a atacar a la artillería egipcia cerca de Rafah. El asalto se llevó a cabo en un frente de unos ochocientos metros de ancho, y, como se esperaba, las minas causaron las primeras bajas israelíes. Muchas de estas minas eran de plástico y, como no se podían localizar con los detectores habituales, los soldados de Israel no intentaron limpiarlas. Las minas, otros obstáculos contra carros y la sorprendentemente enérgica resistencia egipcia retrasaron considerablemente el avance israelí. Las bajas en hombres y vehículos fueron serias, si bien algunos de los carros volvieron pronto al combate tras haber sido reparados rápidamente. Como los jefes de carro avanzaban habitualmente con las torretas abiertas, desde las que hacían señales manualmente, su índice de bajas en acción resultó alto. Los israelíes defendían esta costumbre por el hecho de que los jefes de carro tenían mejor visibilidad y podían reaccionar más rápidamente que sus enemigos, protegidos por el blindaje de trampillas y escotillas. En combate, donde el costo es secundario al logro del objetivo, puede resultar justificado; en otras circunstacias, la pérdida de bien adiestrados jefes de carro podía poner en peligro futuras operaciones.

Una vez que sus dos batallones de carros hubieron atravesado el campo de minas y perforado la línea de defensa exterior, el plan original de Tal preveía que el batallón de vanguardia de Pattons se abriera paso por Jan Yunis, mientras el segundo de Centurions virara hacia el Oeste, dejando de lado la ciudad y bajando luego por la carretera principal a Rafah. Sin embargo, al acercarse a Jan Yunis, los Pattons sufrieron intenso fuego desde el cerro de Beni Souhila, al Este, y se hizo evidente que la ciudad se defendía con mayor energía de la que se había supuesto. Se produjo entonces un rápido cambio de planes. Sorteando el cerro, los Pattons atacaron Jan Yunis desde el Noroeste, mientras los Centurions cargaban hacia la ciudad en vez de rodearla. Cuando las convergentes columnas de carros avanzaban por las calles, empezaron a aparecer banderas blancas por las ventanas con celosías, y el fuego se extinguió. Los Pattons se reunieron con los Centurions en la plaza del mercado, donde unos carteles anunciaba la película que se proyectaba en el cine principal. Por algún irónico guiño del destino, el film se titulaba "Help" (Ayudadnos). El paqueo se reanudaría después cuando los carros reemprendieran su avance y los restos de la guarnición palestina se aventuraron a salir de los lugares donde se habían ocultado. Más los israelíes habían alcanzado su primer objetivo. Dejando una compañía de infantería para las operaciones de limpieza de la ciudad, los Pattons y los Centurions tomaron el camino del Oeste hacia Rafah.

Allí, una vez más, los israelíes se sorprendieron ante la energía y resistencia de los defensores. Una brigada de la 7.ª División de Infantería egipcia y un batallón de palestinos, apoyados por unos 150 carros JS-3 y noventa cañones, se mantenían en cuatro localidades al Norte y al Sur de la ciudad, y recibieron con intenso fuego la aparición de los carros de Israel. Las piezas anticarro disparaban salvas de diez, y los monstruos blindados se incendiaban uno tras otro. "Dejamos allí (en Rafah) muchos de nuestros soldados muertos y carros envueltos en llamas", dijo posteriormente el jefe israelí de la brigada en uua conferencia de prensa. Continuar el ataque frontal habría sido claramente suicida, por lo que se ordenó otra maniobra de rodeo. Evitando las posiciones egipcias, los carros se dirigieron hacia el Oeste para abrirse paso por la calle mayor de Sheikh Zuweid, sorprender a su guarnición de la RAU y destruir un confiado convoy de vehículos egipcios que se dirigían a un depósito de intendencia cercano. Desde allí, los blindados de Tal hicieron resonar sus cadenas hacia la boca del paso Jiradi, unos quince kilómetros más allá de Sheikh Zuweid. De unos doce kilómetros de largo, el estrecho paso era defendido por una de las brigadas de la 7.ª División de la RAU, apoyada por carros T-34 y artillería, y sus accesos se hallaban intensamente minados. Los egipcios no esperaban ser atacados. Pero, sin pausa, los Centurions avanzahan derechos al paso y casi atravesaron las defensas antes de que los defensores reaccionaran. Sólo los dos últimos carros fueron alcanzados, más el convoy israelí de vehículos de apoyo escasamente protegidos o sin blindaje alguno que iba detrás quedó detenido por un fuego devastador. Mientras tanto, los Centurions habían cruzado el paso hasta las afueras de El Arish sin darse cuenta de que iban solos. Hicieron alto allí a fin de esperar al resto de la brigada, que creía vendría detrás de ellos a la caída de la tarde, cuando estaba previsto que la localidad fuera objeto de un ataque aéreo israelí.

Mientras ocurría todo esto, dos batallones de la hrigada paracaidista agregada a las fuerzas de Tal habían seguido avanzando más al Sur. Este contingente se dirigía a una vieja carretera abandonada que conducía al Sur desde Rafah; los israelíes pensaban que tal carretera les proporcionaría una ruta sin obstáculos a la franja, y les permitiría situarse detrás de las defensas egipcias de Rafah. Se hicieron buenos progresos hacia la carretera y, cuando se alcanzó, la vanguardia giró al Norte, para ser detenida al encontrar los primeros carros Pattons una intensa oposición artillera. Una brigada de la 7.ª División de Infantería egipcia, con el apoyo de unos cien cañones, 35 JS-35s y algunos T-34, cubría este acceso meridional a Rafah, y desde sus bien preparadas defensas los egipcios se hallaban dispuestos a ofrecer una enérgica y obstinada resistencia. Los Pattons israelíes cargaron frontalmente contra el perímetro defensivo y, aunque su jefe de compañía —inclinado fuera de la torreta de su carro— resultó muerto, los carros perforaron la primera línea de defensa egipcia. Más sus problemas sólo estaban empezando. En una segunda línea de trincheras, los carros fueron detenidos por un más intenso fuego anticarro y los cañones de algunos IS-3s. En tales circunstancias, todo lo que podían hacer era alejarse;

Un soldado egipcio se rinde al salir de su pozo de tirador, en la zona entre Rafah y El Arish.

los Pattons, junto con una compañía de paracaidistas, tomaron finalmente la carretera Rafah-El Arish. Allí tuvieron éxito en una pequeña escaramuza en la que inutilizaron veintidós carros de combate de la RAU. Entre tanto, la fuerza principal de paracaidistas, que seguía a bordo de semiorugas, se había tropezado con el obstáculo que obligó a desviarse a los Pattons. Detenida y duramente hostigada por el fuego enemigo, su jefe comprendió rápidamente que no iba a poder salir de aquella situación por sí sólo y pidió ayuda a Tal. Como entonces había escaso riesgo de que intervinieran los aviones egipcios, la Fuerza Aérea israelí era capaz de enfrentarse a ese tipo de problemas. Los Fouga Magisters aparecieron rápidamente en el escenario de la lucha para bombardear y ametrallar a los soldados de la RAU que se enfrentaban a los paracaidistas. Tal envió también una columna de carros para aliviar la presión, pero los egipcios habían empezado a retirarse antes de que se aproximaran al campo de batalla. Abriéndose paso contra una resistencia que disminuía, los paracaidistas limpiaron la zona de bolsas de defensores. Con sus hombres agotados, dispersa y en urgente necesidad de combustible, la brigada alcanzó las afueras de Rafah al caer la noche.

A juzgar por el número de vehículos incendiados y destrozados que alfombraban por entonces la carretera Rafah-El Arish, los egipcios ya habían sido derrotados. Pero, detrás de Tal, la franja de Gaza aún se mantenía. En Jan Yunis, invadida por la mañana, grupos de palestinos de la 20.ª División habían formado bolsas de resistencia cuando los israelíes avanzaron hacia el Oeste. Estos grupos tenían armas anticarro en abundancia, y la tarea de expulsarlos de sus posiciones tenía que ser finalmente realizada por las tropas paracaidistas que habían reñido la agotadora acción al Sur de Rafah.

La ciudad de Gaza, capital de la franja y sede de la administración egipcia, era defendida con mayor energía aún. Gaza y Jan Yunis constituían una amenaza para ulteriores avances israelíes mientras no fueran ocupadas y, como Gaza tenía un significado político, se decidió conquistarla en primer lugar. Al amanecer del martes, el Segundo Día, cuatro batallones de infantería y uno de Shermans empezaron a converger sobre la ciudad desde varias direcciones. Su avance fue cubierto por una densa barrera de fuego de morteros y cañones seguida por un bombardeo de la Fuerza Aérea israelí, jubilosa ahora por las victorias del día anterior. En el curso de este ataque, catorce soldados de la Fuerza de Urgencia de las Naciones Unidas resultaron muertos, y veinticinco sufrieron heridas, cuando el edificio de la ONU en Gaza, donde se hallaban en espera de ser repatriados, fue alcanzado por fuego de mortero. En las calles se riñó una dura lucha a medida que los carros se abrían literalmente camino a cañonazos hacia el centro de la ciudad; mientras, la población civil se había guarecido en refugios apresuradamente excavados. El martes por la noche, los israelíes ocupaban el centro de Gaza, y el gobernador militar de la plaza, general Abdul Monan Husseini, se rendía oficialmente a las diez y veinte de la mañana del miércoles. El paqueo y las luchas esporádicas continuaron en Gaza durante dos días más mientras los soldados de Israel hacían salir de sus posiciones a los egipcios casa por casa. Pero tan pronto como se hizo evidente que la principal resistencia estaba rota, los israelíes volvieron su atención a Jan Yunis. Grupos de palestinos resistían tenazmente; por ello, hubo bastantes escaramuzas de diversa intensidad hasta que fueron dominados. En muchas de sus posiciones se hicieron fuertes aún siendo invadidos por los carros de combate; sólo el miércoles por la noche pudieron afirmar los israelíes que la resistencia se había derrumbado por completo.

Mientras las fuerzas de Tal habían estado batallando en torno a Rafah, una brigada de la *Ugda* de Yoffe, unos treinta kilómetros más al Sur, avanzó por un mar de dunas hacia Bir Lahfan, donde se hallaría en buena posición para impedir que se enviaran refuerzos egipcios a El Arish. Creyendo que el camino de camellos que iba desde la frontera a Bir Lahfan sería impracticable para vehículos, los hom-

Abajo: **Gaza es ocupada, y las unidades acorazadas israelíes ocupan posiciones que dominan la plaza mayor de la ciudad.** Arriba: **El jefe de la guarnición de Gaza, general Abdul Monan Husseini, es hecho prisionero.** Arriba, derecha: **Algunos habitantes de la ciudad, con ropa de paisano, marchan al cautiverio.**

bres de la RAU se contentaron con sembrar unas pocas minas y dejarlo sin bloquear. La arena suelta hacía lenta la marcha, y los Centurions de Yoffe tardaron nueve horas en cubrir cincuenta kilómetros. Aparte de una escaramuza con la guarnición de un puesto avanzado egipcio y de la fugaz visión de unos vehículos enemigos que huían, los carros alcanzaron sin incidentes la carretera Abu Agheila-Bir Lahfan y El Arish, tropezaron con intenso fuego. Ya no era posible avanzar en la escasa luz diurna, por lo que los Centurions abandonaron la carretera para tomar posiciones desde las cuales pudieran tender una emboscada a cualquier vehículo que se acercara al cruce de Bir Lahfan desde el Sur. Poco después de obscurecer se les unió el resto de la brigada. Apenas se había situado ésta cuando se vio un convoy de vehículos que se aproximaba desde la dirección de Yebel Libni. Como era de esperar, los egipcios trataban de reforzar sus efectivos en El Arish, y estos vehículos pertenecían a una brigada acorazada y a otra de infantería mecanizada. Los israelíes esperaron hasta que el convoy de la RAU estuvo casi sobre ellos; cuando abrieron fue-

Jóvenes soldados israelíes retiran una señal egipcia en Gaza, dejando su bandera para significar la nueva ocupación.

go, sus primeros disparos alcanzaron a tres carros T-55. Durante unos momentos reinó la confusión en la columna, y se extinguieron todas las luces de los vehículos egipcios. Ambas partes comenzaron a tirotearse y la lucha continuó intermitentemente hasta el amanecer.

Más al Sur, la *Ugda* de Ari el Sharon había tropezado con dificultades. Es menester recordar que a Sharon se le había encomendado la tarea de penetrar en el Sinaí por la llamada ruta central. Su objetivo era el cruce de carreteras de Abu Agheila y, antes de que pudiera llegar allí, tenía que suprimir el obstáculo de una posición fuertemente fortificada en el llano de Um Katif, unos veinticinco kilómetros al Oeste de la frontera de Israel. Debido a que las carreteras de El Arish, Yebel Libni y Kusseima se juntaban todas en Abu Agheila, y que Um Katif constituía la llave de aquélla, no había otra salida que el ataque directo. Los israelíes no podían permitirse avanzar más por el Sinaí dejando atrás una posición tan importante. Ni podía avanzar la segunda brigada de Yoffe hasta que Abu Agheila hubiera sido tomada. Como la operación de ruptura de Tal, este asalto se clasificaba en la categoría de "a despecho del costo".

En Um Katif, los egipcios se hallaban bien afianzados en defensas idealmente adaptadas a la táctica que ellos y sus asesores rusos preferían. Su posición principal se centraba en un bajo y largo cerro situado entre un mar de arena al Norte y una montaña rocosa, más bien un macizo —Yebel Dalfa—, al Sur. Tras la protección de un campo de minas de unos noventa metros de anchura, se habían cavado tres líneas paralelas de trincheras de casi cinco kilómetros de longitud, con noventa metros de intervalo entre la primera y la segunda, y 180 entre las dos últimas. A lo largo de las trincheras había, esparcidos, emplazamientos de hormigón, y cada línea era defendida por un batallón de la 2.ª División de Infantería egipcia. En su apoyo habían sido desplegados unos noventa T-34s y SU-100s, que se situaron detrás del perímetro avanzado; más atrás, seis regimientos de artillería equipados con cañones de 122 milímetros prometían aún mayor protección, y entre las líneas de infantería habían sido distribuidas liberalmente armas anticarro Schmel.

El primitivo plan de ataque de Sharon se basaba en la premisa de que la posición de Um Katif sólo era mantenida por un batallón egipcio, lo que en realidad era cierto hasta dos días antes del comienzo de la guerra. Como el costo en hombres y material tenía carácter secundario en relación con el éxito, decidió que un asalto frontal directo ofrecía la mejor oportunidad de una penetración rápida. Así, poco antes de las nueve de la mañana, del lunes, los Fouga Magisters atacaron las posiciones de la RAU, y el batallón de Centurions de Sharon —seguido por una compañía de infantería mecanizada— cargó a través del ondulante terreno que se extendía entre la frontera del Sinaí y Um Katif. En el campo de minas, donde siete de los carros quedaron inutilizados, el asalto se paralizo, y Sharon vio que no iba a poder entrar en Um Katif por la puerta principal. Se ordenó una nueva intervención aérea, y en este ataque fue derribado uuo de los aviones, lo que iududablemente alentó mucho a los egipcios. Mientras tanto, Sharon había mandado a los Centurions que superaron el campo de minas una diversión hacia el Norte alrededor del llano de Um Katif, para seguir su camino de caravanas que llevaba por último a la carretera de Abu Agheila. Al mismo tiempo, su batallón de Shermans, que había venido avanzando detrás de los Centurions, recibió órdenes de emprender un ataque frontal y de irrumpir en Um Katif. Durante la incursión aérea, los Shermans lograron hacer algún progreso, pero, tan pronto se retiraron los aviones, los cañones egipcios concentraron su fuego en los carros que avanzaban, lo que les obligó a detenerse.

Los Centurions, que se abrían paso penosamente en fila india por la senda de camellos, también se habían visto obligados a detenerse y a buscar refugio entre las dunas. Desde sus posiciones, Centurions y Shermans podían hacer fuego contra las defensas de la RAU. Pero sufrieron el castigo de la artillería egipcia incluso después de anochecer; indudablemente, cualquier

Se toma a los egipcios la base aérea de El Arish y se asegura el pabellón de Israel en el mástil.

intento de llevar a cabo un asalto frontal habría sido suicida. Sharon decidió que su mayor posibilidad de romper el estancamiento residía en un ataque de infantería sobre el flanco de la posición de la RAU. Así, metió su brigada en autocares civiles y les hizo avanzar todo lo que permitió la tracción a dos ruedas de los vehículos antes de quedar atascados en la arena. No fueron muy lejos, y los cargados infantes tuvieron que hacer a pie el resto del camino. Aún les faltaban quince kilómetros, lo que requería varias horas hasta alcanzar la zona desde la que estarían en condiciones de asaltar y arrollar las líneas de trincheras egipcias.

Mientras su infantería se las entendía con la arena, Sharon había estado pensando cómo silenciar la artillería egipcia, y decidió encomendar la tarea a su batallón independiente de paracaidistas. Como le habían prometido doce helicópteros para llevar dicho batallón al lugar de la acción, planeó desembarcar a sus paracaidistas en el desierto, a unos cinco kilómetros al Norte de la posición artillera de la RAU. Atacarían entonces al mismo tiempo que el asalto principal sobre Um Katif. Al final sólo llegaron seis helicópteros y, cuando fueron localizados tomando tierra en el desierto, los egipcios bombardearon con morteros la zona de aterrizaje y les obligaron a retroceder. Esto suponía que los paracaidistas tenían que ir más lejos, y que había que retrasar la hora del asalto conjunto. Cuando Sharon recibió la noticia de que las acciones aéreas que había pedido para ablandar Um Katif tuvieron que ser suspendidas (Jordania había entrado en la guerra y los recursos de la aviación israelí se necesitaban para la lucha por Jerusalén), parecía que su *Ugda* estaba perseguida por la desgracia. Pero Sharon se negó a conformarse. Agrupando su artillería, la mayor concentración de fuego jamás alcanzada por los israelíes cayó sobre las trincheras egipcias. Era casi medianoche cuando cesó la barrera, y los infantes israelíes, llevando luces de colores para señalar su posición a los observadores artilleros que tenían detrás, se lanzaron al ataque.

Mientras los soldados de Israel se movían sistemáticamente por los parapetos de las trincheras de la RAU, disparando por las aspilleras, los egipcios se arrastraron al abrigo de sus refugios. A unos tres kilómetros al Oeste de este combate, los paracaidistas habían entrado también en acción. Alcanzaron la artillería sin demasiadas dificultades, aunque resultaba fatigoso caminar hundiéndose en la arena, y en un sólo embate invadieron algunos de los emplazamientos artilleros de la RAU. Más los egipcios se concentraron y castigaron a los paracaidistas israelíes con fuego de armas ligeras. Cuando, a las cuatro, amaneció, los soldados de Israel tenían cuatro muertos y trece heridos; como los israelíes nunca abandonaban a sus compañeros caídos, la necesidad de destinar dos hombres al transporte de cada cuerpo reducía los efectivos de la fuerza original —150 soldados— en una tercera parte. Para entonces, sin embargo, la lucha por las trincheras había alcanzado una fase que permitía a Sharon suspender la operación de las aerotropas. Con kilómetro y medio de defensas ya despejadas, los blindados podían reanudar su avance sobre el principal objetivo de Sharon: Abu Agheila. Así, al penetrar y rebasar los Shermans el llano de Um Katif, progresando luego hacia el Oeste a lo largo del eje de la carretera a Abu Agheila, los paracaidistas recibieron órdenes de retirarse y marchar por entre las dunas hasta ganar la vía de comunicación al Este de Um Katif. A las seis de la mañana, la batalla no estaba en modo alguno terminada, pero se había abierto la carretera de Abu Agheila y Yebel Libni. La brigada de infantería de Sharon pasó el resto del día sacando de sus posiciones a los egipcios que aún quedaban en Um Kafit, mientras el propio Sharon reunió su brigada acorazada y la llevaba a entendérselas con Kusseima.

La segunda brigada blindada de Yoffe (dos batallones de Centurions y uno de infantería mecanizada) había estado esperando con impaciencia que las tropas de Sharon abrieran la carretera de Abu Agheila. Tan pronto como los Shermans se abrieron paso más allá de Um Katif, los Centurions de Yoffe se dirigieron hacia el empalme de dicha carretera. Allí giraron al Norte, encamiándose hacia Bir Lahfan, donde los Centurions de la otra brigada de Yoffe, de espaldas a las defensas egipcias en Bir Lahfan, reñían un duro combate con dos brigadas acorazadas de la RAU. Para permitirles alcanzar Abu Agheila, cientos de vehículos de apoyo de Sharon —autocares, camiones de la leche y casi cualquier otra forma de transporte civil requisada para el servicio— habían sido retirados a la arena para despejar el camino.

Una vez rebasado el cruce, los Centurions israelíes se incorporaron rugiendo a la batalla de carros de Bir Lahfan, apareciendo por detrás sobre los flancos de los T-55s egipcios. Por espacio de algún tiempo, éstos respondieron al ataque, pero habían sido castigados por la Fuerza Aérea de Israel desde las primeras luces, y los Centurions, de mayor potencia que los T-55s, desequilibraron la balanza. A las diez de la mañana, los hombres de la RAU tenían ya bastante, y los supervivientes rompieron el contacto para virar al Oeste, hacia el desierto. Dejaban atrás a los victoriosos carros israelíes, que se reagrupaban entre los humeantes restos de muchos vehículos egipcios.

Con los blindados de la RAU ahora en plena retirada, Yebel Libni, donde los egipcios habían construido un gran aeródromo, se convertía en el próximo objetivo de los israelíes en su avance hacia el Sinaí central. Por ello, tan pronto como sus carros repostaron, Yoffe tomó la dirección del Sudoeste, hacia Yebel Libni, con una de sus brigadas acorazadas. Detrás, muy cerca, venía Tal con otra de las suyas, y, a cierta distancia a retaguardia, la segunda de las brigadas blindadas de este último. Tras volver al cruce de Abu Agheila, la columna giró al Oeste por la ruta central, y los primeros carros alcanzaron las afueras de Yebel Libni hacia las cuatro de la tarde. Mientras los blindados de Yoffe se desviaban a la izquierda, la primera brigada lo hacía hacia la derecha para completar un movimiento de pinza que aprisionara el aeródromo. Cuando los carros israelíes avanzaron para reunirse desde los lados opuestos del campo de aviación, aviones de Israel picaban sobre los aviones de combate de la RAU desplegados en el interior del aeródromo y en sus alrededores. Algunos de estos carros fueron destruidos, y otros abandonaron sus posiciones para marchar al Oeste, hacia el desierto. Al ver que sus carros se retiraban, los infantes y artilleros egipcios abandonaron también sus posiciones y corrieron, asimismo, al desierto. Pero el campo de aterrizaje se hallaba aún fuertemente defendido, y las dos brigadas israelíes pasaron la noche (martes/miércoles) en lados opuestos del aeródromo, descansando, reabasteciéndose y preparando un ataque para el amanecer.

Al romper el día, todo marchó como los israelíes habían planeado; la oposición egipcia se derrumbó de pronto, y el campo fue capturado rápidamente. Yoffe y Tal se separaron entonces, con la brigada del primero tomando la carretera al Sur, a Bir Hassana, mientras las fuerzas del segundo se dirigían a Bir Gifgafa, para bloquear la ruta central a través de las colinas que llevaban a Ismailía. La vanguardia de Yoffe llegó a Bir Hassana hacia las nueve de la mañana del tercer día (miércoles). Corriendo hacia su objetivo, los carros israelíes habían adelantado —mezclándose a menudo con ellas— a columnas de vehículos egipcios en retirada. En su afán por escapar, algunos de los carros de la RAU se disparaban unos a otros, así como a los de Israel; otros abandonaban simplemente la carretera y se internaban en el desierto. Había poca oposición en Bir Hassana, lo que resultaba afortunado para los israelíes, ya que la principal preocupación de Yoffe consistía ahora en progresar hacia los pasos de Mitla y Giddi. Allí podría bloquear las rutas de escape egipcias y aislar así a la División Acorazada "Shazli" y a la 7.ª de Infantería, cuyas fuerzas se hallaban desplegadas a lo largo de la Ruta de los Peregrinos, entre El Thamed y Najel.

Los Centurions de Yoffe comenzaban ahora a mostrar las huellas del martilleo a que habían estado sometidos los tres últimos días; cuando llegó el momento de abandonar Bir Hassana, sólo se pudieron reunir veinte en condiciones de marcha. Y al alcanzar el extremo oriental del paso de Mitla, solamente nueve de éstos rodaban por sus propios medios, y con una peligrosa escasez de combustible. Los demás se habían quedado sin gasolina o tenían averías mecánicas. Al acercarse la columna a la boca del paso, otras columnas de egipcios en retirada que venían por el desierto convergieron sobre ella. Pero como la RAU tenía también Centurions, se dio por supuesto que los carros de Israel eran egipcios, y se les permitió, sin interferencia alguna, que ocuparan posiciones cerca del Parker Memorial, monnmento de piedra a un antiguo funcionario británico que se alzaba en un altillo cerca de la boca del paso. Una vez situados, los carros de combate de Israel no tardaron mucho en demostrar a qué bando pertenecían. Los vehículos egipcios que se acercaban al paso fueron destruidos, averiados o dispersados; y la boca del paso se convirtió pronto en un cementerio sembrado de carros y camiones destrozados. En la ya decreciente luz, unos pocos vehículos lograron abrirse camino por entre tales despojos, pero fueron bombardeados y ametrallados por los aviones israelíes cuando avanzaban por el paso.

Más al Norte se estaba montando una escena semejante en el paso de Ismailía, pocos kilómetros al Oeste de Bir Gifgafa. Pero allí no se desenvolvieron tan bien los israelíes. Tras abandonar Yebel Libni, la fuerza de Tal había tenido dificultades en Bir Hamma, donde una brigada de la 3.ª División de Infantería de la RAU, apoyada por un batallón de T-34s y algunos cañones SU-100, defendía el aeródromo. Bajo la protección de los aviones de Israel, los Centurions de Tal cargaron contra las posiciones egipcias. A la media hora había terminado la acción, y los soldados de la RAU

huyeron al desierto. Con su brigada de reserva ahora en cabeza, la fuerza de Tal aceleró su marcha hacia el Este, de nuevo por la carretera Bir Gifgafa. En el camino hubo una breve escaramuza entre los Pattons de Tal y algunos T-55s egipcios; cuando éstos rompieron el contacto y huyeron, sus vehículos de abastecimiento cayeron en manos israelíes. Para Tal, cuyas máquinas —al igual que las de Yoffe— andaban ahora desesperadamente escasas de combustible, aquél fue un botín hien recibido.

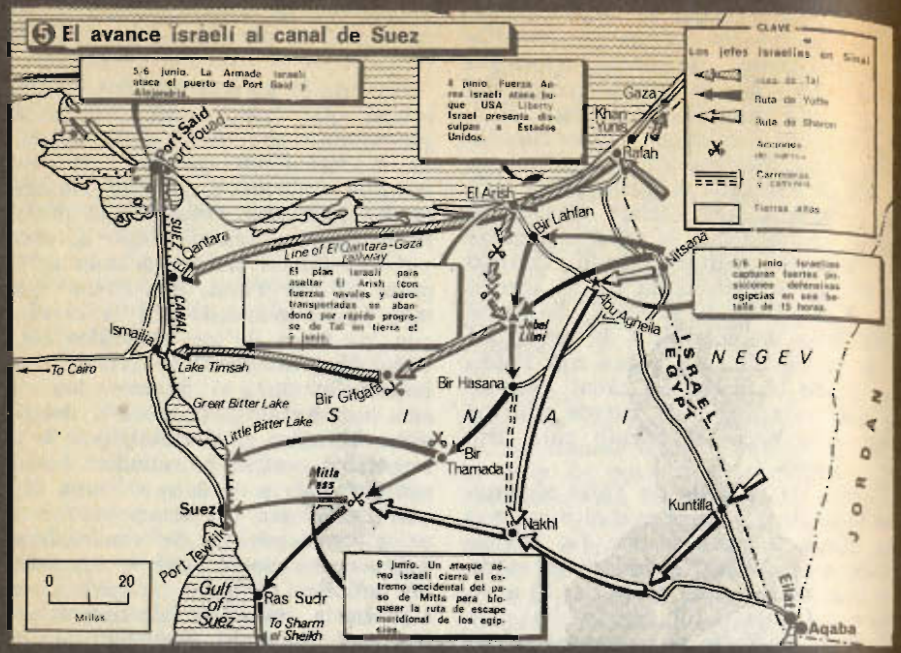
Bir Gifgafa se hallaba rodeada por un extenso complejo de iustalaciones militares. Pero el hecho de que la carretera de Bir Thamada terminara allí fue la cuestión más importante para Tal en aquellos momentos. Yoffe había ordenado bloquear los pasos de Mitla y Giddi en el Sur, y si los egipcios en retirada no podían rebasarle, sólo les quedaba abierto el de Ismailía. Al abandonar Bir Gifgafa los carros israelíes para atacar las posiciones defensivas de la boca del paso, se tuvo una clara indicación de que los soldados de la RAU ya estaban viéndose forzados a utilizar esta ruta de escape. Una nube de polvo reveló la aproximación de una larga columna de vehículos; se trataba de una parte de la 4.ª División Acorazada egipcia, que había recibido órdenes de retirarse para ocupar posiciones en la zona montañosa central, detrás del paso de Ismailía. Tal despachó inmediatamente todos los carros que tenía en la zona a atacar a los egipcios por el flanco. Así comenzó una sangrienta batalla que continuó hasta la caída de la noche, momento en que los israelíes habían agotado casi por completo sus municiones y combustible. Una docena de T-55s y cincuenta transportes blindados de personal egipcio fueron destruidos, y cientos de soldados de la RAU perdieron la vida en la refriega. No obstante, los israelíes sufrieron también numerosas bajas y, por vez primera desde el comienzo de la guerra, la aviación de la RAU hizo acto de presencia sobre el campo de batalla. Los aviones de Israel aparecieron en seguida, pero en los combates aéreos que se desarrollaron fue abatido un avión israelí que regresaba de una misión en la zona del canal.

Aunque las fuerzas de Tal habían infligido serio castigo al enemigo, el hecho es que no habían conseguido cerrar el vital paso de Ismailía. Durante toda aquella noche, vehículos de la 4.ª División Acorazada de la RAU lo atravesaron, y los israelíes tuvieron que soportar un enérgico contraataque que les hizo retroceder de las posiciones ocupadas para hostigar el tráfico que se acercara al paso. Pero cuando amaneció el Cuarto Día, jueves, los carros de Tal volvieron al combate, reforzados, reorganizados y repostados. Una vez que empezaron su avance, limpiando lenta y metódicamente la serie de posiciones defensivas que obstaculizaban su marcha, los egipcios cedieron terreno. Nuevamente, los Centurions demostraron su superioridad sobre los T-54s y T-55s que las fuerzas de la RAU habían desplegado a lo largo de un tramo de carretera, de unos ocho kilómetros, que conducía a la entrada del paso. Los aviones de Israel, que señalaban la localización exacta de los carros egipcios y luego les rociaban con "napalm", pueden también ufanarse de haber realizado una importante contribución al éxito de la operación. A las cuatro de la tarde, habían sido destruidos unos cuarenta carros de la RAU —con la pérdida de sólo dos carros de Israel— y, poco después, los egipcios rompieron el contacto, retirando sus blindados e intentando hacerlos retroceder por el paso. Atestado de vehículos que trataban frenéticamente de abrirse paso hacia el canal, la carretera de Ismailía constituía el sueño de un bombardero; por ello, la Fuerza Aérea de Israel no anduvo remisa en aprovecharse de la situación. Bombas y granadas de "napalm" crearon un infierno del que sólo se podía escapar a pie.

Pisando los talones a los egipcios en retirada, los Centurions israelíes penetraron por el paso, arrastrando o empujando a los vehículos averiados o inutilizados a fin de abrir paso al batallón de Pattons de Tal para su galopada hacia el canal de Suez. Los egipcios no habían tenido tiempo ni oportunidad de organizar una línea defensiva en la zona del paso de Ismailía y, virtualmente, no había oposición entre éste y los puntos de cruce del canal. Todo había sucedido tan rápidamente, y la confusión —consecuencia de la falsa información difundida por la red de emisoras árabes— había sido tan completa, que muchos egipcios no podían comprender la cabal extensión del desastre militar sufrido. Cuando los primeros Pattons de Tal se acercaron al canal en las primeras horas de la mañana del viernes 9 de junio, los egipcios les hicieron señas con linternas desde la orilla del canal, pensando que se trataba de carros propios avanzando hacia el puente para cruzar el canal.

Carros de la *Ugda* de Yoffe alcanzaron la orilla del canal más al Sur, unas dos horas después de que Tal llegara frente a Ismailía. Partiendo del extremo orintal del paso de Mitla, al amanecer del jueves (el cuarto día), los vehículos de Yoffe no aparecieron por el extremo egipcio, a unos veinticinco kilómetros de distancia, hasta pasadas las doce. Como en el de Ismailía, la estrecha carretera a través de Mitla estaba obstruída por los resíduos de la guerra, y muchos vehículos calcinados e inutilizados tuvieron que ser retirados para que pudieran pasar los carros israelíes. Cuando llegaron al extremo occidental del paso fueron recibidos por paracaidistas desembarcados de helicópteros para sellar el paso. Mientras tanto, la otra brigada acorazada de Yoffe había cubierto más de treinta kilómetros hacia el Norte para bloquear la única ruta de escape que quedaba a los egipcios: el paso de Giddi. Al amparo de la obscuridad, muchos vehículos de la RAU se habían deslizado ya por el paso, y un batallón de T-55s y T-54s mantenía su defensa cuando llegaron los israelíes. Allí se repitió la misma táctica que Tal había empleado en el paso de Ismailía, y, para las siete de la tarde, los carros de Yoffe y la aviación de Israel habían cañoneado, bombaredado, ametrallado y rociado de "napalm" una clara ruta a través del paso. Desde su extremo Oeste, el canal se hallaba a menos cincuenta kilómetros de distancia, y los Centurions se lanzaron a la carretera para ocupar posiciones frente a Port Suez.

Las tropas de una fuerza combinada israelí que había venido circulando por la carretera de la costa desde El Arish fueron, en realidad, las primeras que alcanzaron el canal. Partiendo en las primeras horas de la mañana del miércoles, una vez que se dieron por terminadas las operaciones de limpieza en Jan Yunis, una fuerza incursora había avanzado por la carretera con las luces de sus vehículos encendidas. Los aviones de Israel habían informado que, al parecer, los egipcios no habían establecido defensas entre el Arish y el canal, por lo que resultaba posible prescindir de toda cautela. Aparte de unos cuantos disparos hechos por los asombrados centinelas de depósitos de suministros y zonas de relevo al paso de los vehículos israelíes, no hubo, de hecho, oposición hasta que éstos alcanzaron y rebasaron Romani, pequeña localidad costera a unos 65 kilómetros de Port Said. La escasez de combustible obligó a hacer alto allí, y los soldados de Israel pudieron disfrutar de unas horas de descanso antes de continuar su marcha al amanecer del jueves. Para entonces, los egipcios habían sido advertidos de su presencia, y el avance israelí se hizo más lento a causa de la creciente resistencia. Las obstrucciones defendidas por fuerzas de comandos egigipcios apoyadas por T-55s causaron retrasos; así como cierto número de ataques de la Fuerza Aérea de la RAU. Se entabló una dura lucha a pocos kilómetros de Kantara, localidad de cierta importancia —próxima al puente de ferrocarril de El Firdan— en la orilla del canal, que los egipcios estaban empeñados en sostener a fin de que algunos de sus carros pudieran recruzar el canal de Suez. Sin embargo, cuando se solicitó la intervención de la Fuerza Aérea de Israel, el camino estaba abierto. A las ocho de la noche, los primeros soldados israelíes entraban en la ahora desierta ciudad de Kantara y empezaban a acercarse al puente. Al amanecer, habían limpiado de enemigos la zona y ocupado el extremo del Sinaí de dicho puente.



Poco después, una patrulla de la fuerza de Tal establecía contacto con ellos en la orilla del canal.

Esto significaba virtualmente el fin de la guerra en el Sinaí. Pero la historia no quedaría completa sin el relato de las vicisitudes de la *Ugda* de Sharon después de la batalla de Um Katif, y de la ocupación de Sharm El-Sheikh.

Con una brigada acorazada, Sharon había salido de Um Katif hacia las ocho de la mañana del miércoles (el tercer día); sus hombres, agotados tras la batalla, habían descansado, y sus vehículos fueron repostados. La tarea de Sharon consistía ahora en buscar y destruir a la División Acorazada "Shazli"; pero recibió órdenes de no hacerlo hasta que Kusseima hubiera quedado asegurada por la brigada acorazada independiente, desplegada ante dicha localidad y que hasta el momento no había entrado en combate. Como la 2.ª División de Infantería egipcia defendía Kusseima, era éste el camino lógico a seguir. En eso, sin embargo, la 2.ª División se había escabullido mientras los hombres de Sharon dormían y, cuando los carros de Israel tantearon cautelosamente las posiciones de la RAU, se encontraron con que habían sido abandonadas.

Al hallarse Kusseima vacía, la *Ugda* de Sharon marcho al Sur, hacia Najl. Los israelíes no encontraron resistencia hasta hallarse a unos treinta kilómetros de dicha localidad. Entonces, cerca de una larga elevación del terreno denominada Yebel Karim, los primeros vehículos entraron en un campo de minas, y un jeep voló en pedazos. Cuando empezaron a silbar las balas, pareció que los soldados de Israel habían llegado a las posiciones avanzadas de la 6.ª División de Infantería de la RAU, y que los egipcios ocupaban aún sus defensas. Como ya obscurecía, Sharon decidió detenerse, repostar, dar descanso a sus hombres y esperar la luz del día para seguir empujando.

Una vez más, sus enemigos se le escurrieron de entre los dedos. El grueso de la División "Shazli", que Sharon pensaba destruir, se hallaba ya en retirada hacia el paso de Giddi, y la retaguardia egipcia se escabulló mientras los israelíes pasaban la noche al borde del campo de minas. Casi todos los infantes de la brigada que habían mantenido la posición donde Sharon hizo alto, se apilaban también en sus camiones camino del canal de Suez (aunque pocos de ellos lograron alcanzarlo, pues cayeron entre los Centuriones de Yoffe en el paso de Mitla o fueron víctimas de las bombas de la aiviación israelí). Así, cuando amaneció el jueves, las tropas de Sharon daban frente a una posición vacía; las únicas pruebas del paso de los egipcios eran los carros y los cañones abandonados.

Sharon reanudó su avance hacia Najl, donde confiaba interceptar a la segunda brigada de la 6.ª División. Esta había sido desplegada en torno a Kuntilla, pero fue retirada durante la noche y enviada a Suez por la Ruta de los Peregrinos. Sharon llegó a Najl antes que los egipcios, bloqueó dicha Ruta al Este de la ciudad con un batallón de Shermans, y cubrió el acceso Oriental con Centurions ocultos e infantería mecanizada. Los soldados de la RAU cayeron de plano en la emboscada y fueron cogidos entre fuegos cruzados. Tras ellos apareció la brigada independiente israelí que se les había enfrentado en la frontera a la altura de Kuntilla, por lo que no tenían escape. Desde arriba, los aviones de Israel, que les habían perseguido a partir del momento en que abandonaron sus defensas, se turnaban en bombardearlos, ametrallarlos y cubrirlos de "napalm". Desesperados, los egipcios trataron de abrirse paso por el sector de Sharon, pero una y otra vez fueron rechazados. Cuando llegó la noche y cedió la lucha, la carretera entre Thamed y Najl había tomado el ahora familiar aspecto de los principales pasos del Sinaí, y se hallaba sembrada de cañones y vehículos destruidos y abandonados.

Así fue derrotado el Ejército de la RAU en el Sinaí. Sharm El-Sheikh se conquistó mediante una operación conjunta de la Armada y los paracaidistas, izándose allí la bandera de Is-

Vehículos y carros carbonizados jalonan el camino de Suez.

Tropas israelíes establecen una posición para un carro en territorio recién conquistado cerca del canal de Suez.

rael en la mañana del miércoles (el tercer día). En cuanto a operación militar, ésta tuvo escasa significación, ya que los egipcios habían retirado todas sus fuerzas, excepto una compañía de infantería, antes de que llegaran los israelíes. Cuando los soldados de la ONU evacuaron Sharm El-Sheikh el 23 de mayo, habían destruido la planta de desalinización, y la guarnición egipcia enviada a hacerse cargo de la plaza se encontraba con el problema de conseguir agua potable. Los pocos pozos existentes resultaban inadecuados para el número de soldados destacados en Sharm El-Sheikh, y había que enviar el agua por barco desde Snez. Esto fue posible hasta la ruptura de hostilidades, pero, cuando estalló la guerra, los aviones y tres lanchas torpederas de Israel, que operaban desde Eilat, impidieron la llegada de los buques de aguada.

Tras la ocupación de Sharm El-Sheikh, marineros de las torpederas israelíes desembarcaron en Nas Nazrani y la encontraron desierta. El estrecho de Tiran, cuya clausura había precipitado la contienda, quedaba entonces abierto a la navegación israelí, y Eilat podía respirar a pleno pulmón. Por último, la tarde del miércoles, un destacamento de paracaidistas transportado en helicópteros despegó de Sharm El-Sheikh y tomó tierra en El Tur, pequeño centro petrolero del golfo de Suez, sobre la costa Occidental del Sinaí y a unos ochenta kilómetros de su extremo. Desde allí, los paracaidistas marcharon hacia el Norte para enlazar con los israelíes del canal.

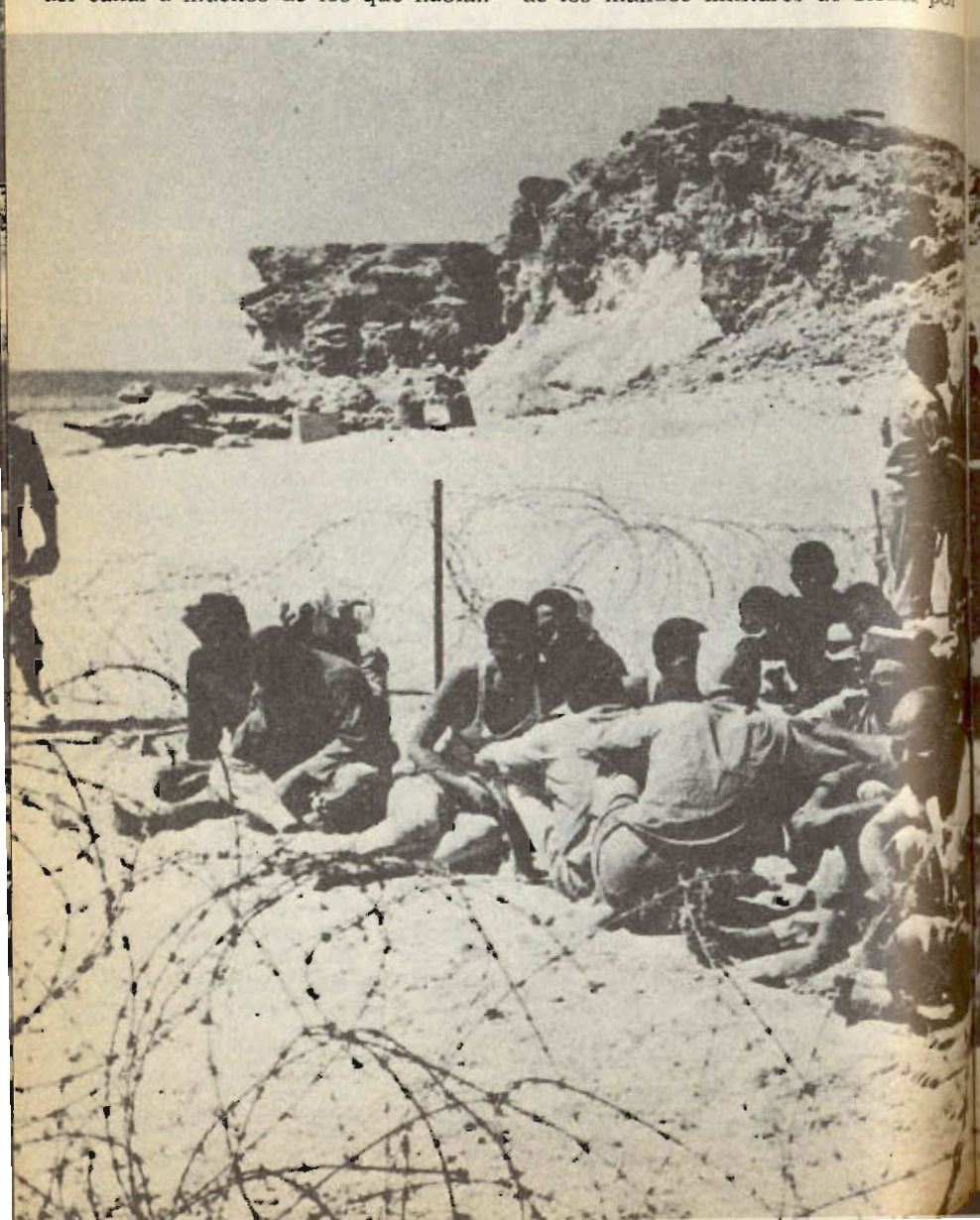
El jueves 4 de junio, el pabellón de Israel ondeaba a todo lo largo del canal de Suez, y el estrecho de Tiran estaba abierto. Tras sólo cuatro días de lucha, las fuerzas de tierra y aire de la RAU había sido aplastadas; las arenas del Sinaí aparecían sembradas con los restos carbonizados de cientos de vehículos blindados; unos trescientos carros de combate, quinientas piezas de artillería, diez mil camiones y gran cantidad de equipo diverso habían caído en manos israelíes. Gran parte de este equipo de origen soviético, como los carros T-55 y los cañones autopropulsados SU-57, tenían considerable interés para los países de la OTAN, así como el material y la instalación de la base de proyectiles SAM que fue invadida entre el paso de Mitla y el canal.

Las bajas egipcias ascendieron a millares, cuyo número exacto todavía es motivo de cálculos y conjeturas. Las cifras de la RAU, publicadas a fines de junio de 1967, señalaban que cinco mil soldados habían sido muertos en com-

Una de las bajas en el avance hacia Suez: un soldado recibe cuidados médicos en el campo.

bate. Algunos meses después, Nasser dijo que habían perecido unos 1.500 oficiales y diez mil soldados, y que quinientos oficiales y cinco mil soldados habían sido hechos prisioneros. Basándose en estas cifras, el número de heridos podría ser tan elevado como cincuenta mil, o incluso más. Para los israelíes, los prisioneros constituían un estorbo, y mandaron al otro lado del canal a muchos de los que habían logrado pasar el desierto. Sólo los oficiales continuaron en cautividad, y al final de la guerra Israel anunció que tenía unos tres mil.

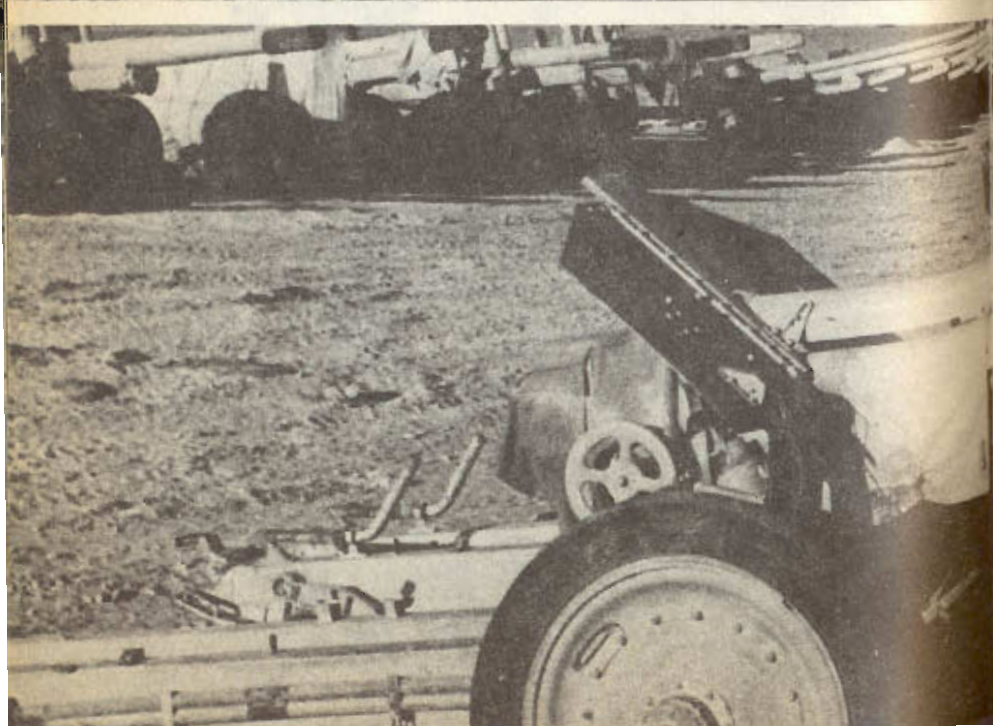
En el Sinai, las bajas israelíes ascendieron a 275 muertos y ochocientos heridos. La mayor parte de éstos probablemente lo fueron en las batallas de ruptura de los dos primeros días de la guerra, cuando la preocupación de los mandos militares de Israel por el éxito en la lucha primaba sobre el costo en vidas. También en estos dos días, muchos egipcios se aferraron al terreno y combatieron extremadamente bien. Consecuentemente, cuando la Fuerza Aérea de Israel hubo completado su tarea primaria de destruir el poderío árabe en el aire y se dedicó a apoyar a las fuerzas terrestres propias, la moral de los soldados de la RAU tuvo que resentirse, y ya no lucharon con la misma fiereza. El hecho es que la totalidad de la derrota egipcia, y la brillantez de concepción y ejecución del plan que dio la victoria a Israel, casi resultan increíbles.

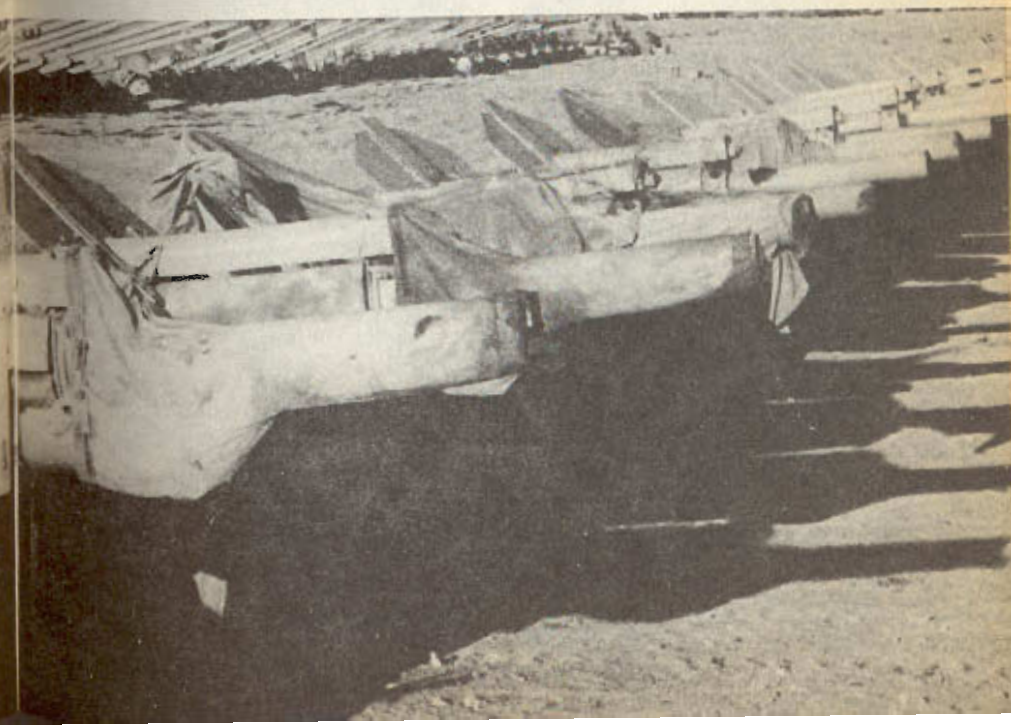


Prisioneros egipcios en un improvisado campo alambrado después de la caída de Sharm El-Sheikh.

Restos del esfuerzo de guerra egipcio alfombran el desierto del Sinaí.

Israel exhibe gran cantidad de artillería capturada intacta durante la lucha en el desierto.



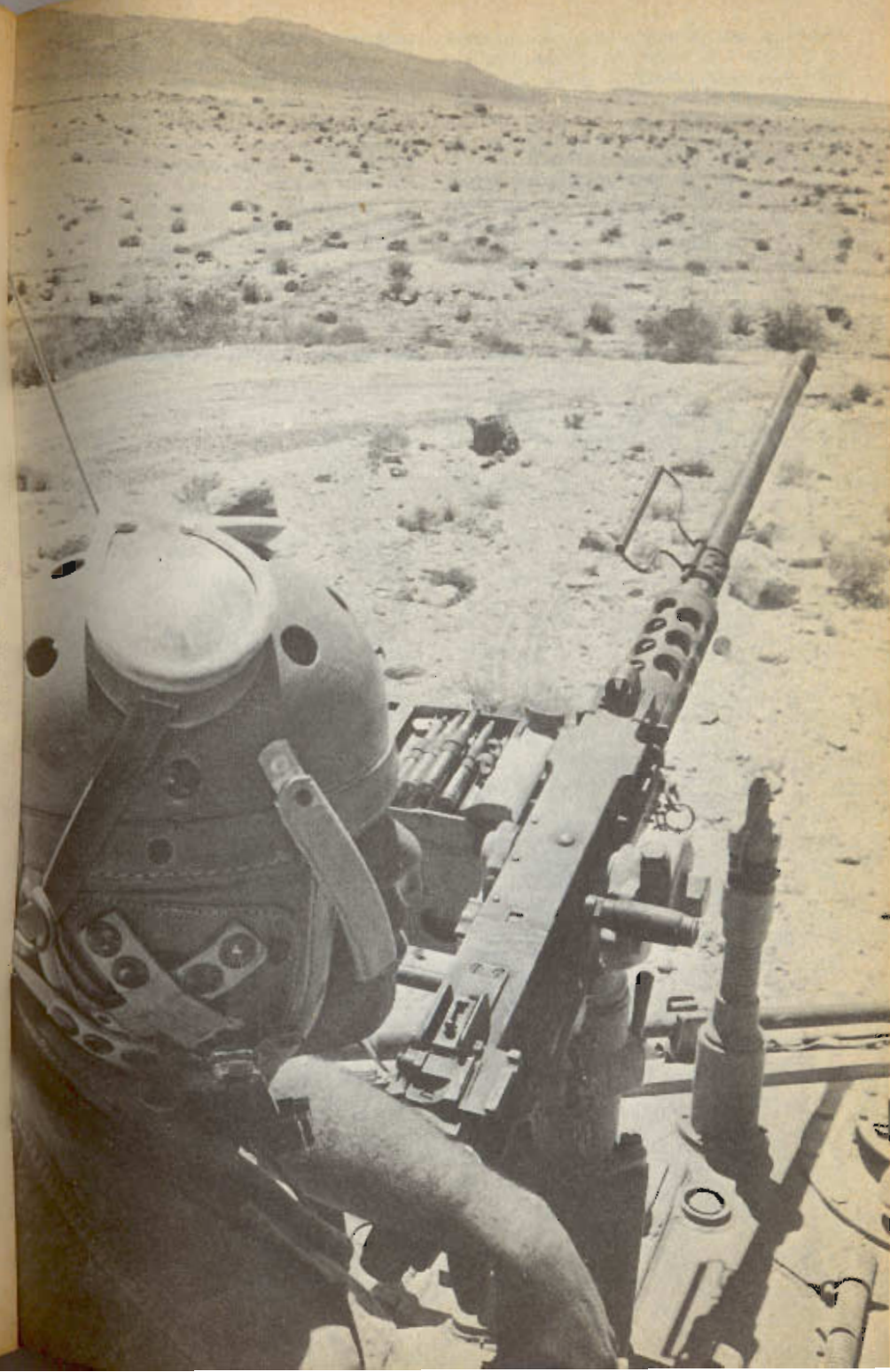


El frente Central

Hasta el mismo momento en que las primeras granadas jordanas cayeron en los suburbios de Nneva Jerusalén, los israelíes habían confiado en que Jordania permanecería al margen de la guerra. Era una esperanza racional, pero, en el Oriente Medio, las cosas racionales son las que menos probabilidades tienen de ocurrir.

Lo que iba a ser el llamamiento final a la paz fue hecho poco después de la ruptura de hostilidades con Egipto. En un mensaje dirigido al rey Hussein —y enviado por mediación del general Odd Bull, jefe de la Fuerza de las Naciones Unidas, Casa de Gobierno, Jerusalén—, Israel prometía que si Jordania conservaba la paz, lo mismo haría Tel Aviv. Se trataba de una promesa política a la que los jefes militares israelíes otorgaron su pleno apoyo, porque no tenían ningún deseo de abrir un segundo frente en esta fase del conflicto. Frente a las siete brigadas de infantería y a las dos acorazadas de Jordania —cinco de las cuales estaban desplegadas en la ribera occidental del Jordán— los recursos militares de Israel sólo podían estirarse a la más que modesta provisión de una maniobra de contención hasta que se hubiera resuelto la batalla del Sinaí. Y había buenas razones para suponer que Hussein vacilaría antes de entrar en la guerra. A pesar de su reciente pacto con el presidente de la RAU, la experiencia de 1956, la constante hostilidad de Nasser hasta la firma del acuerdo y la fragilidad del Ejército jordano daban base para creer que el monarca hachemita optaría por la cautela.

Por desgracia, la tensión emotiva en Jordania había dado de lado las consideraciones pragmáticas, y las optimistas conjeturas israelíes quedaron frustradas hacia las once de la mañana del 5 de junio. Hasta entonces, Jerusalén había estado relativamente tranquilo, y la vida se desarrollaba como de costumbre. Había pocas señales de soldados o de vehículos militares israelíes en las calles de Nueva Jerusalén, y en el supermercado de la esquina de la avenida Jorge V y la calle Goshon Agron reinaba tal bullicio y había tanta gente que nadie oyó las primeras granadas. Desde las alturas árabes sobre Jerusalén, cañones y morteros jordanos bombardearon objetivos en el sector israelí de la ciudad, mientras las piezas de largo alcance salvaban el estrecho cinturón de Israel para batir las afueras de Tel Aviv. La artillería siria emplazada en las colinas que dominan el mar de Galilea disparaban también contra localidades del Norte de Israel. Pero fue Nueva Jerusalén la que sufrió mayores daños, y muchos de sus habitantes pasaron en los refugios los dos días siguientes, debido al continuo bombardeo. Sólo los que se veían obligados a hacerlo se aventuraban a salir a la calle; pese a ello, más de quinientos paisanos resultaron muertos o heridos por las granadas jordanas. No se libró ninguna de las zonas judías de la dividida ciudad, y las residencias del jefe del gobierno, del presidente de Israel y el alcalde de Jerusalén resultaron con grandes daños como consecuencia de la acción de la artillería de Jordania. Cuando las vitrinas de cristal del Museo de Israel se hicieron pedazos, se trasladó apresuradamente el Pergamino de Isaías —el más completo de los del mar Muerto— a una cámara blindada subterránea. Uno de los más famosos vitrales de Maro Chagall en la sinagoga del Centro Médico Hadas-



Un carrista de Israel monta guardia en la frontera jordano-israelí.

sah fue pulverizado, pero los demás se pusieron a salvo antes de que aumentara el bombardeo. Desde Francia, Chagall escribió: "No me preocupan los vitrales, sólo la seguridad de Israel. Que Israel esté seguro, y yo os haré vitrales aún más bellos."

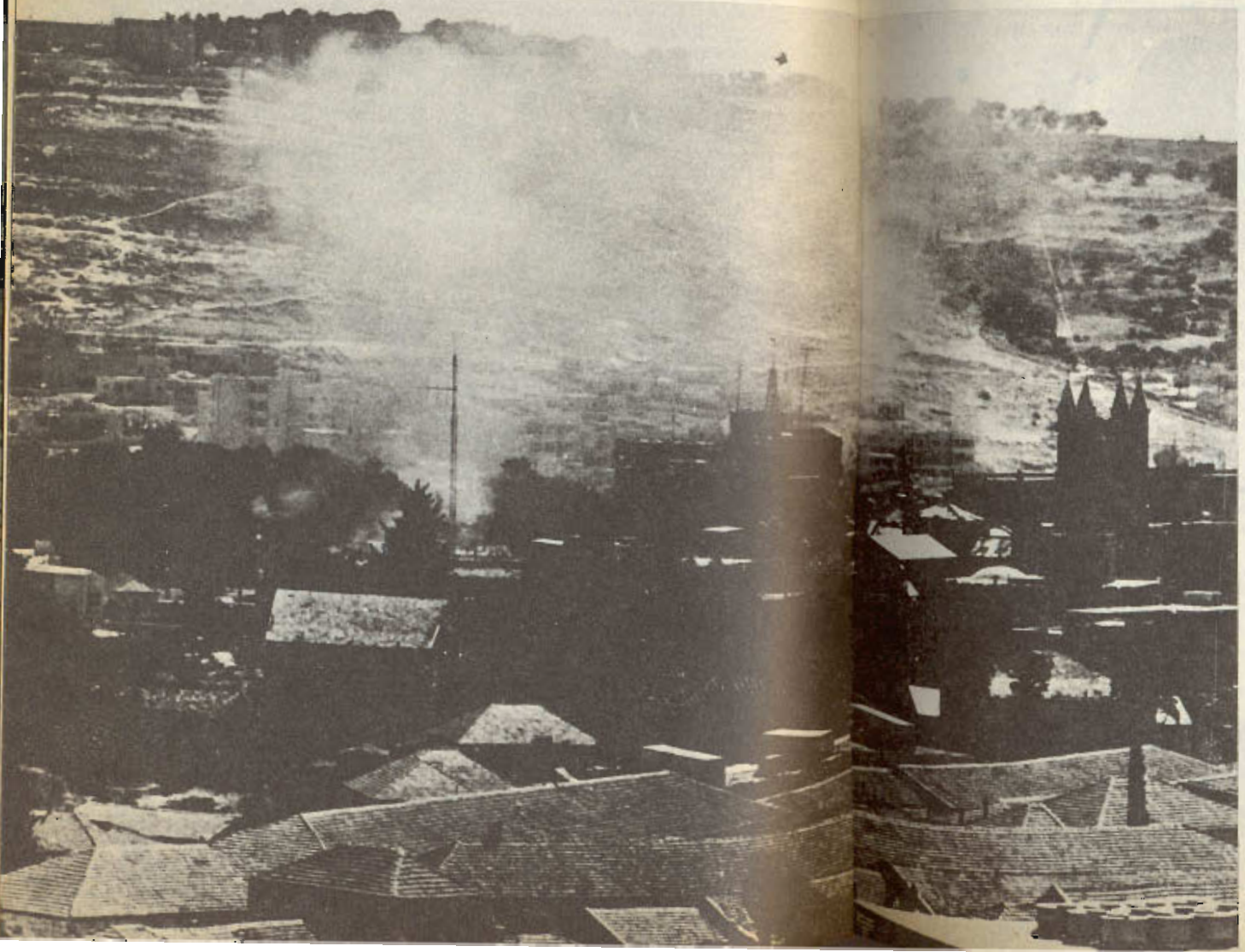
Por espacio de dos horas, los israelíes no contestaron al fuego jordano. Pero al hacerse cada vez más intenso el ataque artillero y de armas ligeras, se hizo evidente que la situación se estaba poniendo muy inquietante. Hasta las doce de la mañana del lunes, los israelíes se aferraron a la creencia de que Hussein trataba meramente de demostrar a Nasser que cumplía su parte del pacto militar, y que no tenía intención de plantearse una lucha seria. Sin embargo, si se hallaba decidido a lanzar a Jordania al conflicto, Israel no permanecería a la defensiva. El Servicio de Información israelí tenía una astuta idea del plan árabe para "recobrar" Palestina, y el papel de Jordania incluía un avance hacia el Oeste para enlazar con un ataque egipcio al Este, a través del Negev. Si estas operaciones tenían éxito, Israel quedaría cortada en tres, y aunque el ataque del Negev pudiera ser contenido, la geografía de Israel daba al asalto jordano una pasable probabilidad de triunfo. Desde la frontera de Jordania sólo había veinte kilómetros a la costa israelí en Tel Aviv: una columna acorazada decidida podía cubrir esa distancia en pocas horas. Los planes israelíes se basaban, por tanto, en prevenir que los blindados de Jordania llegaran a Tel Aviv, aunque la llave de las fases iniciales de la batalla era política: la Ciudad Vieja de Jerusalén. Para un pueblo que tenía tal preocupación espiritual por la histórica urbe, era ésta la meta más preciada. Sin Jerusalén como capital, Israel podía compararse a un cuerpo sin alma. Más había también buenas razones estratégicas de por qué debía modificarse el acuerdo de partición de 1948. Con Jerusalén y con amplio acceso al mar, los israelíes se hallarían en condiciones de consolidar su posición en la entrañable tierra de Judea, y no existiría ya el peligro de que su Estado degenarara en un enclave costero agarrado al Mediterráneo.

En esencia, el plan israelí consistía en aislar la batalla por Jerusalén, mientras concentraba su esfuerzo principar en la destrucción de las unidades de la Legión Arabe a lo largo de toda la orilla Oeste del Jordán. El plan se llevó a cabo cuando Israel comprendió que Hussein no se iba a quedar satisfecho con un gesto simbólico de apoyo a la causa árabe.

Un intento de ocupar la Casa de Gobierno precipitó la batalla por Jerusalén. Considerando que la Casa se hallaba en territorio desmilitarizado y albergaba a cien miembros del personal de la ONU, ello suponía buscarle tres pies al gato al entrar Hussein en conflicto directo con las Naciones Unidas. El general Odd Bull, jefe de las fuerzas de la organización mundial, pidió un alto el fuego, pero los jordanos hicieron caso omiso de la petición, y a la una de la tarde habían ocupado el pequeño bosque que separaba de Casa de Gobierno de la granja adyacente. Los israelíes reaccionaron entonces.

El mando de las tropas de Israel en Jerusalén había sido confiado al general de brigada Uzi Narkiss, veterano de lo que los israelíes llamarían su Guerra de Independencia. En 1948 había luchado como jefe de batallón a las órdenes del general de brigada Yitzhak Rabin para defender Jerusalén, y había cumplido el triste deber de ordenar a una compañía mandada por Mordecai Gur que se retirara de la Puerta de Sión. Rabin desempeñaba ahora la jefatura del Estado Mayor, y Gur era un jefe de brigada que pronto iba a encontrarse de nuevo bajo el mando de Narkiss. Los tres —Rabin, Narkiss y Gur— eran hombres nacidos en Jerusalén que nunca confiaron en volver a ver el Muro de las Lamentaciones. Y ahora podían.

A las dos y media de la tarde del



Vieja Jerusalén.

6 Avances israelíes en la zona de Jerusalén.

lunes, dos compañías de infantería y seis carros Sherman israelíes cruzaban la línea de armisticio de 1948 y avanzaban sobre la Casa de Gobierno. Estas tropas pertenecían a uno dede los tres batallones de la única brigada israelí cuya cooperación podía lograr Narkiss. Como el resto de la brigada, todos los soldados eran reservistas que vivían y trabajaban en la zona de Jerusalén, circunstancia que iba a proporcionar una inmensa ventaja en la lucha callejera que seguiría. Hacia las tres de la tarde, tras un breve y sangriento choque que costó ocho muertos a los israelíes y dieciocho a los jordanos, la bandera de Israel ondeaba sobre la Casa de Gobierno. Ello hizo posible que el general Odd Bull y el resto del personas de la ONU fueran evacuados a Tel Aviv.

Mientras tanto, las fuerzas jordanas en Samaria —la zona que constituía la provincia Norte de Jordania en la margen occidental— se dirigían hacia el Sur, según informes de la aviación israelí. Lo que los aviones de reconocimiento habían visto era la 60ª Brigada Acorazada de Jordania que avanzaba desde Jericó a Jerusalén, y su relevo, la 40ª, en ruta del puente Damiya a Jericó. Riad, el general egipcio que dirigía ahora las operaciones militares de Jordania contra Israel, había persuadido a Hussein de que pidiera tropas a Siria para bloquear cualquier salida israelí al Norte del reino hachemita y a la ribera Oeste. En la confianza de que tales refuerzos se hallarían pronto en camino, había ordenado que la 60ª Brigada se destacara a las lomas de Ramallah, la planicie en forma de salchicha que dominaba el acceso Norte a Jerusalén y parte de los barrios judíos de la ciudad. Comprendiendo que si los jordanos lograban apoderarse de las lomas podrían atacar por un flanco a las fuerzas de Israel en Jerusalén, o rodearlas, Narkiss decidió apoderarse de las alturas en primer término. Ahora que se libraba la batalla y que la situación en la histórica ciudad prometía una dura lucha, se habían dado más tropas a Narkiss. Los tres batallones de una brigada acorazada formada por reservistas, que se habían concentrado en Ramle, se hallaban ya en ruta hacia Jerusalén, y una brigada paracaidista, integrada por un batallón del Ejército regular y dos de la reserva, y que había sido instruida para un ataque aerotransportado sobre El Arish, fue apresuradamente desviada a Jerusalén. Los paracaidistas no tenían vehículos blindados, pero eran combatientes duros y experimentados, idealmente apropiados para las tareas que Narkiss les destinaba. Otras dos brigadas de infantería —una de las cuales se había concentrado cerca de Latrun (en el cinturón geográfico de Israel), y la otra en las inmediaciones de Kalkiya— quedaron bajo el mando de Narkiss casi al mismo tiempo.

General Odd Bull.

Tan pronto como la brigada acorazada llegó a Ramle, Narkiss la lanzó a la lucha. Su objetivo eran las lomas de Ramallah, para cuya conquista se montó un triple asalto. Como los accesos a la elevación principal estaban muy minados y la brigada no disponía de carros con flagelos para detonar minas, los infantes israelíes tenían que avanzar tanteando y limpiando un camino para los Shermans que venían detrás. Solamente seis carros fueron puestos fuera de combate en el curso de este avance, pero

costó la vida o las piernas y brazos de cuarenta soldados de Israel. Más allá de los campos de minas, los jordanos se hallaban en cierto número de reductos de hormigón: las colinas Radar y Abdu Aziz y la localidad de Beit Iksa. Cada uno de ellos fue atacado sucesivamente, con los Shermans disparando a quemarropa a las defensas individuales hasta que cesó toda resistencia jordana. A medianoche, las tres columnas israelíes habían convergido en la primera cresta de la serranía principal de Ramallah. Después de limpiar Biddu, población fortificada en las alturas, toda la brigada giró al Este y avanzó por la carretera a Nebi Samuel, lugar de enterramiento del profesor Samuel, que los peregrinos cristianos de todos los tiempos han conocido con el nombre de Colina de Alegría. Con la ayuda de bengalas, los carros israelíes envolvieron Nebi Samuel en un movimiento de pinza, sometieron la localidad clave de Beit Hanina y luego continuaron su progreso hacia el Este.

Al Sur de este nudo de carreteras, un batallón de infantería jordano cubría posiciones en la ruta de Jerusalén. Como estas posiciones bloqueaban el camino que, por el Sur, llevaba al enclave israelí de Monte Scopus, al Nordeste de la Ciudad Santa, uno de los batallones blindados de Israel recibió órdenes de abrirse paso. Sin embargo, justo en el momento en que los Shermans israelíes se situaban en posición para atacar la distante posición jordana en Shafat, se avistó un batallón de Pattons de Jordania que se dirigía hacia Tel El Ful. Era uno de los batallones de la 30ª Brigada Acorazada, en ruta desde Jericó, que había sido destacada para asegurar Tel El Ful. Dando la vuelta, los Shermans tuvieron el tiempo justo para ganar la carretera de Ramallah y situarse en posiciones de emboscada antes de que llegaran los Pattons. Siguió una sangrienta batalla de carros, con los dos bandos atacándose con mutua ferocidad a muy corta distancia. Cuando los jordanos rompieron el contacto hacia las diez de la mañana, habían sido destruidos seis Pattons, y otros once quedaron abandonados sobre el terreno. Los israelíes perdieron tres Shermans. Con Tel El Ful indisputablemente en su poder, los israelíes volvieron entonces a dirigir su atención a Shafat, que no tardó en caer tras un ataqne conjnnto de fnerzas acorazadas y de infantería. El próximo objetivo lo constituían las posiciones que cubrían el desfiladero de Givat Hamivtar. Estas, y las defensas de la colina Francesa, completaban el arco defensivo jordano que protegía a Jerusalén por el Norte, y que resultaban vitales para Jordania. En Givat Hamivtar se encontró dura resistencia, y hubo de ser asaltada tres veces antes de poder domenar a sus defensores jordanos. En la colina Francesa se tropezó con una resistencia aún mayor; allí, cinco carros israelíes fueron puestos fuera de combate por las armas anticarro de Jordania, y ambos bandos experimentaron muchas bajas en una dura lucha cuerpo a cuerpo. Sin embargo, hacia las cinco de la tarde, los israelíes se habían abierto camino hacia su enclave en Monte Scopus, y la batalla por Jerusalén se acercaba a su culminación militar.

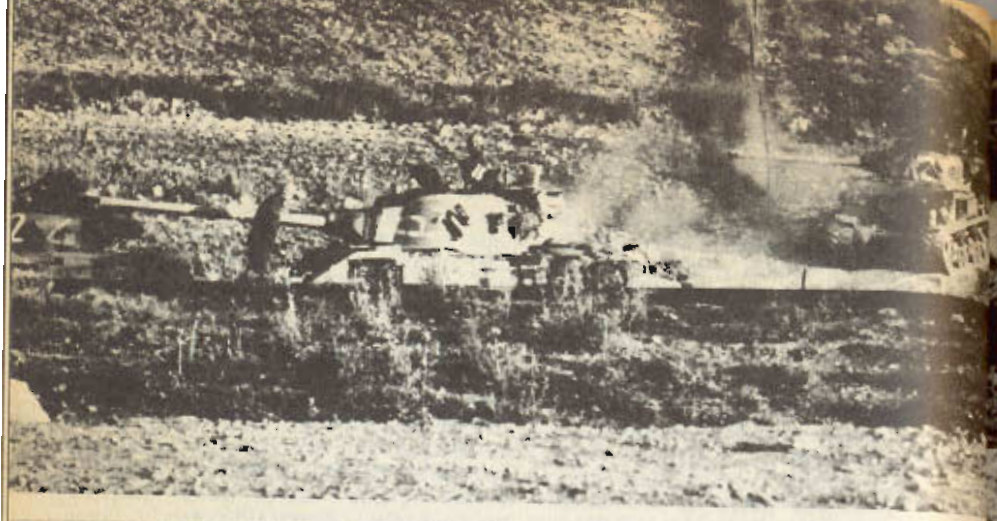
En otros sectores del frente central, los israelíes se esforzaban en batir a los jordanos a todo lo largo de la orilla Occidental. Mientras su brigada acorazada empujaba hacia las alturas de Ramallah, en el Norte, Narkiss decidió cortar la carretera jordana que se dirigía al Sur, desde Jerusalén a Belén. El batallón que había ocupado la Casa de Gobierno recibió órdenes de avanzar en dirección Sur, por la eminencia en que ésta se hallaba, y asegurar la localidad jordana de Sur Behir, que dominaba la carretera a Belén. Pero la población se encontraba defendida por dos posiciones muy importantes y, aunque los israelíes pudieron penetrar en Sur Behir el lunes por la noche, tuvieron que retirarse como consecuencia de un contraataque jordano. A la mañana siguiente, los soldados de Israel volvieron a la ofensiva y, antes de mediodía, fue lenta y dolorosamente limpiada la serranía de Sur Behir. Entonces, otro batallón israelí, apoyado por una compañía de Shermans, atravesó las alambradas de la Línea de Armisticio de 1948 entre la Casa de Gobierno y Monte Sión, a fin de limpiar el conjunto de casas que forman el distrito de Abu Tur del propio Jerusalén. El avance fue lento; la lucha casa por casa, dura, y los soldados de Israel sufrieron intenso fuego de mortero procedente de la Ciudad Vieja. Hacia las siete de la tarde se había limpiado una pequeña zona cerca de la alberca de Siloam, pero las bajas eran tan elevadas que Narkiss decidió retirar el batallón a Abu Tur.

Mientras los blindados de Narkiss remontaban las alturas hacia Ramallah, otro *Ugda* israelí entraba en acción contra el sector septentrional del frente jordano. Mandada por el general de brigada Elad Peled, director del Colegio Nacional de Defensa de Israel, esta *Ugda* —integrada por una brigada acorazada, otra de infantería y cierto número de unidades independientes de a pie— había sido formada para hacer frente a cualquier movimiento hostil por parte de los sirios. Cuando se hizo evidente que Siria no iba a atacar por ninguna parte y que Jordania suponía la amenaza más inmediata e importante, Peled recibió nuevas órdenes. Al mismo tiempo que un batallón de infantería ejecutaba una maniobra de diversión marchando hacia el Sur desde Tirat Tsvi, a lo largo de un camino en el lado Oeste del río Jordán, dos columnas acorazadas partían separadamente de Megiddo (en Israel), cruzaban la frontera en Moshav Ramon y se dirigían a Jenin. Una batería de los "Long Toms" que habían bombardeado Tel Aviv fue inutilizada sobre la marcha, y a las tres de la madrugada del martes (el segundo día), los blindados de Israel caían sobre Jenin.

En cuestión de minutos, los Shermans israelíes fueron contenidos por un batallón de Pattons jordanos ocultos en los olivos que rodeaban la población, y que les esperaban. Los israelíes se recobraron rápidamente y se intentó un segundo asalto. Más cuando éste fracasó, intentaron una añagaza. Dando la vuelta, los Shermans marcharon lentamente por donde habían venido, dejando atrás sus vehículos inutilizados, y haciendo creer a los jordanos que se retiraban. Abandonando sus posiciones, los Pattons les dieron caza. Esto constituyó un error fatal, que terminó con la virtual aniquilación de todo el batallón jordano. Una vez resuelta esta batalla de carros, los israelíes volvieron a Jenin y, aunque los soldados hachemitas lucharon desesperadamente, la ciudad se hallaba en manos israelíes a las siete y media de la mañana.

Sin embargo, a esa hora, aviones de Israel informaron haber visto sesenta Shermans jordanos que se acercaban a Jenin desde el Sudeste, por la carretera de Nablus. Se trataba, en realidad, de dos batallones de la 40ª Brigada Acorazada jordana que volvían a sus posiciones anteriores tras un infructuoso desplazamiento a Jericó para socorrer a la 60ª Brigada. A fin de contrarrestar esta nueva y súbita amenaza, los carros de Israel tenían que retirarse de Jenin antes de poder virar al Sur; cuando los habitantes de la localidad vieron que esto sucedía, pensaron que los israelíes se retiraban. Apresuradamente surgieron banderas en las ventanas de las casas, reaparecieron fusiles, ametralladoras y bazucas que habían sido escondidos durante el avance israelí y comenzó el tiroteo. Este segundo brote de lucha puso temporalmente en dificultades a los soldados de Israel, que trataban de salir para hacer frente a los Pattons que se acercaban. Pero la infantería israelí que había quedado detrás rompió sistemáticamente esta resistencia, y a la una de la tarde se había apagado el tiroteo y la ciudad de Jenin estaba en calma.

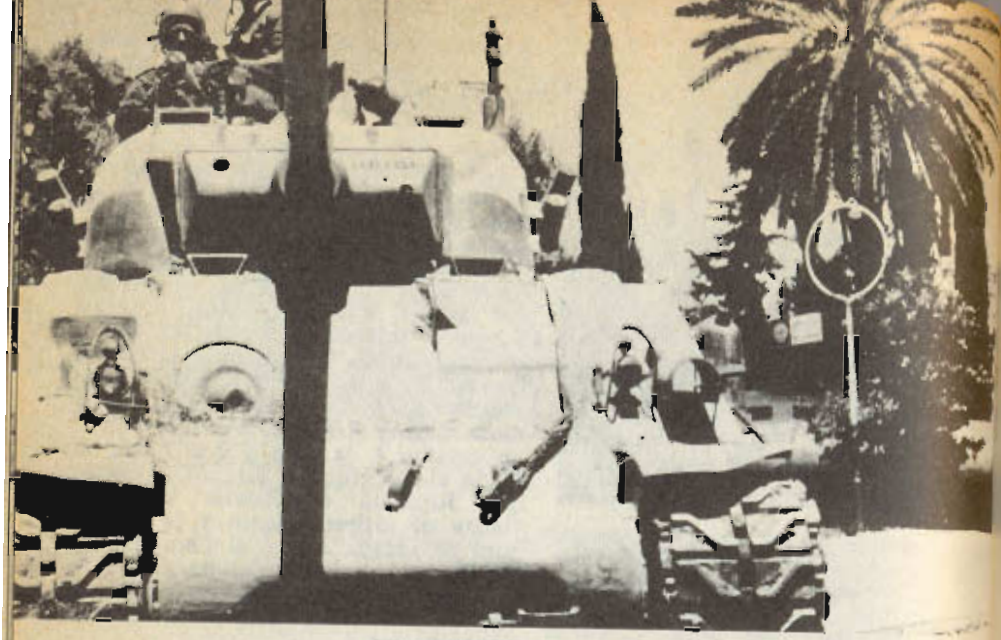
Mientras tanto, los Shermans de Peled se habían encontrado con los Pattons hachemitas, que avanzaban en dos columnas (la primera a unos veinticinco kilómetros de la segunda). Cuando los Pattons de vanguardia avistaron a los Shermans de Israel, abandonaron la carretera y ocuparon las posiciones que habían defendido anteriormente en las colinas Kabatiya. Los israelíes se lanzaron a la carga, pero cayeron en una emboscada preparada por un segundo grupo de Pattons, en la que dieciséis Shermans fueron destruidos. Los carros restantes se reagruparon y volvieron al ataque, sufriendo mayores bajas. Durante la tarde se lanzaron dos ataques aéreos, pero sin conseguir desalojar a los jordanos. Al caer la noche, los carros de ambos bandos se hallaban enfrentados en un valle dominado por las colinas Kabatiya. Sin embargo, al día siguiente, cuando se hizo uso adecuado del abrumador poderío aéreo de Israel, la suerte cambió. Por espacio de dieciocho horas, oleada tras olea-



Izquierda y abajo: **Carros Sherman israelíes en acción contra los Patton jordanos en el frente de Jenin.**

da de Mystères y Mirages sobrevolaron el campo de batalla entre Jenin y Nablus o picaron más allá, en el valle del río Jordán. Cohetes y granadas de "napalm" llovieron sobre los soldados hachemitas y, ocho horas después, la resistencia se rompió. La batalla por Jerusalén no se había resuelto el miércoles por la tarde (el tercer día), pero Jordania ya estaba batida. Toda la ribera occidental se hallaba en manos de Israel, y la famosa Legión Arabe casi había dejado de existir. A la una y media de la tarde, el rey Hussein dijo a sus tropas que Jordania continuaría luchando "hasta el último aliento y la última gota de sangre". Pero el llamamiento del Consejo de Seguridad para un alto el fuego era ahora su única oportunidad de mantener unida a su tambaleante nación.

Antes de volver al desarrollo de los acontecimientos en Jerusalén, se debe hacer breve mención de la captura de Latrun, estatégica localidad situada entre la planicie costera y las montañas del interior. El tejado de terracota del pétreo y macizo monasterio trapense de Latrun puede verse desde varios kilómetros de distancia. Fue edificado en 1890 junto a una fortaleza de los cruzados, el Touron de Chevaliers, construida para guardar la carretera a Jerusalén; la localidad se halla sobre una pequeña eminencia que domina el monasterio. Cerca de la parte superior de un saliente jordano que se proyecta en Israel, Latrun se encuentra en la vieja carretera de Jerusalén a Tel Aviv, a 32 kilómetros de esta última ciudad y a veinticinco de aquélla. En 1948, el desfiladero de Latrun constituía la puerta de acceso a Jerusalén, y había sido testigo de algunas luchas deseseperadas. Debido a que los israelíes habían fracasado repetidamente en conquistar el desfiladero, habían tenido que utilizar un tramo de unos treinta kilómetros de la carretera a Jerusalén alrededor de las laderas de Judea, y por espacio de diecinueve años el antiguo camino estuvo clausurado con una señal de "Stop. Frontera". Por ello, Latrun era un lugar de amargos recuerdos para



Carros israelíes penetran en la conquistada ciudad de Jenín.

los israelíes, y su captura en la tarde del martes (el segundo día) por una brigada de infantería de Israel supuso un aumento de prestigio. Hubo muy poco mas que una resistencia simbólica, y la mayor parte de la guarnición jordana se retiró. Avanzando en abanico desde Latrun, los israelíes limpiaron el saliente durante la mañana del miércoles, y una columna acorazada se dirigió al Este, hacia Ramallah. Que los hachemitas aún tenían dientes y estaban decididos a utilizarlos se hizo evidente cuando una columna israelí tropezó con una obstrucción de carretera, que sólo se pudo superar tras un intenso combate. Sin embargo, una vez eliminado el obstáculo, la infantería israelí procedente de Latrun pudo proseguir su avance y, a última hora de la tarde, había enlazado con la brigada acorazada de Narkiss, que ocupaba el nudo de comunicaciones de Ramallah. El escenario para la vital batalla de Jerusalén estaba ahora completo.

Los habitantes de la histórica ciudad se hallaban aún en los refugios, en los que empezaban a filtrarse las noticias de las victorias israelíes en el Sinaí, si bien Radio Damasco todavía hablaba de la "hora de la venganza" y exhortaba a los "hermanos árabes" a "caer sobre Tel Aviv". Pero Radio El Cairo y Radio Amman se mostraban ahora menos beligerantes, porque el derrotismo había comenzado a posarse en el cuartel general de la RAU y en el Alto Mando jordano. Granadas de cañón y de mortero continuaban cayendo en Jerusalén, sin embargo, y ráfagas de ametralladora barrían las calles cerca de las murallas de la Ciudad Vieja, cuando Narkiss ordenó un ataque nocturno para apoderarse de la serranía de Monte Scopus, desde la que los israelíes estarían en condiciones de dominar la Ciudad Santa.

La 27ª Brigada de Infantería de la Legión Arabe cubría los formidables emplazamientos de hormigón y piedra de la Línea de Armisticio de 1948. Delante de estas defensas, una amplia franja de terreno abierto había sido literalmente sembrada de minas y de otros obstáculos. Se emplearon torpedos Bangalore y cargas explosivas para abrir caminos, pero la infantería israelí tuvo grandes pérdidas en el proceso de penetración. Y, una vez atravesado el campo de minas, se vio lanzada a una dura lucha cuerpo a cuerpo para la captura de los puntos fuertes que se hallaban detrás. Se disputaba cada metro de las trincheras de comunicación y, cuando éstas fueron limpiadas, aún quedaban los reductos en que las tropas hachemitas en retirada buscaron refugio para continuar la lucha. Esta fue la mayor y la más fiera batalla de infantería de toda la guerra; las bajas resultaron muy elevadas por ambas partes, y en este lugar infligieron los árabes a los israelíes los mayores daños.

Blindados de Israel se reagrupan para el ataque a Jerusalén.

Quizá la nuez más dura de cascar de todas las posiciones defensivas jordanas fuera la colina de las Municiones, cerca de la Escuela de Instrucción de la Policía. La defendieron unos doscientos hombres de la Legión Arabe, y se reconoce generalmente que el combate de cinco horas para expulsarlos de allí fue el choque más violento de todas las operaciones árabe-israelíes efectuadas hasta la fecha. No hubo gloriosas cargas de carros: los paracaidistas de Morcecai Gur que tomaron la posición tuvieron que combatir de reducto en reducto. Y cuando surgieron del laberinto de trincheras, la colina de las Municiones les había costado cincuenta muertos y más de 150 heridos. Atrás quedaban 106 cadáveres jordanos, y todos los de la guarnición hachemita que sobrevivieron estaban heridos.

La tarea de los paracaidistas aún no estaba terminada. La Escuela de la Policía se alzaba en la entrada al conjunto de casas conocido como distrito de Sheikh Jarrah, que por espacio de diecinueve años había amenazado los suburbios septentrionales de Nueva Jerusalén y cortado la carretera al enclave de Monte Scopus. Antes de ser dominado, se desarrolló una sangrienta lucha casa por casa. Entre tanto, más paracaidistas de Gur habían cruzado la Línea de Armisticio cerca de la puerta Mandelbaum, el acceso, controlado por la ONU, entre Israel y Jordania. En dos columnas, los sudorosos "paras" se abrieron sistemáticamente paso por entre los edificios del distrito conocido como la Colina Americana. El progreso resultaba lento, pero lo habría sido aún más sin el apoyo de la artillería, los carros y los aviones israelíes llamados a cooperar. Dos reflectores montados en el alto edificio Histradut, en Nueva Jerusalén, se utilizaron para señalar los objetivos por la noche; de día, los soldados de Israel izaban banderas en las edificaciones que habían capturado, a fin de marcar los límites de su avance. Las casas que no se podían conquistar mediante el fuego de la infantería, eran atacadas a bocajarro por los Shermans, y se hacían voladuras con el fin de abrir caminos cubiertos en las casas para evacuar a los heridos y abastecer de municiones a los combatientes.

Con la conquista de los distritos de Sheikh Jarrah y Colonia Americana se produjo un período tranquilo en la lucha, únicamente roto por el fuego ocasional de un francotirador o el estallido de una granada. Los jordanos, tanto soldados como paisanos, habían evacuado las calles y casas extramuros de la Ciudad Vieja, y huido hacia el Este. Para los israelíes, que necesitaban urgentemente un momento de respiro para descansar y reabastecerse, la relativa calma fue muy bien recibida. No duró mucho; detrás de los baluartes de Jerusalén, la Legión Arabe se reagrupaba y volvía al combate. Desde las altas murallas de la Ciudad Vieja, francotiradores hachemitas hostilizaban a las tropas de Israel, y cualquier movimiento que se divisara desde ellas atraía una barrera de fuego de cañones y morteros emplazados en la serranía Augusta Victoria, detrás del monte de los Olivos. Por ello, los paracaidistas, que para entonces habían alcanzado el Museo Rockefeller, recibieron órdenes de volver de nuevo a la acción.

El primer ataque resultó un fracaso. Como las aerotropas avanzaban por terreno abierto hacia su objetivo, la serranía Augusta Victoria, fueron recibidas con una lluvia de bombas de mortero y fuego de arma ligera. No se podían mover, y los carros Shermans que intentaron abrir un paso se vieron obligados a buscar refugio en la zona edificada ante el certero y efectivo fuego anticarro jordano; bazucas disparados desde las murallas de la Ciudad Vieja y cañones emplazados en las alturas. Cuando dos ataques aéreos no lograron silenciar las piezas de artillería de las colinas, Narkiss decidió esperar hasta el crepúsculo, y suspendió el asalto. El segundo ataque no tuvo más éxito. Unos minutos después de que los Shermans cruzaran la línea de partida, tres de ellos habían sido puestos fuera de combate, y las bajas entre los paracaidistas aumentaban a un ritmo alarmante. Así, Narkiss canceló de nuevo el asalto; esperaría, decidió, hasta las once de la noche. Para entonces se hallaría en condiciones de organizar y coordinar un ataque más poderoso.

Al final, el ataque no tuvo lugar, porque en este específico sector las cosas no porecían ir bien ahora para los israelíes. La dura lucha les había proporcionado considerables ganancias, y la Ciudad Vieja se hallaba virtualmente rodeada. Pero el fracaso en apoderarse de la serranía Augusta Victoria constituía un claro retroceso, y había alguna razón para suponer que los jordanos estaban preparando un contraataque por la carretera de Jericó. Para los hachemitas, sin embargo, la situación parecía muy diferente, y cualquier pesimismo en Jerusalén tenía una contrapartida aún mayor en el sombrío panorama en Amman. Literalmente, nada había discurrido como el rey Hussein y el general Riad habían planeado. La primera brigada de refuerzos iraquíes que iba a reemplazar a la Legión Arabe en el valle del Jordán había sido localizada por la Fuerza Aérea de Israel y bombardeada hasta el aniquilamiento en su jornada a través de la frontera. Se había prometido el envío de otras tres brigadas, pero, cuando llegaron a la divisoria jordana, el presidente Aref comprendió que la guerra no marchaba bien para los árabes, y ordenó que las brigadas hicieran alto. Los sirios también le habían fallado a Jordania; no disponían de cobertura aérea, dijeron. Y los egipcios, con bastantes problemas propios, estaban lejos de constituir una ayuda. Tras hablar con su superior, el mariscal Amer, en El Cairo, el general Riad informó al monarca hachemita que sólo parecía haber dos caminos: pedir un alto el fuego a los israelíes o retirar la Lagión Arabe al otro lado del Jordán.

Para Hussein, tales posibilidades eran demasiado desagradables de considerar en el primer momento. A diferencia de otros políticos árabes —y de muchos generales egipcios—, el rey había pasado gran parte de la guerra en las zonas avanzadas, yendo de una unidad a otra para animar a las tropas a no ceder terreno. Antes del conflicto, Nasser le había llamado "traidor a los árabes", y el soberano hachemita no deseaba prestar fundamento a esta acusación siendo el primer líder islámico que buscara la paz. Ni quería abandonar la orilla occidental, que jamás recobrara. (Las suspicacias árabes son muy profundas y, a no dudar, Hussein albergaba la sospecha de que algunos de sus aliados no lamentarían demasiado la secesión de la parte más rica de su reino, aunque fuera por los israelíes). En las primeras horas de la mañana del martes (el segundo día), Hussein mantuvo su famosa conversación con Nasser acerca de la intervención extranjera. A la una y media de la tarde, el monarca hachemita declaraba a sus tropas que Jordania seguiría luchando; más, media hora después, había llegado a aceptar las conclusiones del comandante en jefe egipcio de sus fuerzas y comenzó a pensar en un alto el fuego. Mientras tanto, Riad trabajaba sobre la premisa de la determinación del rey de continuar la guerra, y a las diez de la noche dio la orden de que todas las fuerzas jordanas se retiraran a la orilla oriental. Media hora después de tal decisión, la ONU pedía un alto el fuego y, aunque los jordanos eligieron ignorar este llamamiento, su efecto se conjuntó con el de la orden de retirada. Como parecía que podía haber cierta ventaja en que la Legión Arabe continuara donde estaba, la orden de Riad se revocó, y las unidades hachemitas tuvieron que seguir allí, si no se habían movido, o volver, si lo habían hecho. Orden, contraorden, desorden: en algunos lugares, los legionarios árabes se vieron obligados a combatir para retornar a las posiciones anteriormente evacuadas; en otros, la contraorden no llegó a las unidades afectadas hasta que fue demasiado tarde. Eso es lo que sucedió en Jerusalén, donde dos batallones recogieron sus pertrechos y se escabulleron durante la noche. Por último, en las primeras horas de la mañana del miércoles, Hussein mandó a sus tropas que aceptaran el alto el fuego de las Naciones Unidas, con tal que los israelíes hicieron lo mismo. Empezó a fallar entonces la moral de los asombrados y sufridos legionarios. Como se desplazaban de acuerdo con la orden de retirada o la segunda orden, de volver, se tardó mucho tiempo en que les llegara el mandato de cesar el fuego. En cualquier caso, el llamamiento de la ONU no podía haber sido efectivo porque los israelíes habían decidido hacer caso omiso de él hasta que hubieran ocupado su antigua capital y recuperado el hito más vital de su existencia: el Muro de las Lamentaciones.

Ignorando que la mayor parte de la

Arriba y abajo: **Unos árabes se rinden a las fuerzas israelíes que avanzan. Estas sospechan que algunos de ellos son soldados jordanos vestidos de paisano.** Abajo a la derecha: **Uno de los soldados de la primera oleada de asalto israelí, impaciente por llegar al Muro de las Lamentaciones, es alcanzado en el pecho por una bala árabe. Murió poco después.**

él. Hay unos 150 metros desde la puerta de San Esteban a la majestuosa mezquita de la Cúpula de la Roca. Los soldados de Israel cubrieron la distancia en minutos, haciendo quiebros entre los viejos pinos y olivos que cubrían la cresta del monte Morjah, el Monte del Templo. Mientras corrían, les silbaban las balas disparadas por los legionarios árabes que guarnecían una posición detrás de la mezquita Al-Aksa. Pero el único batallón que quedaba de tropas jordanas se había escapado por una brecha del anillo israelí mientras los "paras" se agrupaban para el ataque.

Los primeros paracaidistas llegaron al Muro de las Lamentaciones a las diez y cuarto de la mañana; poco después, el gobernador de lo que había sido el Jerusalén árabe se acercaba a Gur en la plaza del Templo. Las tropas jordanas habían partido, declaró, y la resistencia cesaría. Entre tanto, los paracaidistas se aseguraban de que no habría más tiroteo. Al desplegarse en abanico para registrar y ocupar la Ciudad Vieja, los altavoces convocaban a los supervivientes para que salieran de sus refugios y se rindieran. Pero todavía silbaban las balas cuando el rabino jefe del Ejército de Israel, general de brigada Shlome Goren, llegaba al Muro para dirigir la oración de una arrobada reunión de "paras" sudorosos y ministros del Gobierno. Con los Pergaminos de la Ley en la mano izquierda, y un cuerno de carnero traído a Israel por un internado en el campo de concentración alemán de Belsen, en la derecha, el rabino tocó solenemente una llamada al regocijo. Para muchos israelíes, no importaría ahora si la guerra no progresara más, porque este acto para ellos significaba una victoria completa. Lo que estaba ocurriendo en el Sinaí era más sensacional y, ciertamente, mucho más importante desde el punto de vista militar que la captura de la Ciudad Santa. Pero el Muro de las Lamentaciones había simbolizado las esperanzas nacionales judías por espacio de 1.897 años. Gur resumió la actitud de los israelíes cuando, de pie ante las grandes piedras, dijo: "Ninguno de nosotros

Arriba: El rabino Shlomo Goren, con los Pergaminos de la Ley y el cuerno de carnero, llega el 7 de junio al Muro de las Lamentaciones. Abajo: Soldados y paisanos judíos oran en el Muro por el retorno de su pueblo. Derecha: El general Dayan, el de brigada Narkiss (izquierda) y el general Rabin entran en la Ciudad Vieja por la Puerta del León.

ha visto nunca en vida, o ha hecho, algo tan grande como lo que él ha realizado hoy."

El general Dayan figuraba entre las primeras personalidades de Israel que contemplaron las viejas piedras del Segundo Templo. A su lado, los soldados, con fusiles o bazucas al brazo, permanecían con la cabeza inclinada como pronunciando una plegaria intransigente: "Hemos vuelto al más sagrado de nuestros santuarios para jamás apartarnos de él."

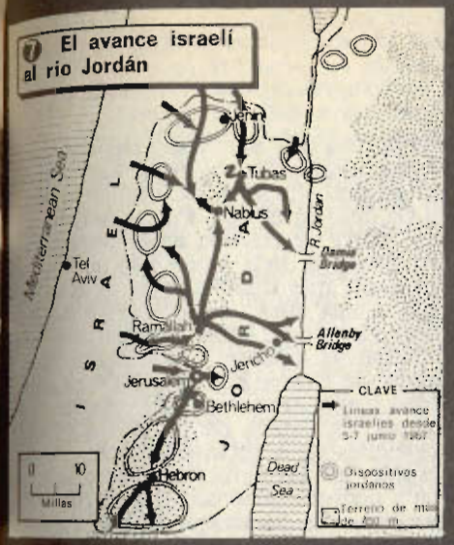
Si Dayan creía en la divina providencia para el cumplimiento de un sueño de dos mil años, los acontecimientos al Norte de Jerusalén habían decidido ya que el general no iba a dejar la derrota de Jordania enteramente al Todopoderoso. En las primeras horas de la mañana del miércoles, los blindados de Peled se preparaban para el asalto a Nablus. Carros Patton de la 40ª Brigada Acorazada y soldados de la 25ª Brigada de Infantería jordana que bloqueaban la carretera que iba al Sur desde Jenin, fueron dispersados en Kufeir mediante un ataque conjunto de blindados y aviones, en una operación que fue una auténtica demostración del moderno y mortífero empleo del poder aéreo. Cuando los Pattons se retiraban sufrieron individualmente la acción de castigo de los aviones israelíes. Se ocuparon, sin encontrar resistencia, Akkaba y Tubas, y los carros de Israel tomaron el camino del Sur, hacia el cruce de la carretera que va del puente Damya a Nablus. Allí se dividió la columna: un batallón acorazado se dirigió al Sur, al valle del Jordán, mientras que el resto de la brigada marchó hacia Nablus. En las afueras de la ciudad recibieron una inesperada bienvenida. La guerra se había desarrollado demasiado rápidamente para los habitantes de Nablus. Reinaba la paz y la tranquilidad en la población, y se tomó a los carros israelíes por los de los iraquíes que se esperaba pasaran por allí en su triunfal marcha a Tel Aviv. Cuando se hizo evidente la verdadera identidad de los visitantes y se reveló la auténtica situación, se terminaron las aclamaciones y la gente se dispersó para encerrarse en sus hogares. Comenzó, el paqueo, y pasaron varias horas antes de que los infantes de Israel remacharan finalmente su control de la ciudad.

Los blindados de Peled no se quedaron a ver el término de esta operación. Desde Nablus, los carros israelíes tomaron rumbo Oeste por la carretera a Deir Sharaf y Nathanya. La aviación de Israel había visto carros de combate jordanos —que se retiraban de la acción del día anterior por debajo de Jenin— avanzando hacia el Sur por la carretera de Arraba. Cuando se encontraron las dos fuerzas se desarrolló una batalla de carros en la que los AMXs de Israel pusieron fuera de combate a diez Pattons en un duelo a corta distancia. La Fuerza Aérea israelí, que intervino en la acción, dijo que se había apuntado quince más. Con este combate en la mañana del jueves, la lucha en el sector septentrional llegó a la total paralización. En el puente Damya, los carros israelíes se retiraron de la orilla del río para permitir que masas de aterrorizados refugiados y desorganizados grupos de legionarios árabes cruzaran sin tropiezos a la ribera oriental. Todos los jordanos iban ahora a pie, porque los aviones de Israel insaciables, atacaban a cualquier vehículo, identificado como hachemita, con fuego de cañón, cohetes y depósitos de "napalm".

Al Sur y al Este de Jerusalén, otras ciudades bíblicas cayeron ante el avance de los israelíes —Belén, Hebrón, Jericó— hasta que éstos se hubieron apoderado de todo el reino de Hussein al Oeste del río Jordán y del mar Muerto. Como en el Sinaí, el absoluto dominio del aire por parte de Israel significó la derrota final de los árabes. El jueves por la mañana (el cuarto día), el monarca hachemita, sin afeitar y con los ojos hundidos, volvió tristemente a Amman para anunciar que sus hombres ya no podían combatir más, y para enviar un mensaje a U That diciéndole que Jordania aceptaría un alto el fuego.

Nuevo régimen en la Vieja Jerusalén: soldados de Israel montan guardia en los Santos Lugares.

Las conquistas continúan: Dayan y otros jefes militares vistan Belén (arriba) y Hebrón (abajo).



El frente Norte

El miércoles por la noche (tercer día), en Nueva York, los delegados de las Naciones Unidas presenciaron el curioso espectáculo que ofrecía el embajador soviético al presentar urgentemente una resolución pidiendo un alto el fuego absoluto en el Oriente Medio para las ocho de la tarde (hora de Greenwich). Ya era demasiado tarde para salvar a Egipto, pero Moscú anhelaba detener la guerra antes de que las tropas israelíes pudieran consolidar su conquista de Sharm El-Sheikh. A menos que los soldados de Israel fueran detenidos y rechazados, los árabes sufrirían una humillante derrota. Tel Aviv dijo que cesaría el fuego si todos los estados árabes hacían lo mismo, pero llegaron y pasaron las ocho de la tarde sin que los combatientes dejaran de luchar. Al día siguiente se continuó la lucha, desafiando la orden de las Naciones Unidas. En el Sinaí, los israelíes reñían los cruciales combates para bloquear las rutas de escape egipcias al canal de Suez, y en Jordania la lucha había llegado también a su punto culminante. En el Norte, la pugna era menor, pero Radio Damasco aún hablaba de "izar la bandera palestina en Tel Aviv".

De la noche a la mañana pareció cambiar la actitud de los sirios, dado que accedieron a un alto el fuego en la mañana del jueves; cuando Egipto siguió la racha pocas horas después, pareció como si la guerra hubiera terminado. Pero no era así. Los israelíes tenían una larga y amarga cuenta que saldar con sus vecinos del Norte. Durante años, Siria había mantenido una constante campaña de propaganda e invectivas contra Israel; inventó el *slogan* de "Guerra de Liberación Popular"; reclutó, armó, adiestró y financió a los guerrilleros palestinos.

La frontera entre los dos países corría de Norte a Sur, y se extendía unos treinta kilómetros desde el *kibbutz* de Tel Dan, al Norte, a las orillas del mar de Galilea, en el Sur. Por el lado sirio, una ladera se elevaba acusadamente a una cresta a unos cinco kilómetros de distancia, que dominaba la llanura israelí a sus pies. En el curso de los años, los sirios habían construido un cinturón de defensa, fuertemente fortificado, de quince kilómetros de profundidad; artillaron con 265 piezas las colinas de detrás de la cresta, y las posiciones de la infantería en la misma cúspide fueron reforzadas con hormigón y comunicadas con trincheras subterráneas. La parte frontal fue minada profusamente, y se situaron cañones contra carros a diversas distancias. Estas defensas avanzadas se hallaban guarnecidas por tres brigadas de infantería, apoyada cada una por T-34s y SU-100 s. Diseminados entre la primera línea defeusiva había también treinta carros alemanes de la Segunda Guerra Mundial, y algunas piezas de 75 milímetros. Una o dos semanas antes del comienzo de la contienda, se enviaron otras tres brigadas de infantería para reforzar las defensas. En total, el 5 de junio había allí más de cuarenta mil soldados sirios, con 260 carros y cañones autopropulsados, agrupados en tres brigadas acorazadas y cinco de infantería en la planicie del Golán. Tácticamente, se hallaban en una posición muy fuerte. Pero era un ejército ineficaz el que se preparaba para empujar a los israelíes al mar. El mantenimiento de los vehículos resultaba pobre, las armas estaban sucias y no existía disciplina sanitaria en las defensas fijas. Los instructores y asesores rusos, que habían venido a enseñar a los sirios el uso del complejo armamento suministrado por la URSS, se desesperaban.

El 5 de junio (primer día), el frente septentrional estaba desusadamente tranquilo, y la única evidencia de la hostilidad siria fue una bomba lanzada por un avión de Siria en la pequeña localidad de Tiberiades (antes de que la aviación israelí atacara las bases aéreas sirias). Pero en las primeras horas de la mañana del segundo día de la guerra —alentados quizá por las falsas declaraciones de Radio El Cairo sobre éxitos en el Sur— los sirios sometieron los *kibbutzim* fronterizos de Shear Yusuv y Tel Dan a un intenso fuego de artillería. Cuando se suspendió el bombardeo a las siete de la mañana, dos compañías de infantería siria cruzaron la divisoria bajo la protección de los carros situados en la loma Banias, con la obvia intención de rodear los establecimientos mediante un movimiento de pinza. El ataque fue contenido por la milicia israelí —agricultores, tenderos, el conductor del autobús local—, y cuando los aviones de Israel se presentaron, a las siete y veinte, sobre el escenario de la lucha, su fuego de cañón y sus granadas de "napalm" obligaron a los invasores a batirse en rápida retirada.

Durante el segundo, tercero y cuarto días de la guerra, los sirios bombardearon intermitentemente todas las colonias israelíes al alcance de sus cañones: desde Dan y Kfar Szold en el Norte, pasando por Gadot y Rosh Pina en el centro, hasta Ein Ger, Haon y Tel Kazir en el Sur. Hubo bajas, pero la mayoría de los agricultores hebreos permanecieron en sus refugios, y la mayor parte del daño causado por el bombardeo fue para los cultivos.

La aceptación por parte de Siria de un alto el fuego en la mañana del jueves (el cuarto día) supuso un paréntesis de cinco horas en el bombardeo. Luego se reanudó éste, y Radio Damasco anunció que Siria no estaba ligada a ningún acuerdo de tal naturaleza. Creyendo que ocupaban posiciones inexpugnables, los sirios se sentían envalentonados por el hecho de que los israelíes no habían intentado atacar. Las tropas de Israel habían extendido sus líneas más de lo calculado en los frentes central y meridional. Además, los sirios calculaban que Israel no desearía provocar más a la Unión Soviética. Pero estaban equivocados. El Ejército israelí aún tenía fuerza para entenderse con Siria, y se hallaba más que dispuesto a hacerlo. El gabinete de Tel Aviv estaba dividido en esta cuestión, y había una buena razón para abstenerse de atacar. Se había recibido una proposición de los rusos en el sentido de que si Israel dejaba a Siria fuera del conflicto, entonces la Unión Soviética autorizaría la emigración de aquellos de los tres millones de judíos de Rusia que desearan hacerlo. Era un cebo, era un soborno y todo lo que se quisiera decir. Mas era también una razón de peso para dejar a Siria al margen del asunto. Sin embargo, tras larga discusión, el gabinete israelí decidió que no se podía confiar en los rusos y que a Israel jamás se le volvería a presentar la oportunidad de barrer la amenaza del formidable muro occidental sirio. Las tropas israelíes debían demostrar a sus vecinos que incluso con el asesoramiento, la dirección y el equipo rusos, Israel podía vencerlos.

A las seis de la tarde, hora de Jerusalén, se enviaron órdenes en tal sentido, y los soldados de Israel comenzaron a concentrarse para la ofensiva. En el Norte, dos de las brigadas acorazadas que habían combatido a los jordanos formando parte de la *Ugda* de Peled, y la brigada paracaidista que había entrado en acción con Uzi Narkiss, fueron puestas bajo el mando del general de brigada David Elazar. La brigada de infantería que había realizado un movimiento de finta al Sur, hacia el Jordán, el martes, y que se reagrupó al Sur del mar de Galilea, también quedó a las órdenes de Elazar. Como asimismo una de las últimas brigadas de la reserva, que todavía no había entrado en fuego y que se concentró cerca de Givat Haem, en el Norte. Los tres batallones de infantería mecanizada de la famosa brigada Golani, mandados por el coronel Yona, y otra brigada de infantería completaban la fuerza que iba a romper las defensas sirias. Sus efectivos totales ascendían a unos veinte mil hombres y 250 carros, casi tantos como los sirios.

Las órdenes de Elazar fueron simples. Los blindados sirios serían atraídos a la batalla, la planicie del Golán sería ocupada y se destruiría la artillería que había hostilizado a los israelíes durante los dos años pasados. Se iba a forzar la apertura de la carretera a Damasco para demostrar a los sirios

General de brigada David Elazar.

Sherman israelíes entran en acción en los altos del Golán.

Kuneitra.

que las ventajas topográficas no garantizaban su inmunidad. Una vez que se alcanzaran estos objetivos, la ofensiva se detendría; Israel probaría su magnanimidad en la victoria.

El plan israelí era audaz, pero extremadamente convencional. El ataque tendría lugar en cuatro frentes, dirigiendo la penetración principal contra el sector septentrional, donde el terreno cobraba mayor dureza y las posiciones sirias serían defendidas con menos energía. La brigada Golani, que, con dos compañías Shermans, fue designada para esta tarea, tenía como objetivo las lomas de Banias. Todavía en el sector del Norte, pero ligeramente al Sur de la operación de la brigada Golani, una de las brigadas acorazadas se abriría paso, partiendo de Kfar Szold, a través de la primera línea de defensas sirias, para apoderarse de Zaoura. Se dirigiría entonces al Sudoeste y rompería la segunda y tercera línea de las posiciones enemigas con el fin de conquistar la ciudad de Kuneitra, donde los sirios tenían su cuartel general. Estos ataques eran complementarios. En el sector central, una de las brigadas acorazadas que había vuelto de Jordania iba a atacar hacia Rawye, una vez que la infantería hubiese abierto una senda para los carros. Cuando éstos avanzaran, los infantes los seguirían y explotarían el éxito hacia Dardara, localidad en la carretera inferior a Kuneitra. En el sector centro-meridional, la infantería marcharía desde Almagor y por el lado oirental del mar de Galilea. Y, por último, en el mismo Sur, la brigada paracaidista de Jerusalén irrumpiría en la llanura del Golán cerca de Tel Kazir. El propósito principal de todas estas operaciones consistía en la toma de Kuneitra.

La iniciación de los ataques terrestres se fijó para las siete de la mañana del viernes (el quinto día); desde el alba de ese día hasta que entró en

Avance de los blindados en el frente Norte.

vigor el alto el fuego, a las seis y media de la tarde del sábado, los aviones israelíes castigaron las posiciones sirias. Sus bombas hicieron poco daño en los fortines de piedra y hormigón, y el "napalm" arrojado se canalizó sin riesgo por los desagües de tubería que los sirios habían acoplado providencialmente a la parte superior de sus defensas. Pero muchos de los defensores quedaron conmocionados por la explosión de las bombas, y quebrada su moral por la continuidad y persistencia de los ataques israelíes. Los zapadores de Israel comenzaron a abrir caminos por los campos de minas antes de las primeras luces. Hacerlo así en sus propios campos minados resultó mucho más difícil que en los de los sirios. En esta parte de la frontera, las lluvias arrastran muchas minas, por lo que periódicamente hay que resembrar los campos. Los israelíes lo habían hecho a conciencia, pero sus enemigos no se molestaron demasiado, por lo que había grandes claros en su cinturón de minas. Como preparación de su avance a Tiberiades y Tel Aviv, los sirios también habían retirado muchos de los explosivos sembrados en torno al puente Beni Yakov, al otro lado del Jordán.

La primera unidad israelí que cruzó la frontera siria fue la brigada acorazada que escaló las alturas en dos columnas desde las cercanías de Kfar Szold. Al atravesar la tierra de nadie en los dos lados de la divisoria, la artillería siria abrió un intenso fuego de barrera, y aunque la aviación israelí castigó los cañones, hubo muchas bajas entre hombres y vehículos. En la frontera, ocho explanadoras entraron en acción para limpiar las minas que los zapadores no habían conseguido alcanzar; cinco de las máquinas quedaron inutilizadas antes de que las columnas acorazadas rebasaran el campo minado.

Pasaron nueve horas hasta que los carros alcanzaron la cresta, y en toda la acción los israelíes sufrieron graves pérdidas. Entre tanto, la brigada Gola-

Una ametralladora israelí, cubierta por un fusilero, dispara contra los defensores sirios.

ni no cruzó la frontera hasta las dos de la tarde. Los cañones sirios habían sembrado el pánico en las fases iniciales del ataque y, cuando la infantería alcanzó la primera línea de posiciones sirias, los defensores sólo pudieron ser expulsados tras una dura lucha cuerpo a cuerpo en el interior de las posiciones. Fortificaciones como la de Tel Azzaziat habían adquirido ya notoria reputación por los numerosos incidentes fronterizos ocurridos en años anteriores. El combate duró allí hasta las seis y media de la tarde, y, junto con la de la Colina de las Municiones, se considera esta batalla como una de las dos más disputadas y costosas de toda la guerra. Cuando terminó, sesenta sirios habían perdido la vida y otros veinte fueron hechos prisioneros; los israelíes tuvieron treinta muertos y unos setenta heridos.

A unos quince kilómetros al Sur, carros AMX cruzaron la frontera a mediodía. No contaban con apoyo de infantería, y cogieron por sorpresa a los sirios. Cuando éstos quisieron pedir protección artillera, los carros se hallaban ya en posiciones avanzadas en la primera eresta de la llanura. Infantes y explanadoras llegaron en una segunda oleada para abrir paso en las alambradas e improvisar un camino utilizable por los vehículos con ruedas. Entonces vino la tercera oleada, integrada por infantería en autobuses, camiones y furgones de mudanzas. Presa del pánico, los sirios pidieron por radio la ayuda de sus carros; al hacerlo, revelaron a los israelíes la localización de los blindados, puesto que los hebreos estaban a la escucha en las frecuencias sirias. Se pasó la información a la Fuerza Aérea de Israel, y los carros de combate de Siria nunca llegaron.

El viernes por la tarde los israelíes habían establecido una cabeza de puente, de ocho kilómetros de anchura, en la cima de la escarpadura del Golán, entre Zaoura y Kala, y penetrado la pared septentrional del muro defensivo sirio en otros cinco sitios. Cuando cayó la noche se hallaban en las afueras de Masada. Pero no había sido un día fácil para ellos. No habían tenido tanto éxito como esperaban, y su plan llevaba retraso. Problemas de organización, preparación, reconocimiento, información y reabastecimiento resultaron más difíciles de lo que se creía. Lo mismo pasó con el terreno, y los sirios habían mostrado una resistencia inesperada, aguantando y rechazando los ataques hasta que sus posiciones eran aplastadas físicamente.

Durante aquella noche, la primera con luna llena y el Sabbath para los israelíes, los hombres de Elazar se reagruparon y esperaron un contraataque que nunca llegó, mientras los he-

Un carro de fabricación rusa y otros vehículos de guerra inutilizados en la zona de los altos del Golán.

Los israelíes entran en Kuneitra.

licópteros aterrizaban en las zonas de vanguardia y recogían a los heridos. La ofensiva se reanudó al amanecer en los cuatro sectores del frente. Desde Zaoura y Rawye, columnas acorazadas partieron para Kuneitra, mientras una tercera fuerza tomaba el rumbo Sudeste, hacia Boutmiya.

Los sirios ofrecieron una enérgica resistencia hasta alrededor de mediodía. Luego, sus esfuerzos empezaron a debilitarse, y los israelíes ocuparon una posición tras otra. Desde Banias, en el Norte, a Tawafik, en el Sur, los soldados se desbandaban. La disciplina había desaparecido, y la moral se desintegró. La pugna se había convertido en una derrota cuando los blindados de Israel salieron en persecución de los sirios. Los carros y las posiciones que no habían sido abandonados fueron destruidos sobre la marcha, y a las dos y media de la tarde los israelíes entraban en Kuneitra. Era una ciudad fantasma, donde los carros aparecían vacíos, con los motores en marcha y las radios funcionando. Dejando las operaciones de limpieza a la infantería de la brigada Golani, las fuerzas acorazadas de Israel tomaron el camino del Sur, hacia Boutmiya.

Mientras tanto, la resistencia siria en el Sur también se había derrumbado; cuando los israelíes avanzaron para atacar la cordillera fortificada que se extendía desde Tawafik, a través de Kfar Hareb, hasta El Al, se descubrió, a las dos de la tarde, que las defensas estaban vacías. Parecía que la derrota siria era completa. Sin embargo, como se ignoraba si las localidades y posiciones situadas detrás del cinturón defensivo habían sido abandonadas, se decidió llevar a cabo un avance rápido. Se envió un helicóptero a practicar un reconocimiento, y cuando informó que todas las alturas del Golán parecían vacías, una fuerza de paracaidistas embarcó en helicópteros y se trasladó a los puntos clave por delante de los carros y la infantería. Mientras blindados e infantes avanzaban por el áspero terreno al Este y al Norte, hacia lo que iba a convertirse en la línea de alto el fuego, los helicópteros conducían a los paracaidistas más y más adelante, hasta que por último tomaron tierra en la desierta encrucijada de Boutmiya. Allí, en este nudo de comunicaciones, hubo una reunión de paracaidistas, de carros de Kuneitra, de carros de Dardara, de carros de Kfar Harib, de carros e infantería de Tel Kazir.

A las seis y media de la tarde, cuando entró en vigor el alto el fuego, los israelíes dominaban por completo las alturas del Golán y conducían sus vehículos en torno a las desiertas orillas orientales del mar de Galilea como si se hallaran en la avenida Dizengoff, en el corazón de Tel Aviv. La carretera de Damasco estaba abierta y, a un coste de 152 muertos y 306 heridos, los israelíes habían conseguido todo lo que se habían propuesto. La guerra había terminado.

Despojos de guerra en las cercanías del mar de Galilea.

Guerra en el mar

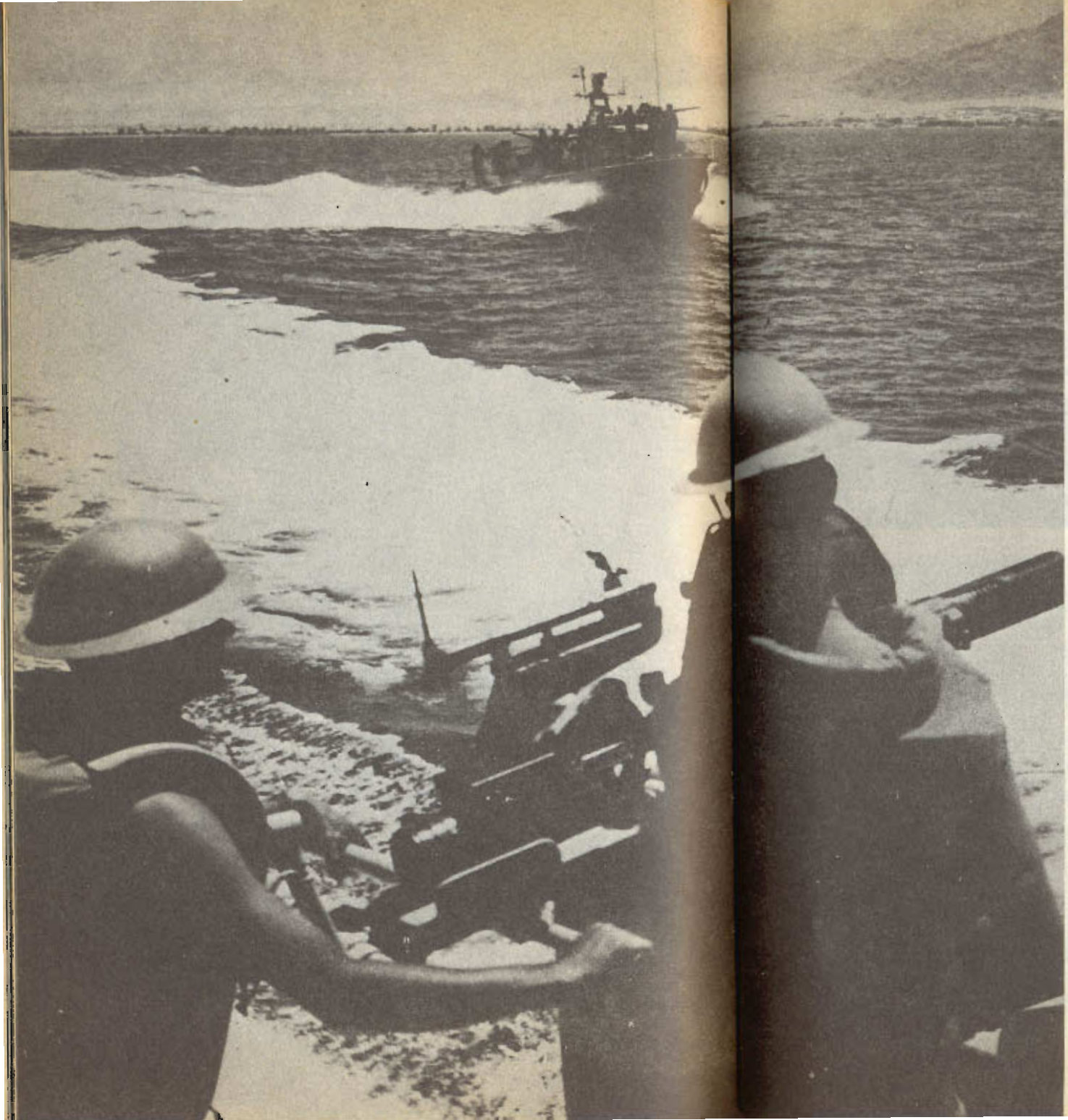
La victoria de Israel se ganó en el aire sobre Egipto y en los campos de batalla del Sinaí, Jerusalén y las alturas del Golán. En el mar, las armadas de Israel y de Egipto entraron en acción, pero sus logros no revistieron espectacularidad y tuvieron una influencia relativamente pequeña. Aparte del desembarco de una dotación de marineros en Sharm El-Sheikh, el miércoles 7 de junio, las operaciones navales israelíes se limitaron a dos salidas contra bases egipcias y a acciones contra tres submarinos. Un ataque conjunto aéreo y naval sobre El Arish, proyectado para su ejecución la primera noche de la guerra, fue suspendido, en parte porque Jordania se había unido a la lucha y en parte también porque las tropas de Tal tuvieron más éxito de lo que se esperaba. Por ello, la Armada de Israel tenía menos oportunidades de entrar en acción. Sin embargo, podía compartir con la Fuerza Aérea el mérito de que, en todo el curso de las hostilidades, el largo y vulnerable litoral israelí se viera libre de bombardeos.

Al caer la noche del 5 de junio, una flotilla israelí salió de su base y navegó por la costa del Sinaí hacia Port Said. El jefe de la flotilla sabía que la Fuerza Aérea de la RAU había dejado virtualmente de existir, mientras que el comandante en jefe de la Armada egipcia, contraalmirante Soliman Izzat, se hallaba felizmente ignorante de tal hecho. Como el Alto Mando de la RAU no se había atrevido aún a revelar a Nasser todo el alcance del desastre, no es nada sorprendente que se dejara a Izzat en un desconocimiento absoluto de la situación. No tenía razones para dudar de las extravagantes declaraciones difundidas por Radio El Cairo; y, por tanto, confiaba plenamente en que la mera existencia de la Fuerza Aérea de la RAU impediría cualquier acción ofensiva de la Armada de Israel en aguas egipcias.

Consecuentemente, los egipcios no esperaban a la flotilla israelí, que llegó a quince millas de Port Said antes de que se produjera cualquier reacción de la RAU. Los marinos de Israel avistaron entonces dos embarcaciones de patrulla de la clase soviética "Osa" (código OTAN) que se dirigían hacia ellos a gran velocidad. Cuando los patrulleros egipcios estuvieron a menos de una milla de distancia y acercándose rápidamente, un destructor israelí abrió fuego. Se observó que hizo algunos blancos en los buques de la RAU, que viraron para buscar refugio en Port Said.

Esta acción constituyó un mero incidente para la operación principal israelí, que entonces continuó. Primero en Port Said y después en Alejandría, dos equipos de buceadores de combate llegaron a tierra con órdenes de causar el mayor daño posible a navíos e instalaciones navales de la RAU. Cuatro de las patrulleras "Osa" y tres fragatas se hallaban, según informes, en Port Said, y los israelíes confiaban en poner fuera de combate a algunos, si no a todos los mencionados buques. Al final, los buceadores lograron penetrar en el puerto, pero no consiguieron encontrar ninguno de los barcos que buscaban. Un par de petroleros cargados se les ofrecían como objetivos de consolación; mas los israelíes decidieron que, si los volaban, la explosión resultante probablemente no sólo devastaría la zona de muelles. Así que regresaron al punto de cita con las embarcaciones que los llevarían de regreso a la base. Su misión, ejecutada

Buceadores de combate israelíes.

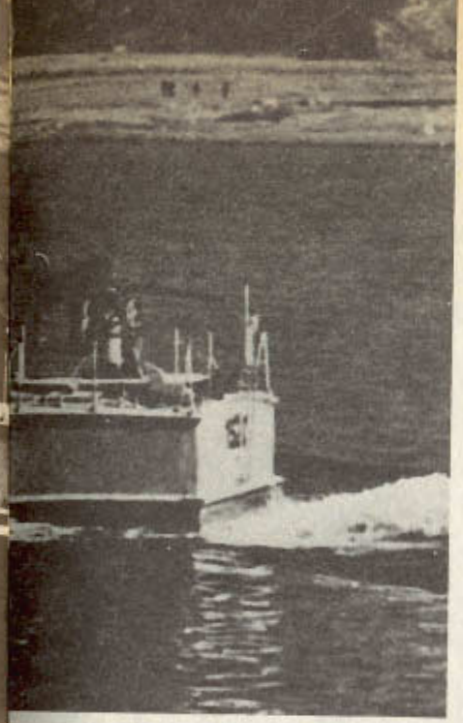


eficazmente pero nada espectacular por no haber alcanzado su objetivo, no resultó un éxito.

La otra operación arrojó mejores resultados, pero los hombres que participaron en ella tuvieron menos suerte. Llevados en submarino a un punto a la altura de la base naval de Ras El Tin, seis buceadores de combate israelíes remaron hacia la costa en una pequeña balsa y lograron penetrar en el fondeadero principal. Allí causaron daños en cierto número de buques y hundieron algunos, entre ellos una embarcación cohetera de la elase "Osa". Una vez completada su tarea, los buceadores trataron entonees de volver al punto donde se suponía les recogería el submarino que los había traído a Alejandría. Como llegaron tarde a dicho punto, los seis hombres tuvieron que esperar hasta la noche siguiente, cuando volvería el submarino si ellos no se habían presentado la primera vez. Según los israelíes, el submarino volvió y esperó las dos noches, mientras que los egipcios anunciaron haber detectado al submarino poco después de que desembarcara a los buceadores, y disparado contra él. Confiando en que regresaría, tenían también una fuerza naval esperando su retorno; pero el submarino no apareeió. Por último, los seis marineros israelíes fueron capturados el martes por la tarde, siendo posteriormente repatriados cuando la guerra terminó.

Mientras tanto, lo flotilla israelí que llevó a los buceadores a Port Said se babía retirado de las aguas territoriales egipcias. La Fuerza Aérea de la RAU aún disponía de algunos aviones en condiciones operativas, y el general de brigada Erell no quería que se cogieran a sus barcos desprevenidos. Tan pronto como los egipcios se dieron cuenta de que la fuerza que bloqueaba su puerto se había retirado, los buques que los buceadores habían estado buscando se deslizaron hacia el Oeste, a lo largo de la costa en dirección a Alejandría. Este puerto constituía un refugio comparativamente seguro, pero los patrulleros de la RAU no se hallaban en situación de salir a bombardear la costa israelí y volver después a puerto sin temor a represalias. Su radio de

Lanchas rápidas de la Armada israelí en el estrecho de Tiran.



Patrullero israelí en el estrecho de Tiran.

acción estaba limitado por el combustible que podían llevar, y el reabastecimiento en el mar a la luz del sol les haría muy vulnerables para los aviones de Israel. Sólo partiendo de Port Said podían las "Osas" alcanzar el litoral israelí y volver a su base durante las pocas horas de obscuridad.

El miércoles y el jueves, los israelíes localizaron submarinos cerca de Rosh Hanikra, próximo a la frontera entre el Líbano e Israel, y Haifa. Los destructores israelíes atacaron y los navíos enemigos se sumergieron. Las manchas de petróleo que aparecieron después en la superficie indicaban que los submarinos habían sido averiados, si no hundidos. Quizá la faceta más interesante de la acción en aguas de Haifa fuera la subsiguiente negación por parte de Egipto de que hubiera submarinos suyos cerca de Haifa o en la costa septentrional de Israel durante las hostilidades.

Otra misteriosa baja de la guerra fue el buque de comunicaciones *Liberty*, de la Armada de los Estados Unidos, un carguero modificado y atestado de equipo electrónico. Cuando navegaba a cinco nudos con rumbo Oeste-Noroeste, a unas doce millas de la costa del Sinaí el *Liberty* fue avistado por dos partulleros israelíes en la tarde del jueves. Creyendo que se trataba de un buque egipcio camuflado, el jefe de la pequeña flotilla dio cuenta por radio de sus conclusiones, y socilitó apoyo aéreo. El mensaje pasó puntualmente al centro de operaciones de Israel en Jerusalén, donde se transmitían y coordinaban todas las peticiones de cobertura aérea, y se pidió a las patrulleras que echaran otro vistazo al *Liberty* y confirmaran que se trataba de un buque enemigo. Sí, dijo la respuesta. Probablemente era el navío de abastecimiento egipcio *El Quesir*... pero existía la posibilidad de que pudiera ser un barco soviético. Mientras tanto, las embajadas de los Estados Unidos y la URSS en Tel Aviv fueron interrogadas acerca de si tenían algún

El golfo de Akaba. Un helicóptero sobrevuela un emplazamiento artillero destruido.

El buque de «investigación técnica» Liberty, de la Armada de los Estados Unidos, muestra los daños causados en las pasadas de ametrallamiento y, en su casco, el agujero abierto por un torpedo.

buque operando en la zona en que se había avistado al navío sospechoso; ambas contestaron que no.

Así que se autorizó un ataque y, poco después de las dos de la tarde, despegaron tres Mirages para entendérselas con el *Libetry*. Llegando por la banda de estribor, barriendo el buque norteamericano con fuego de cañón y ametralladora, acribillando su casco y superestructura en media docena de pasadas. Cuando los aviones se retiraron, las patrulleras israelíes tomaron posiciones más próximas. Se dirigieron al *Liberty* disparando todas sus ametralladoras y lanzando dos torpedos. Uno de éstos dio en el blanco y abrió una brecha en el buque norteamericano, a la altura de la crujía y por debajo de la línea de flotación. Treinta y cinco minutos después, el ataque israelí terminó tan abruptamente como había empezado. La bandera que ondeaba en el palo del *Liberty* había desaparecido durante las pasadas de ametrallamiento, pero desde las patrulleras se había podido apreciar el letrero en inglés en la popa del barco y la "enseña de pertenencia" que habían izado para reemplazar la bandera perdida.

Una vez que comprendieron su error, los comandantes de las patrulleras ordenaron que sus naves se situaran a popa del *Liberty*, al que hicieron señales para preguntar si necesitaba ayuda; cuando comunicaron a tierra lo que había pasado, se puso un helicóptero israelí a disposición del agregado naval norteamericano. Este voló hasta el *Liberty*, pero se le negó el permiso para subir a bordo, y tuvo que regresar a Tel Aviv tras arrojar su tarjeta de visita al puente del barco atascado. Rehusando todos los ofrecimientos de ayuda de los israelíes, el comandante del *Liberty*, capitán de fragamata William McConagle, ordenó reparar provisionalmente el costado de su buque y puso proa al Norte. El barco escoraba mucho a estribor, pero sus compartimientos estancos lo mantenían a flote. A su debido tiempo se le unió el crucero *Little Rock*, que le escoltó hasta Malta, donde entró en dique seco para ser reparado.

En el curso de esta acción perdieron la vida 34 oficiales y marineros del *Liberty*, y otros setenta resultaron heridos. Como era de esperar, hubo una gran controversia acerca del incidente. Israel presentó sus disculpas y se ofreció pagar una compensación plena, diciendo que se había confundido al buque con un navío egipcio. Los Estados Unidos aceptaron las disculpas, pero se estableció un tribunal de encuesta secreta para investigar. El que un complejo "buque espía" norteamericano estuviese navegando tan cerca de una zona de guerra es una cuestión que jamás ha sido aclarada públicamente. Al no haber explicaciones oficiales, han proliferado todo género de teorías. Quizá la más interesante, si no la más ofensiva, de éstas sea que los israelíes atacaron al *Liberty* porque habían captado comunicaciones que probaban que Israel había empezado la guerra. Otra señalaba que se vio la bandera norteamericana del barco antes de que los Mirages comenzaran su ataque, pero se pensó que se trataba de un ardid árabe.

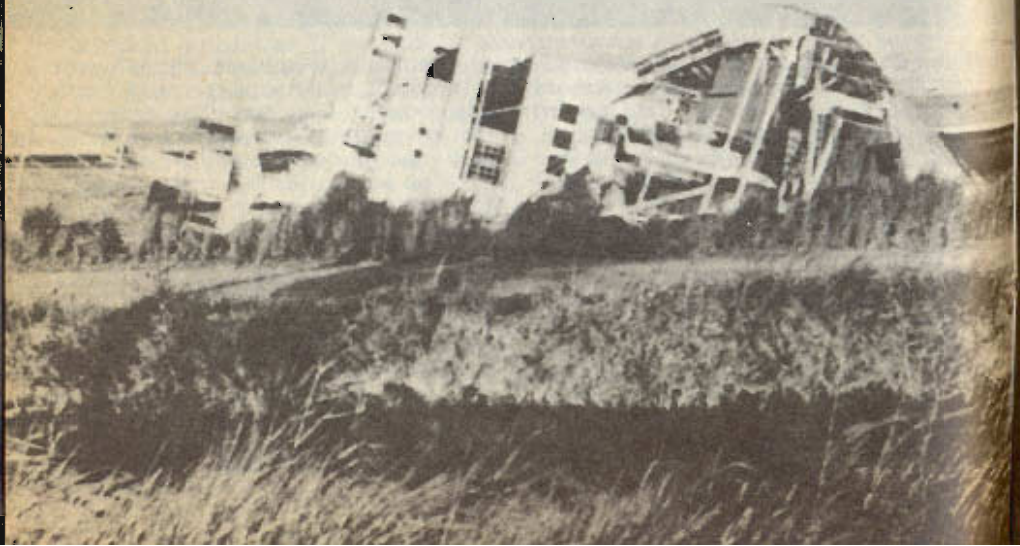
Por irónico que parezca, el tribunal de encuesta informó que, en la mañana del ataque, el Estado Mayor Conjunto había ordenado que el *Liberty* se alejara aún más de la costa "aunque tal maniobra degradara parcialmente su misión", cualquiera que ésta fuese. Más todavía, sólo tres días antes habían preguntado los israelíes al Pentágono qué buques estadounidenses se hallarían en la zona la semana siguiente. Debido a cualquier enredo, no obtuvieron respuesta; ello refuerza la posterior creencia de Israel de que no había buques de los Estados Unidos operando en la zona y que, por tanto, el *Liberty* debía ser un navío egipcio que izaba bandera norteamericana para acercarse a bombardear El Arish, localidad que había sido conquistada por los israelíes. Los únicos hechos claros acerca de este misterioso episodio son las tristes cifras de bajas.

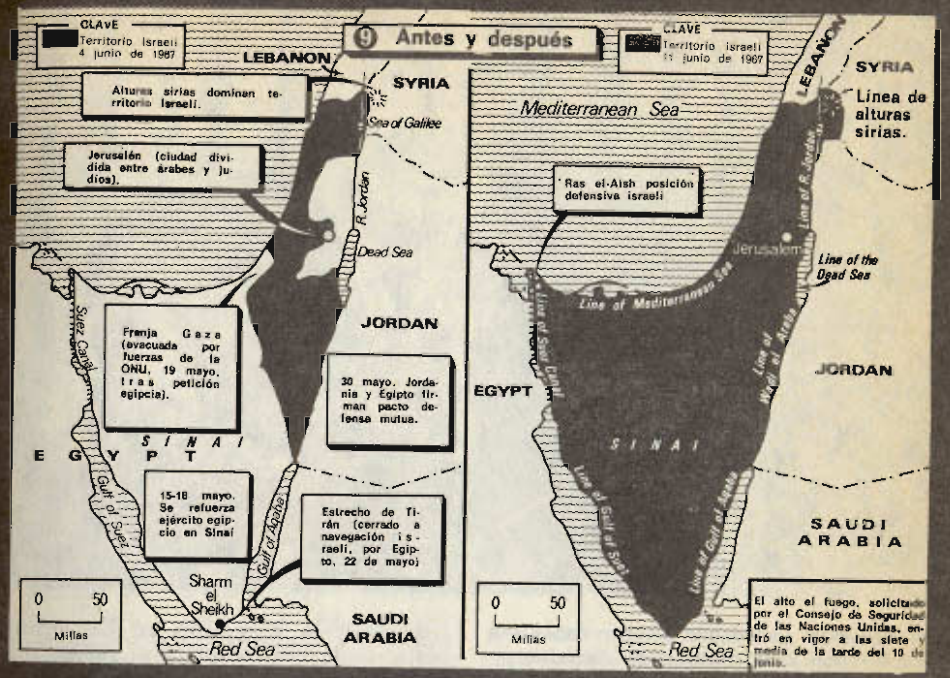
Consecuencias

Egipto aceptó finalmente el llamamiento hecho por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para un alto el fuego en la tarde del jueves 8 de junio, y el presidente Nasser se dirigió por radio y televisión, el 9 de junio, al mundo árabe. No había hecho declaración pública alguna desde el comienzo de la guerra. La única voz oficial había sido Radio El Cairo, difundiendo los optimistas comunicados del Alto Mando de la RAU y la fatua retórica de comentaristas que aún alardeaban de victorias árabes en un momento en que el Ejército egipcio va no era capaz de defender el canal de Suez y el camino a El Cairo estaba abierto. Los árabes podían haber sabido la verdad a través de emisoras extranjeras, pero, hasta que los restos de su ejército no empezaron a regresar, el público egipcio no principió a comprender toda la amplitud del desastre. Así, cuando Nasser anunció el alto el fuego tras su largo silencio, la noticia provocó una conmoción. La gente se mostraba sorprendida y encolerizada por el hecho de que el Ejército hubiera abandonado la lucha tan pronto. A pesar de las acusaciones en el sentido de que norteamericanos y británicos habían prestado apoyo aéreo a los israelíes, ya no se disponía de la excusa de 1956, la de que Egipto había tenido que hacer frente a un ataque de dos grandes potencias, además de Israel.

Fue la hora más sombría de Nasser, porque la derrota era bastante peor que en 1956. Las tropas israelíes no sólo habían ocupado la totalidad del Sinaí, sino también la margen oriental del canal de Suez, por cuyo dominio había corrido Egipto tantos riesgos y en cuyo desarrollo había realizado tantos esfuerzos. Los aliados de

El canal de Suez aparece bloqueado por los cascos de buques destruidos durante la lucha.





Un cansado presidente Nasser habla por la televisión para anunciar su dimisión.

la RAU se habían venido abajo, y la labor de quince años de Nasser —salida de todas las fuerzas extranjeras del país, control del canal de Suez y restablecimiento de la autoconfianza en el mundo árabe—, parecía haber llegado a la ruina en unos pocos días desastrosos. Ahora, el mundo islámico se enfrentaba a las perspectivas de una humillante capitulación, porque no había esperanza, como en 1956, de sacar victorias diplomáticas de una derrota militar. La opinión mundial ya no estaba tan abrumadoramente del lado de Egipto, como lo había estado once años antes.

La imagen de preguerra de Israel como una fortaleza asesiada, amenazada por un anillo de hostiles ejércitos árabes inclinados no sólo a conseguir su derrota, sino a la verdadera aniquilación de su pueblo, había conquistado a los israelíes amplias simpatías internacionales, especialmente en Europa y en los Estados Unidos. También en otros países, en Asia, Africa, Iberoamérica e incluso en los comunistas de la Europa oriental, había ahora mayor cordialidad hacia los hijos de Israel, a los que se consideraba que sólo habían hecho defenderse tras una provocación irrazonable. Más aún, por las discrepancias entre sus amenazas y su actuación, los árabes habían provocado la mofa del mundo. En el transcurso de los siglos, los judíos han aprendido a hacer brotar la risa de casi cualquier acontecimiento, tribulación o triunfo. Al final de la guerra, la gente bromeaba acerca de la "guerra relámpago" israelí, en la que había participado un regimiento distinguido al que se daba el nombre de Lanceros del Buñuelo. En *The New York Times*, un anuncio a toda plana recomendaba "Visitar Irrael y Ver las Pirámides". El humorismo oficioso de esta naturaleza daba lustre a la propaganda inspirada oficialmente por Israel, la cual subrayaba la pobre actuación de los soldados árabes, en particular de los egipcios.

Frente a esta situación, no resulta sorprendente que Nasser estuviera al borde de un gran desequilibrio nervioso y físico, y fue un hombre demacrado y aparentemente hundido el que se presentó ante las cámaras de televisión el día 9 de junio de 1967. "No podemos ocultar el hecho de que hemos sufrido un grave retroceso en los últimos días", dijo a su auditorio. El plan enemigo para invadir Siria había sido la causa de la guerra, señaló, agregando: "El deber de Egipto ha sido no aceptar esto en silencio." Los Estados Unidos y la Unión Soviética habían insistido en que Egipto se abstuviera de la violencia. Pero el enemigo había asestado un golpe más fuerte de lo que se esperaba, lo que demostraba que "había otras fuerzas detrás de él que venían a arreglar sus cuentas con el Movimiento Nacionalista Arabe." Nasser declaró después que estaba dispuesto a asumir la plena responsabilidad del "retroceso". Había decidido abandonar todos sus puestos oficiales y cualquier papel político, para convertirse en un ciudadano común y corriente. Iba a entregar, dijo, la más alta magistratura de Egipto al vicepresidente Zacharia Mohieddin. "Las fuerzas del imperialismo", agregó, "se imaginan que Abdul Nasser es su enemigo. Deseo aclarar que su enemigo es la nación árabe entera y no Gamal Abdul Nasser."

Si el discurso del líder egipcio estaba encaminado a tornar la ignominia en triunfo personal, desde luego que dio resultado. Tan pronto como le oyeron anunciar su dimisión, la gente de El Cairo empezó a abandonar sus casas gritando su deseo de que Nasser continuara. Entre sollozos, muchos hombres recorrían las calles gimiendo: "Nasser, Nasser. No nos dejes. Te necesitamos." Millares de personas se trasaladaron a la capital en coche, tren y autobús para unirse a las multitudes que se agolpaban a lo largo de los ocho kilómetros que separaban la residencia de Nasser del centro de El Cairo. En Argelia, las masas que habían vociferado: "¡Linchad a Nasser!", cambiaron súbitamente de letra. Desde Damasco, el presidente Aref telefoneó a El Cairo pidiendo a Nasser que reconsiderara su decisión; en el Líbano, el presidente Helou se vino, al parecer, abajo, y lloró cuando supo que el líder egipcio pensaba dimitir. Desde Bagdad a Beirut, grandes multitudes de árabes se manifestaron, entre lágrimas, en favor de la continuidad del presidente de la RAU. Casi todas estas demostraciones de apoyo mostraban un ángulo antinorteamericano y antibritánico; la mayor parte de tales sentimientos se expresaron gritando ciertos *slogans*; pero, en Beirut, las masas incendieron una planta embotelladora de Coca-Cola, porque pertenecía a los "imperialistas de los Estados Unidos".

Mohieddin, designado por Nasser como sucesor suyo, pero no aceptado.

Si, como ahora parece problable, un grupo de altos jefes del Ejército egipcio conspiraban para deponer a Nasser, sus probabilidades de éxito eran muy pequeñas. Zacharia Mohieddin, al que se tildaba de pro-norteamericano, anunció a toda prisa que rehusaría hacerse cargo de la Presidencia; el gabinete egipcio decidió no aceptar la dimisión del presidente de la RAU, y la Asamblea Nacional hizo lo mismo. Como probablemente había calculado siempre, el líder egipcio pudo decir: "Me inclino ante la voz del pueblo", retirar la dimisión y continuar en su puesto.

Los otros líderes políticos árabes también lograron sobrevivir inmediatamente a raíz de la guerra. Al igual que Nasser, el rey Hnssein hizo por radio un juicio del conflicto; sin embargo,

Los sentimientos populares impiden el cese de Nasser: aquí, miembros de la Asamblaa Nacional piden que continúe en su puesto.

a diferencia del presidente de la RAU, no presentó disculpas ni ofreció excusas, y empleó un lenguaje sin acaloramiento, para explicar la derrota de Jordania. Israel había vencido, dijo, "con fuerza abrumadora... Es evidente que aún no hemos aprendido lo suficiente en cuanto al empleo de las armas modernas". Entre todas las fantasías, decepciones y confusiones que inundaron el mundo árahe en la estela de la guerra, la voz del monarca jordano fue la más realista. Su país había luchado con la máxima energía y perdido más que nadie, pero la reputación personal de Hussein en Jordania y en el mundo árabe era más alta que nunca. En Amman, una multitud que le aclamaba convergió sobre su Cadillac, lo cogió y lo llevó unos metros para demostrar su lisonja.

Asombrado sobre toda medida, el mundo árahe parecía incapaz de comprender el desastre sufrido. Ya no podía hacer la guerra, pero rehusaba concertar la paz; había perdido sus ejércitos, más se hallaba desesperadamente decidido a no perder el prestigio. En todo el Islam, los santones musulmanes proclamaban impíos los productos norteamericanos y británicos. "La derrota sólo existe para los que la admiten", decía el periódico semioficial cairota *Al Gumhuria* una semana después de la guerra. "Nosotros no la admitimos". Dos semanas más tarde, otro diario de El Cairo, *Al Ahram*, manifestaba a sus lectores: "La batalla continúa todavía. La victoria es nuestra". En Damasco, letreros recién pintados en los muros de los edificios prometían: "Destruiremos al enemigo". En Beirut y en El Cairo, los árabes pedían que el nombre de Universidad Norteamericano fuera cambiado por el de Universidad Palestina, y Argelia hizo una lista de estrellas cinematográficas "pro-sionistas", entre las que figuraban Sofia Loren, Elizabeth Taylor y Harry Belafonte, y prohibió sus películas. Masas libias destruyeron depósitos de vinos y licores como símbolo del "imperialismo" norteamericano, y el rey Idris exigió que los Estados Unidos abandonasen su base aérea de Wheelus. Egipto y Siria cerraron sus puertos a los buques británicos y norteamericanos; estibadores sudaneses e iraquíes se negaron a descargarlos. Sin embargo, tras estos ejercicios de extendido solipsismo, había abundantes pruebas de las realidades de la derrota. Lo que quedaba de Jordania fue invadido por enjambres de refugiados de la margen occidental; la población normal de Amman, de unos trescientos mil habitantes, se vio aumentada por cien mil personas más, la mayoría de las cuales llegaban hambrientas y desvalidas. Aunque, con la mayor rapidez, se acomodaron escuelas, mezquitas y edificios públicos para proporcionar alojamiento a los refugiados, millares de ellos no tenían a donde ir. Robaban alimentos, que rápidamente escasearon y alcanzaron precios disparatados. El gobierno de Hussein estableció dos campos para refugiados, y otras naciones árabes enviaron suministros de urgencia: alimentos, ropas y dinero. Pero éstos apenas bastaban, y los problemas de organización y distribución se exacerbaban por la ineficacia y los celos nacionles. Por ejemplo, Siria detuvo un convoy libanés por espacio de doce horas y luego le permitió continuar a Amman.

El Cairo presentaba otro sombrío cuadro de confusión, histeria y desencanto. Inmediatamente a raíz de la guerra se dobló la guardia en los puentes del Nilo, y los edificios gubernamentales y las instalaciones importantes. Periódicas alertas de ataque aéreo obligaban a la gente a guarecerse en los refugios, y las autoridades egipcias publicaron una advertencia señalando que los relojes, paquetes de cigarrillos y estilográficas encontrados en las calles eran probablemente "trampas para bobos" arrojadas por los aviones israelíes. Como no se disponía de información respecto a las bajas y a la extensión del desastre, los bazares de El Cairo hervían de rumores. Los soldados que volvían del Sinaí culpaban de su desgracia a sus oficiales, por lo que pasó mucho tiempo hasta que éstos pudieron aventurarse, vestidos de uniforme, por las calles de la capital sin correr el riesgo de que les escupieran a la cara.

En términos humanos y económicos, Jordania sufrió más que Egipto a causa de la guerra. La pequeña y valiente Legión Árabe de Hussein combatió con dureza, como lo prueban las cifras oficiales de bajas que señalaban 6.094 muertos de unos cincuenta mil soldados que lucharon en la orilla occidental. No se ha revelado el número

El aeropuerto de Beirut después de un ataque de represalia israelí (diciembre de 1968).

de heridos, pero se dieron por desaparecidos a unos cinco mil hombres, si bien algunos de éstos aparecieron más tarde entre los refugiados que lograron cruzar el río. Se perdieron en la contienda las tres cuartas partes de los carros de combate de Jordania y de sus piezas de artillería, y la Real Fuerza Aérea hachemita se quedó literalmente sin aviones. El costo fue aún mayor territorialmente hablando. Con la pérdida de la margen occidental marchó también la más rica fuente jordana de divisas extranjeras, estimadas en unos 35 millones de dólares anuales.

Egipto perdió por lo menos el 75 por ciento de su fuerza aérea, ochocientos de sus novecientos carros de combate —trescientos de los cuales fueron abandonados intactos— y enormes cantidades de otros vehículos. Los israelíes afirmaron también haber capturado cuatrocientos cañones de campaña, cincuenta piezas autopropulsadas y treinta cañones de 155 milímetros. Los rusos montaron un puente aéreo masivo para reemplazar algunas de estas pérdidas, pero la desilusión respecto a sus protegidos árabes bizo más lento este programa de rearme. La derrota islámica desprestigió diplomática y políticamente a los rusos y, con el canal de Suez fuera de servicio, se enfrentaron con problemas logísticos al tratar de convertir la Armada soviética en "insrumento de diplomacia" en el océano Indico. Nasser le había fallado a la URSS, y los rusos no tenían demasiadas ganas de reemplazar la totalidad del equipo perdido —valorado en más de mil millones de dólares—, prefirieron dar a los egipcios recursos para la defensa sin hacerles capaces de lanzar un ataque contra Israel.

Con la ocupación del Sinaí, Egipto perdió el veinte por ciento de su territorio, y su economía quedó en deplorable estado. La producción industrial se había hecho más lenta antes del comienzo de la guerra. Según ciertos cálculos, muchas de las nuevas fábricas trabajaban a menos de la mitad de su capacidad, debido a la falta de piezas de recambio y materias primas. Ahora, las cuatro fuentes principales de moneda extranjera estaban o bien enfermas, muertas, hundidas o en Israel. Como consecuencia de la contienda, el turismo, que ordinariamente suponía unos 78 millones de dólares al año, se había agotado; el canal de Suez, que proporcionaba a Egipto 260 millones de dólares anuales, se hallaba bloqueado por buques hundidos; y los pozos del Sinaí, que suministraban casi el ochenta por ciento del petróleo egipcio, se encontraban en manos israelíes. Al mismo tiempo, la cosecha de algodón, valorada en trescientos millones de dólares al año e hipotecada a la Unión Soviética, estaba amenazada por la peor plaga de gusanos registrada desde la Segunda Guerra Mundial.

Con la economía en un laberinto y la moral del Ejército egipcio en su nivel más bajo conocido, los mimados militares profesionales de Nasser hicieron de cabezas de turco. Once generales fueron destituidos, entre ellos los jefes del Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea y el mariscal Amer; centenares de jefes y oficiales fueron separados del servicio por deserción ante el enemigo. Los rusos, disgustados por el comportamiento del Ejército y la Fuerza Aérea de la RAU, insistieron en una completa reorganización militar a cambio de reponer el equipo perdido.

Condiciones similares se impusieron a Siria, que había perdido seis de sus MiGs, 110 de sus carros y casi la mitad de los demás vehículos blindados que poseía. El presidente Atassi y el partido "baathista" —en el poder— habían sido desenmascarados, y calificados de "tigres de papel", al haber abogado por la guerra total y limitado luego su ofensiva a meros bombardeos hasta que los israelíes se volvieron contra ellos. Por esa razón la Unión Soviética no tenía especial prisa en reemplazar el equipo perdido hasta que se llevara a cabo una purga en las fuerzas de defensa sirias. Este país había perdido también algún territorio, pero, al carecer de petróleo y de industria turística, sufrió mucho menos, en lo económico, que Egipto o

El rey Feisal de la Arabia Saudita.

Jordania. En realidad, la invasión israelí de Siria unió a los sirios y dio nueva vida al gobierno del partido Baath. Entre todos los estados árabes beligerantes, la actitud de Siria de "No habrá paz hasta que acabe el sionismo", ha sido la más extremada.

Las dos briagadas que el Irak envió a Jordania sufieron numerosas pérdidas en hombres y equipo, y la Fuerza Aérea israelí destruyó los diecisiete aviones iraquíes. Pero el régimen socialista moderado del presidente Aref salió de la contienda sin demasiadas cicatirces. Los problemas de Aref se derivaban menos de la guerra con Israel y de la economía de su país (el ochenta por ciento de los ingresos del Irak proceden del petróleo) que de las decisiones internas causadas por la minoría curda en el Norte y los musulmanes shiah en el Sur.

Aparte de los dos reactores Hunter que violaron el espacio aéreo israelí el martes 6 de junio, el Líbano no choco con Israel. Pero padeció subtancialmente las consecuencias de la guerra. Nadie esperaba que los libaneses

Numerosos refugiados pasan de los territorios ocupados a Jordania.

lucharan, pero su gobierno de coalición cristiano-musulmán tomó posturas beligerantes, expulsó al embajador norteamericano y rebajó la embajada de los Estados Unidos al rango de legación. Con el embajador marcharon los turistas, piedra angular de la vida económica del Líbano. Con la excepción de unos pocos diplomáticos árabes, los hoteles de lujo de Beirut estuvieron vacíos largo tiempo; incluso cuando los turistas empezaron a volver, su número se redujo grandemente, debido al hecho de que el sesenta por ciento del turismo de antes de la guerra se servía del Líbano como escala en su viaje a Jerusalén, y el acceso a la Ciudad Santa se hacía ahora a través de Israel. El Líbano padeció también como consecuencia de las actividades de grupos de guerrilleros del Movimiento de Liberación de Palestina, los cuales insistían en operar contra Israel desde territorio libanés. Después del conflicto, la Organización para la Liberación de Palestina pasó a ser dominada por grupos más militantes, uno de los cuales, el Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP), secuestró un avión de la línea aérea israelí El Al. La represalia de Israel no tardó en producirse, en forma de incursión contra el aeropuerto internacional de Beirut.

La Arabia Saudita no fue afectada por la guerra; las tropas que envió a Jordania no combaticron, y el rey Feisal se mantuvo bien apartado del teatro de operaciones. Al igual que el Irak, el petróleo es la base de la economía saudí, cuyo único perjuicio fue la prohibición, impuesta por los propios árabes, de exportar a Occidente. Cuando el efecto de este embargo, pérdida calculada en unos trescientos mil dólares diarios, comenzó a sentirse, fue levantado por resultar "estrecho de miras e injurioso para nuestra posición económica general". Mientras tanto, el rey y los príncipes continuaron enviando cuantiosos donativos a fin de colaborar en la adquisición de equipo nuevo para los maltrechos ejércitos de los otros estados árabes.

En el Sur de Arabia, tanto el Yemen como la nueva República Popular del Yemen del Sur, se aprovecharon temporalmente de la guerra, porque sus patrones árabes se vieron obligados a dejarlos sólos. La Guerra de los Seis Días fue la causa principal de la retirada de Egipto del Yemen, si bien la guerra civil en este último país continuó por poco tiempo en una escala algo menor.

Libia no se hallaba inmplicada directamente en la guerra, porque su ofrecimiento de tropas fue rechazado por Nasser. Pero el rey Idris, de setenta y siete años, demostró su apoyo a la causa árabe paralizando la producción de petróleo y pidiendo a los norteamericanos que abandonaran la base aérea de Wheelus y a los británicos que evacuaran sus basese militares en Tobruk y Bengasi, fue derrocado por un golpe militar pro-nasserista en 1969.

Argelia, en la periferia del mundo árabe, apenas resultó afectada por el conflicto, ya que no hubo implicación y la lucha parecía demasiado remota. Sin embargo, a raíz de la guerra, el presidente argelino, Huari Bumedian, puso rápidamente en claro que estaba deseando substituir a Nasser como nuevo jefe de la izquierda árabe. Nasser había mantenido una estrecha relación con el ex presidente Amed Ben Bella, a quien Bumedian derribó, y los lazos entre Egipto y Argelia nunca habían sido cordiales o íntimos desde entonces.

Más aún, Bumedian quería atraer la ayuda soviética a Argelia. Cuando marchó a Moscú en el verano de 1967, el presidente argelino fue el primer líder árabe que realizó una visita de alto nivel a la Unión Soviética desde la derrota islámica. El presidente Attasi, de Siria, que también tenía aspiraciones al liderazgo árabe, le siguió rápidamente. Pero ninguno de los dos disponía del suficiente apoyo popular para amenazar la jefatura de Nasser y, hacia fines de 1969, Bumedian pareció haber perdido interés. Desde entonces, la actitud de Argelia hacia los asuntos árabes ha sido una de interés distante, que casi se acerca al desentendimiento de la cuestión.

Lo que Israel ganó y perdió en la guerra ha resultado ser paradójico. Su principal ganancia fue el prestigio. Pero éste no había sido su propósito en la contienda. Los motivos de su ataque preventivo no fueron los proclamados en la mañana del 5 de junio, es decir, un contragolpe a una invasión egipcia. Ni la preocupación por Eilat pasó de simbólica, aunque las líneas de comunicación eran símbolos importantes. La verdadera esperanza de Israel residía en obligar a sus poco realistas vecinos a aceptar el Estado judío. Y cualesquiera que fuesen las dimensiones de este Estado, los israelíes querían seguridad para él.

Alojamientos inestables e inadecuados: los refugiados forman una nueva y problemática comunidad de tiendas de lona y chozas de tejados de lata.

(La amplia diferencia de opinión respecto a los límites de las fronteras de Israel fue una complicación, y algunos israelíes parecen dispuestos a aceptar el territorio recién ampliado como la realidad que desaban asegurar).

Pero Israel había ganado tierra así como prestigio de sus seis días de sangrienta lucha. Gran parte de esa tierra, como el Sinaí, era un páramo. Pero había alguna zona habitada, y la conquista de pueblos y propiedades impone enormes obligaciones. "Hemos conseguido un montón de basura para ganar una perla", dijo un soldado israelí en la orilla occidental del Jordán poco después del alto el fuego. "Tenemos de nuevo a Jerusalén, y también un campo de refugiados". Después del conflicto, Israel se encontró con la responsabilidad del bienestar de 1.330.000 árabes hostiles, más de una décima parte de los cuales eran refugiados empobrecidos de la Guerra de Independencia de 1948. Había que alimentar y alojar a estos árabes, pero también vigilarlos para descubrir posibles saboteadores. En Gaza, había refugiados que aparecieron como comandos durante la guerra, y luego volvieron a ocultarse en sus chabolas de tejados de lata. Ni el territonio ni el prestigio podían dar seguridad. Antes de 1967, las pérdidas de Israel a causa de incursiones fronterizas habían sido irregulares y pequeñas; mucho menores, ciertamente, que el castigo impuesto periódicamente a los árabes en ataques de represalia. Desde 1967, Israel ha tenido que mantener en filas un número mucho mayor de sus 230.000 reservistas, y las bajas sufridas ascendieron continuamente, alcanzando la cifra de cien en algunos meses de 1969-70. En este último año, Israel gastaba, en divisas duras, más de tres millones de dólares diarios en la defensa.

A pesar de esas dificultades, los israelíes lograron rápidamente restablecer la normalidad a un nivel asombroso. Siguiendo el esquema de la ocupación norteamericana del Japón, devolvieron la autoridad a los alcaldes y concejales de las ciudades árabes, y se alentó a las autoridades a restablecer los servicios comunitarios —agua, electricidad, salud pública— en todas las localidades, grandes o pequeñas. Se arbitraron nuevos sistemas monetarios y las tiendas volvieron a abrir sus puertas. Al mismo tiempo, los israelíes estaban dispuestos a ser implacables si la situación exigía dureza. A ataques más frecuentes por parte de los "fedayines", mayores las represalias. Se volaban las casas donde se encontraban armas o se sabía que habían sido visitadas por los comandos palestinos; los árabes sospechosos de actividades de sabotaje eran sumariamente confinados a campos de prisioneros de guerra. En Jerusalén, soldados israelíes expulsaron a los árabes de lo que antes fue el barrio judío de la Ciudad Vieja; se detenía y obligaba a cruzar el río hacia Jordania a aquellos sospechosos de complicidad con las guerrillas palestinas.

Inevitablemente, estas muestras de severidad de la ocupación militar llevaron al victorioso Israel a un contacto más estrecho y amargo con el último y más importante elemento de la guerra: los palestinos. Antes de junio de 1967, muchos palestinos habían vivido en el lado árabe de la línea del armisticio de 1948. Trescientos mil de ellos estaban encerrados en la franja de Gaza, y muchos miles más residían en la margen occidental, donde sus actividades eran supervisadas y reprimidas por la Legión Arabe de Hussein. Tales actividades se habían mantenido en una escala relativamente pequeña hasta la época de la crisis que provocó la guerra. Pero la derrota de los ejércitos árabes dio nuevo ímpetu al movimiento de guerrillas palestino. La propaganda árabe había prometido una victoria segura sobre Israel y, en la humillación de ser vencidos, los palestinos llegaron a comprender, como nunca lo hicieran antes, la amarga realidad de que, por espacio de casi veinte años, sólo habían sido un factor secundario en el conflicto. Por primera vez, la lucha árabe contra Israel empezó a ganar algunas simpatías en Occidente, y los palestinos comenzaron a comparar su causa con la de la Europa ocupada en la Segunda Guerra Mundial. Respetados por el resto del mundo islámico, los ataques de guerrillas montados desde Jordania o desde el Líbano provocaron represalias israelíes —generalmente en la proporción de diez a una— que han arrasado la ribera oriental del valle del Jordán y amenazado con convertir al Sur del Líbano en una tierra de nadie. Da manera insidiosa, la fascinación de los hombres y mujeres jóvenes vestidos con chaquetas de camuflaje y calzados con zapatos de lona baratos puso de relieve el fracaso de los costosos ejércitos árabes.

Bibliografía

The Six Days's War Israeli Ministry of Defence Official Account, Israel Press Tel Aviv 1967.

The Six Day War Lieutenant-Colonel A. Ayalon, Israel Army Spokesman's Office, Tel Aviv 1970.

The Six Day War Randolph S. Churchill and Winston S. Churchill, Heineman, Londres 1967.

The Third Arab-Israeli War Edgar O'Ballance, Faber & Faber, Londres 1972.

A Soldier's Diary, Sinai 1967 Lieutenant Yeal Dayan, Weidenfeld & Nicolson, Londres 1968.

My 'War' With Israel Hussein of Jordan, William Morrow, Nueva York 1969.

Nasser: A political Biography Robert Stephens, Allen Lane, The Penguin Press, Londres 1971.

The Tanks of Tammuz Shabtai Teveth, Weidenfeld & Nicolson, Londres 1969.

The Israeli Campaign 1967 Peter Young, William Kimber, Londres 1967.

My Country Abba Eban, Weidenfeld & Nicolson, Londres 1972.

HISTORIA DEL SIGLO DE LA VIOLENCIA

BATALLAS Rojo

Pearl Harbour, por A. J. Barker.
La batalla de Inglaterra, por Edward Bishop.
Kursk, por Geoffrey Jukes.
Golfo de Leyte, por Donald Macintyre.
Stalingrado, por Geoffrey Jukes.
Midway, por A. J. Barker.
Día-D, por R. W. Thompson.
Tarawa, por Henry Shaw.
La Defensa de Moscú, por Geoffry Jukes.
La Batalla de la Bolsa del Ruhr, por Charles Whiting.
El Sitio de Leningrado, por Alan Wykes.

ARMAS Azul

Armas Secretas Alemanas, por Brian Ford.
Gestapo SS, por Roger Manvell.
Comando, por Peter Young.
Luftwaffe, por Alfred Price.
Armas Suicidas, por A. J. Barker.
Lanchas Rápidas, por Bryan Cooper.
La Flota de Alta Mar de Hitler, por Richard Humble.
Paracaidistas en acción, por Charles Macdonald.
T-34, Blindado ruso, por Douglas Orgill.
Armas Secretas Aliadas, por Brian Ford.
Me-109, un caza incomparable, por Martin Gaidin.
La Legión Cóndor, por Peter Elstob.
El Caza Cohete, por William Green.
Warffen SS, los soldados del asfalto, por John Keegan.
División Panzer, "el puño acorazado", por Kenneth Macksey.
La Flota de Alta Mar Japonesa, por Richard Humble.
El Alto Estado Mayor Alemán, por Barry Leach.
Armas de Infantería, por John Weeks.
Los Tigres Voladores: Chennault en China, por Ron Heiferman.

PERSONAJES Morado

Patton, por Charles Whiting.
Otto Skorzeny, por Charles Whiting.
Hitler, por Alan Wykes.
Tito, por Phyllis Auty.
Mussolini, por Christopher Hibbert.

CAMPAÑAS Verde

Afrika Korps, por Kenneth Macksey.
Bombardeo de Europa, por Noble Frankland.
Incursiones Fuerzas de Choque del Desierto, por Arthur Swinson.
Barbarroja. Invasión de Rusia, por John Keegan.
Operación Torch, Invasión anglo-americana del Norte de Africa, por Vicent Jones.
La Guerra de los Seis Días, por A. J. Barker.

POLITICOS Negro

Conspiración contra Hitler, por R. Manwell.
La Noche de los Cuchillos Largos, por Nicolay Tolstoy.

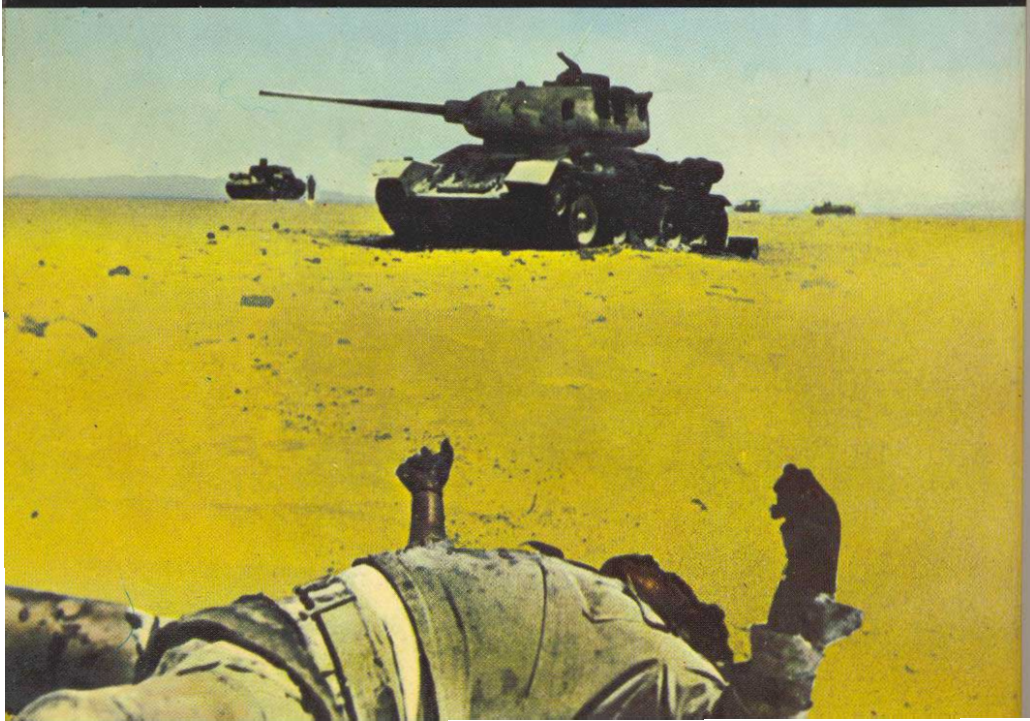
OTRAS OBRAS DE LA MISMA EDITORIAL

ENCICLOPEDIA EN COLOR

Cazas 1919-1939, por Kenneth Munson.
Bombardeos 1919-1939, por Kenneth Munson.
Cazas 1939-1945, por Kenneth Munson.
Bombardeos 1939-1945, por Kenneth Munson.
Cazas en servicio. Desde 1960, por Kenneth Munson.
Bombardeos en servicio. Desde 1960, por Kenneth Munson.
Uniformes militares de la guerra civil española, por Bueno J. M.
Uniformes militares de todo el mundo, por Kannik P.
Acorazados, por Martín López J.

FUERA DE COLECCION

Guerra en Irlanda, por Vicente Talón.
Los rusos en el Mediterráneo, por Vicente Talón.
La Aviación Militar del Mundo Actual, por Taylor.
La Aviación Legionaria. España 1936-1939, por Vigna.
Buques de guerra españoles 1885-1971, por Aguilera y Elías.
El 5.° Regimiento de Milicias Populares, por Comin Colomer.
Yo fui Piloto de Caza Rojo, por F. Tarazona.

SAN MARTIN
HISTORIA DEL
SIGLO DE LA
VIOLENCIA
campañas
libro n.º 6

En el corto y cálido verano de 1967, el conflicto árabe-israelí estalló con una abrupta y asombrosa violencia que se extinguió casi antes de que se escuchase el ruido de las ondas expansivas. Sólo llevó seis días volver a trazar el mapa del Oriente Medio, al cuadruplicar las fuerzas de Israel la extensión de su país en una campaña que probablemente fue la más sensacionalmente rápida y completa jamás conocida.